



**SS**

**SERVICIO  
SECRETO**

**DONALD CURTIS**

**NIEBLA**



DONALD CURTIS

# NIEBLA

1.<sup>a</sup> EDICIÓN  
FEBRERO - 1960



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
BARCELONA - BUENOS AIRES





**CLASIFICACION DE NUESTRO ASESOR NORMAL**



**PARA PERSONAS FORMADAS**

DEPOSITO LEGAL B 15907 - 1959  
NUMERO DE REGISTRO 4662/59

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© DONALD CURTIS - 1960

---

Impreso en los Talleres Gráficos de  
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona - 1960





**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia**





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

**En Colección BISONTE:**

552. — El jinete del "Arco Iris". 562. — Matar es mi destino. 579. — Hijo de la venganza.

**En Colección SERVICIO SECRETO:**

485. — Los poseídos. 488. — Rojo es el asfalto. 495. — ¡Silba, muerte, silba!

**En Colección BUFALO:**

295. — Trampas. 322. — Sudoeste. 330. — Pasó un forastero.

**En Colección PANTERA:**

8. — La carga de Llano Rojo. 35. — "Rancho Perdición". 43. — Destino: Muerte.

**En Colección TEXAS:**

138. — Los furiosos. 176. — Es mi venganza. 192. — La muerte llegó con él.

**En Colección CALIFORNIA:**

128. — La espía del Sur. 143. — El más rápido "Colt". 166. — ¡Cobardes!

**En Colección COLORADO:**

22. — La herencia de Caín. 47. — La dama de Santa Fe.

**En Colección KANSAS:**

7. — Doctor "Colt".

**En Colección ASES DEL OESTE:**

11. — Violencia en el Cimarrón.



# NIEBLA

FOR  
DONALD CURTIS



## CAPÍTULO PRIMERO

### REGRESO A FRISCO

Hacía muchos años que no veía todo aquello: el Golden Gate, la Bahía, Alcatraz con sus cercos de gaviotas en derredor...

En un tiempo, habían sido imágenes familiares, cosas de cada día. Ahora, no. Eran como retazos de recuerdos, salpicaduras del pasado en la memoria. Frisco no cambiaba. Pero él sí había cambiado. Siempre se cambia, después de una ausencia tan larga.

Dave Murdock suspiró, apartándose de la borda del trasatlántico que le devolvía a su tierra. Encendió un cigarrillo, caminando por la cubierta con aire pensativo.

No era como aquellos turistas que llegaban de Oriente y se embelesaban ante las maravillas de la costa californiana. Él no era sino uno que regresaba. Y para el que vuelve, durante un segundo, todo es prodigiosamente nuevo. Al momento siguiente, todo es increíblemente viejo, familiar, aburrido.

A Dave le horrorizaban las cosas aburridas. Aunque una de esas cosas fuesen San Francisco. Huyendo de ese mismo aburrimiento, de la monotonía de una vida sin alicientes, había ido a Corea. La lucha había sido breve desde que él llegó. Y no podía decirse que la colaboración del sargento Murdock hubiera dado demasiada gloria al Ejército americano.

Terminada la estúpida contienda sin solución final, había permanecido aún en Seúl unos meses. Luego, aceptó aquel encargo de una serie de artículos para la revista semanal «Actualidad». Japón, Formosa, Birmania, Indochina, Siam y la India habían sido su mundo durante el último año.

Sorprendido, descubrió que no sentía la menor nostalgia. No podía sentirla, porque no había dejado a nadie en América. Ningún

ser querido. Amigos, muchos; familiares, personas entrañables, ninguna.

Hubo un tiempo en que existió alguien. Ahora, no. Solamente California, su costa dorada, San Francisco con sus calles empinadas, sus edificios claros y alegres, su luminosa bahía.

Volvió a la borda aun a su pesar. Cruzó el buque bajo la maravilla colgante del Golden Gate. La Puerta de Oro se había abierto de nuevo para él. Dave Murdock, veintinueve años, excombatiente, exreportero y expolicía, regresaba al antiguo hogar. Sin hogar y sin calor ya. Pero en un tiempo había tenido todo eso. Acaso por ello seguía amando al viejo Frisco, siempre nuevo y siempre fascinante.

—¿Me da fuego, Murdock?

Se volvió. La voz le era familiar. La sonrisa y los ojos chispeantes, frívolos, que encontró junto a sí, también. Una compañera de viaje obstinadamente fiel a su afán de asediarse. Desde que abandonaron Yokohama, no había vacilado nunca en abordarle para entablar conversación. Constance Bartlett, canadiense. Veinticuatro años, confesados por ella. Dave le echaba dos más y creía no equivocarse. Rubia, pálida y bonita, con unas piernas estupendas. Por eso las exhibía en toda la travesía. Tenía una colección asombrosa de *shorts*; blancos, verdes, azules, amarillos, a listas, manchados, atigrados...

Ahora se había puesto falda y jersey. Además de bonitas piernas, resultaba tener otros puntos bonitos en su anatomía. Dave prendió su cigarrillo, amparando la llama de su encendedor con la mano ahuecada. Soplaba un aire salobre y cálido en la bahía.

—Gracias, Murdock —sonrió ella, exhalando humo por su recta, vibrátil nariz—. ¿Contento ya? El yanqui feliz, vuelve alegre a su hogar...

—No tengo hogar. Ya se lo he dicho otras veces —le recordó secamente Dave.

—Yo no me refería a una casa, una esposa, unas pantuflas y el calor de una chimenea —rió Constance Bartlett, con su acento algo afrancesado—. El hogar de todo ciudadano es su tierra, su ciudad, su círculo, sus amistades y sitios de costumbre...

—Demasiado amplio para ser un hogar. Yo lo entiendo de otro modo más... íntimo.

—Yo, en cambio, tengo todo eso que usted añora. Una linda casa en Ontario, un padre cariñoso, unos hermanos amantes y cordiales, una vecindad deliciosamente entrometida, y unas amigas que hablan de una bastante bien, incluso cuando está ausente.

—Buenas amigas serán —rió Dave con cinismo, contemplando la bahía.

—No son malas —ella sonrió también, dejándose azotar el rostro por la brisa. Su dorado cabello se agitó—. Sin embargo, nada de eso me atrae. Podría tomar mañana mismo el avión para Canadá. Pero no lo haré. Me quedaré en San Francisco unos días. Acaso una semana entera.

—¿No tiene prisa por llegar a su trozo de tierra?

—No. Me gusta ser independiente, libre, dueña absoluta de mí misma. San Francisco debe ser una ciudad fascinante, ¿verdad?

—En cierto modo, sí. También resulta algo provinciana.

—No me importa. Nadie me conoce ni yo les conozco a ellos. Me divertiré, estoy segura.

—Sí, yo también —la miró, con auténtica simpatía—. Es usted una criatura admirable.

—¿Por qué? —Ella alzó el rostro, menudo y gracioso. Su busto se hinchó bajo la malla de punto blanco de su ceñido jersey.

—Vive su vida. Y confiesa que le gusta vivirla. No tiene prejuicios.

—No deben tenerse. Son estorbos en la vida. Sólo se vive una vez, Murdock...

—Sí, sólo una vez —su rostro se nubló en parte—. Una filosofía simple pero cierta.

—Todo lo simple es cierto —rió ella—. No busque nunca complicaciones a las cosas, ni trate de retorcer los hechos más allá de su límite natural. Al final se encontrará con que lo más simple lo aclara todo. Sea sencillo, Murdock... incluso amando a una chica.

—Amar es sencillo. Lo complicado es que ellas amen... de verdad —dijo él con suavidad.

Constance le miró, pensativa, con sus alegres ojos claros muy abiertos.

—Déjeme adivinar. Usted ha estado enamorado, profundamente enamorado. Después, todo se fue al traste por culpa de ella.

—Es muy lista —habló Dave secamente, volviendo el rostro

hacia el mar.

—No, no soy lista, me limito a sacar una conclusión simple. ¿Recuerda lo que le dije antes? En lo fácil está siempre la clave de las cosas. Siempre se acierta.

—Ya veo —arrojó el cigarrillo al agua. Luego apoyó los codos en la borda y fijó la vista en la ciudad, que ofrecía ante los pasajeros su deslumbrador abanico de colores y luz—. Yo he sido siempre un tipo complicado, Constance, tal vez demasiado. Lo aprendí en mi propio oficio. Pero cuando creí querer a una chica, estaba seguro de mis sentimientos. Ella también. Al menos, es lo que me dijo. Y nos casamos.

—¡Cielos! —La canadiense le miró asombrada—. ¿Es usted casado, Murdock? No debió esperar tanto para revelármelo. Si alguien nos ha visto de charla estos días de viaje, no me gustaría que luego...

—No se preocupe —Dave rió amargamente, sin mirarla—. Eso acabó.

—¿Separación?

Asintió él lentamente, moviendo la cabeza.

—Divorcio. Rápido y sin dificultades. No me quería lo bastante como para pasarlas estrechas. Se había equivocado y todo eso que se dice. Para evitar que todo fuera un infierno, transigí; le concedí la separación. Ella no exigió nada ni yo podía dárselo. Quedamos como buenos amigos. Lo de siempre.

—Sí, esas historias no sufren mucha variación de unos a otros —admitió suavemente ella—. Lamento haber sacado esta conversación, Murdock.

—No tiene importancia —sonrió forzosamente—. Ya pasó. No es de ayer ni de anteayer. Ha llovido desde entonces. Y las heridas se cicatrizan, desaparecen...

—¿Fue... aquí? —Ella señaló la bahía, la ciudad, la costa, con un ademán amplio pero expresivo.

—Sí.

—Entonces, no es un regreso muy alegre.

—Es un regreso. Después veremos cómo es.

—¿Tiene casa donde alojarse?

—Sí. Hay buenos amigos míos, ya se lo dije. Y hoteles hay también.

—No sea cáustico. Me refería a un lugar acogedor, familiar, donde vivir.

—Tengo donde vivir, pero no es familiar ni acogedor. Un pisito en las cercanías de Market. Céntrico y pequeño. Lo he conservado, ni siquiera sé por qué.

—Ha hecho bien. Algún día tendrá razón de ser para usted. Incluso puede compartirlo con alguien.

—Jamás —le cortó duramente Dave—. Puedo compartirlo una noche, unas horas. Pero nada más.

—Ya. Le queda el rencor a las mujeres. Sólo admite su amor de momento, el contacto pasajero y luego el adiós. Pero le hicieron daño y no quiere volver a experimentar.

—Tal vez sea eso, no voy a discutirlo.

—Yo tampoco le voy a reprochar nada. Le comprendo y lamento de veras sus sentimientos —hizo un brusco gesto, una transición repentina—. Pero nos hemos puesto serios al final del viaje, Murdock. Y eso no vale. Ha sido una feliz travesía, y hemos sido alegres compañeros de viaje, ¿no es cierto?

—Lo es. Su compañía me ha resultado muy grata, Constance.

—Y a mí la suya, Dave —respondió ella, mirándole fijamente—. Espero que nos veamos en San Francisco alguna vez.

—Yo también lo espero —extrajo un pequeño librito de notas y una estilográfica. Escribió rápidamente en una hoja y la arrancó, tendiéndosela después a la joven—. Mi casa. Está a su disposición.

—¿Para... unas horas? —sonrió ella irónicamente, recogiendo el papel.

—No sea sarcástica usted ahora. Como amigo leal se la ofrezco. A la compañera de viaje, no a la mujer.

—Gracias —dobló el papel, guardándolo en un bolsillo de su falda de punto—. Tal vez me acerque un día, si no tengo demasiadas cosas que hacer.

—Tal vez ese día me encuentre en casa, si tampoco yo tengo mucho que hacer —sonrió Dave Murdock, volviendo a contemplar el puerto, ya frente a ellos.

Salvó el maremágnum indescriptible de la pasarela, con su torbellino de saluciones, abrazos, risas y lágrimas. Cuando pisó tierra firme y se encontró camino de la Aduana, sintióse más tranquilo. Respiró con fuerza, volviendo la vista atrás.

No vio a Constance Bartlett, su compañera de viaje. Se alegró de ello. Odiaba las despedidas incluso de perfectos desconocidos como la linda canadiense. Era mejor así. Las amistades de los viajes son de esas que mueren al terminar la ruta. Uno no vuelve a encontrarse con ellas. Y al minuto, ni siquiera las recuerda ya.

La Aduana y sus trámites terminaron pronto. Luego encontró un taxi y le dio la dirección de su casa. El coche emprendió la carrera hacia Market.

Arrellenado en el asiento, entre sus dos maletas de piel, Dave Murdock iba reflexionando, con la vista fija en las ventanillas, contemplando el desfile familiar de los edificios.

Ya había llegado. Era como un puerto más de sus viajes periodísticos por Oriente. Igual que en Tokio, Hong-Kong, Bangkok, Bombay o Calcuta. Se sentía tan extraño allí como en aquellos exóticos lugares.

Cuando el automóvil se detuvo frente al edificio, pagó el importe de la carrera y permaneció unos momentos inmóvil en la acera, erguido frente a la fachada, con sus dos maletas en el suelo. Indeciso, vacilante, sin saber qué hacer.

Lentamente, recogió las dos maletas y emprendió la marcha. Cruzó el umbral. El encargado de la centralilla telefónica le preguntó. Ya, ni siquiera le recordaban. Cuando mostró su llave, con una cansada sonrisa, el mozo pidió excusas, identificándole, y Dave Murdock entró en el ascensor. Poco después, era el umbral de su propio apartamento el que cruzaba con igual paso lento y cansado.

Soltó las maletas, cerró de golpe tras sí, y dio al conmutador de la luz. Se quedó mirando en derredor, con aire perplejo.

Todo estaba igual que antes. Pero todo parecía diferente, sin saber por qué. También la casa era la de un extraño. Se inclinó a recoger un sobre. Lo habían debido echar bajo la puerta, durante sus años de ausencia. Estaba cubierto de polvo, como el linóleo y las fundas blancas de los muebles.

Avanzó, tirando el sombrero encima de un diván enfundado en blanco. Dejó las maletas junto a la puerta del piso. Descorrió unas cortinas, abrió los postigos, y la luz del día, entró, deslumbradora.

Se dejó caer en un canapé igualmente cubierto, sin molestarse

en despojarlo de la funda. Contempló el sobre. Era cremoso, recio. Iba dirigido a él. Escrito a mano, con una letra puntiaguda, angulosa, que le era vagamente familiar, como formando parte de un lejano pasado.

Su dedo rasgó de súbito la parte superior del sobre. Estiró de su contenido y apareció una cartulina igualmente cremosa. Una invitación. Miró la fecha; databa de dos años atrás. Por entonces, se hallaba él en Seúl. El correo le había sido siempre expedido, pero esto, sin duda, había sido traído a mano. E ignorante de su ausencia, quienquiera que fuese lo arrojó bajo la puerta.

La invitación, impresa en letra cursiva, en relieve sobre la cartulina ocre, era breve de texto:

*RANDSOME PYNE y DIANA HARVEST*

*Invitan a usted a la ceremonia y banquete de esponsales que tendrá lugar el día de mañana en esta ciudad de San Francisco, en los lugares y horas abajo señalados.*

Se abanicó unos momentos con la tarjeta.

Así eran las cosas. Diana Harvest de soltera. Se había llamado también así, antes de ser la señora de Dave Murdock.

Ahora volvía a perder su apellido para ser la esposa de Randsome Pyne. Y de eso, hacía ya dos años.

Sintió ganas de emborracharse. Dejó allí las maletas y recogió el sombrero. Salió, dando un portazo.

## CAPÍTULO II

### AMISTADES

La gramola del bar sonaba estrepitosamente. Decían que era música, pero a Dave no le gustaban los ritmos del momento. Eran ruido vagamente armónico, y nada más. Sin embargo, a la gente le gustaba. Bueno; también a él le gustaba beber. Y bebía.

Pidió otra copa. Eddie, el chico de la barra, era un viejo amigo. Le había visto borracho muchas veces. Sobre todo, después de... aquello. Ahora le miró por encima de la bruñida coctelera de centelleante plata.

—¿Cree que debe beber más, Murdock? —preguntó.

—Diablo, ¿es que voy a tener niñera otra vez? —rezongó Dave—. Claro que debo beber.

—Bueno, allá usted —se encogió de hombros y derramó un licor de color fresa en una copa—. Otra «especialidad de la casa». Pero lleva ya once. Y no es agua.

—¿Agua? Yo diría que es fuego líquido, con un color bonito —lo apuró, con más lentitud que antes—. Gracias, Eddie; eres un buen muchacho.

—No quisiera verle como entonces, ahora que ha vuelto entre nosotros.

—No me emborracharé, no temas. La vida es bella ahora.

—¿Celebra algo, entonces?

—Creo que sí —frunció el ceño, evocando algo. Sonrió burlón—. Una boda. Un amigo se ha casado. Me invitó a su boda, pero llegué tarde. Ahora lo celebro yo solo.

—Eso está bien. Pero no lo celebre demasiado. Después de todo, el que se casó fue él —rió Eddie.

—Tal vez por eso lo celebro a su vez —Dave soltó la carcajada

—. Lo último que debería celebrar un hombre es su propia boda.

—No me lo recuerde —gimió Eddie, antes de atender otra llamada, al extremo opuesto del mostrador—. Yo me he casado hace tres meses...

Dave torció el gesto, viéndole marchar. Todo el mundo se casaba. Todos, menos él. Ya lo había hecho una vez, creyendo que eso significaba el fin de la soledad. Y había sido todo lo contrario. La verdadera soledad empezó entonces.

Miró en derredor. El local había sufrido reformas.

«Luther's»

era un sitio distinguido y a la vez democrático. Un producto típico de Nob Hill. *Nababs* junto a artistas y comerciantes de medio pelo. Así era el viejo Frisco. Luther había reformado algo su local desde la última vez que estuvo allí. Pero no por ello había perdido su ambiente, su carácter. Si acaso, algo de su clientela de entonces. Había muchas caras nuevas.

De repente, una mano se posó en su hombro. Pesada, rudamente.

—¡Que el infierno me trague! —aulló una voz—. ¡Dave Murdock en persona!

Se volvió. Aun antes de hacerlo, sabía que iba a encontrar a Jeremy Corvac detrás. El inevitable, sempiterno alegre y ruidoso Corvac.

Su faz rojiza no había cambiado. Tenía la misma mirada chispeante y jovial, la misma risotada ancha y la misma solidez física, bajo el traje deportivo, un *tweed* gris perla y un pantalón azul oscuro. La corbata, ancha y multicolor, era sólida y fulgurante.

—¡Jeremy! —Estrechó sus manos con fuerza. Ambos hombres rieron, abrazándose—. ¡El gran Jeremy!

—Hola, Murdock —tomó asiento junto a él tras las efusiones—. ¿Cuándo has vuelto?

—Hoy.

—¿Y tu primera visita ha sido a

«Luther's»?

—Eso es. ¿Podía ser de otro modo?

—Claro que no —rió Corvac, pidiendo a Eddie un «Manhattan»—. Los viejos sitios no se olvidan, ni siquiera en Oriente. ¿Cómo te fueron las cosas, Dave?

—No muy mal. He traído algunos ahorros y he visto mundo.

—¿Y... has olvidado?

—En cierto modo, sí.

—¿Sabes ya que se casó otra vez?

—Sí. Acabo de leer la invitación.

—¿Te la enviaron? —Vio el asentimiento de Dave y arrugó el ceño—. Esa idea tuvo que ser del cerdo de Pyne. No puede ser de otro modo.

—Yo creo que fue de ella.

—Yo, no. Conozco bien a Pyne. Es una rata inmundada, un sapo que se revuelca en los lodazales. Pero nada en dinero. Es un dinero que apesta también, pero dinero al fin y al cabo.

—No te es simpático, ¿eh? —rió Dave, pensativo.

—¡Cielos, no! Sería el último ser humano a quién yo tuviera simpatía —alzó ligeramente la voz, más enrojecida su faz noble que de costumbre—. Si fuera un hombre de valor, ¿sabes lo que haría con Pyne?

—No. Supongo que le darías una buena paliza.

—Haría algo más que esto, Dave. ¡Le mataría!

Murdock dio un respingo de sorpresa en su banquera. Eddie, que echaba licor en la copa de Corvac, miró a éste con una perplejidad evidente en los ojos.

Luego se alejó sin querer curiosear en la charla de sus clientes. Eddie era un chico prudente.

—Diablo, Corvac; es la primera vez que te oigo hablar seriamente —dijo Dave tras una pausa algo violenta—. ¿Tanta enemistad hay que Randsome Pyne?

—¿Enemistad? —Apretó los fuertes, anchos dedos en torno a la copa, y Dave temió que la quebrase en mil pedazos—. Es algo más, Dave. Es odio. Un odio como jamás tuve a persona alguna. He pensado muchas veces que la muerte de Pyne sería la única cosa capaz de hacerme feliz, Dave.

—No debes pensar esto. Es mala cosa desear la muerte a nadie. A veces... es como llamar a la desgracia. Y luego uno puede arrepentirse.

—Te aseguro que en mí no hay arrepentimiento. Me gusta decir lo que pienso. Hay muchos que desean algo parecido, pero se libran muy bien de confesarlo en voz alta.

—Vaya, las cosas no son muy agradables en San Francisco a mi vuelta —comentó Murdock.

—Perdona, Dave. No debí meterte en estos jaleos. Ni siquiera hablarte de todo eso —le palmeó suavemente la espalda, y su faz cambió de expresión. Volvía a ser jovial y risueño—. ¿Piensas trabajar de nuevo?

—Creo que sí. Sin trabajar, la vida es algo demasiado aburrido.

—¿De periodista o de detective?

—Aún no me he resuelto del todo. Veremos cómo van las cosas.

—Abundan una cosa y otra en San Francisco. Pero son los malos los que abundan. Tú tendrías siempre un sitio entre todos, y les desbancarías en un momento.

—Eres muy amable, Jeremy —hizo una pausa y ofreció un cigarrillo a Corvac, encendiendo él otro—. ¿Y tu mujer?

—Patricia sigue bien —sonrió Corvac—. Tan bonita como siempre. Y tan comprensiva. De no ser por ella, no sé lo que hubiera sido de mí en muchas ocasiones.

—¿Sin hijos todavía?

—Sin hijos. Todo se andará —rió fuertemente, y pidió otro «Manhattan»—. Supongo que hoy aceptarás cenar con nosotros, Dave.

—Tenía pensado retirarme a descansar un poco.

—Tendrás tiempo después. ¿Vienes a casa? Patricia se alegrará mucho de verte.

—Está bien —suspiró Murdock—. De todos modos, no me dejarías vivir hasta que aceptara. Iré con vosotros, Jeremy.

La cena terminó. La terraza, asomada a Telegraph Hill, era un sitio ideal para tomar el café. Enfrente, la luna jugueteaba con las aguas. Comenzaba a hacer frío, presagiándole la proximidad del invierno. El clima de California no era crudo, pero sí húmedo. Esa humedad empezaba a palparse en el ambiente.

Patricia se echó encima una rebeca para salir a la terraza. La luna se derramaba sobre su cabello rubio pálido, haciéndole destellar con hebras de oro. Al lado de Corvac, era como la fragilidad acompañando a la fuerza. La sirena junto al arrecife.

—¿Lo tomas todavía sin azúcar, Dave? —preguntó Patricia Corvac, sonriéndole a Murdock sus ojos claros y risueños.

—Sí, Pat —recogió su taza de café solo—. El café es algo

demasiado bueno para adulterarlo con leche o azúcar. Está mejor tal como es.

—Amas la pureza —rió Corvac, azucarando levemente su taza—. Te compadezco, en el mundo de hoy. No hay mucho de eso.

—Queda el café —rió Dave, paladeándolo. Miró a la bahía—. Ha sido una velada magnífica, amigos. No esperaba ya encontrar cosas así en San Francisco.

—Los amigos quedan siempre —le recordó suavemente Pat—. Ocurra lo que ocurra.

—Ya veo. Es una de las pocas cosas agradables que tiene la vida.

—¿Vas a volver a tu trabajo de antes? —se interesó Pat.

—También se lo he preguntado yo —intervino su marido—. No sabe aún gran cosa. Duda entre el periodismo y la agencia. Yo le aconsejaría que siguiera escribiendo.

—Yo también —asintió Pat—. No me gusta que seas detective, Dave.

—A mí tampoco me gustaría volver a serlo —admitió Dave—. Pero hay algo en mí que me impulsa más a eso que a ninguna otra cosa. Creo que siempre tuve vocación de policía. Si lo dejé, fue por...

—Por ella, ¿verdad? —Pat sonrió—. Querías ofrecerle algo más que un sueldo reducido. No te fue mal, pero aún resultó poco para ella.

—Sí, así es Diana. Supongo que ahora tendrá cuánto necesita.

—Lo tiene —dijo sordamente Corvac—. Pyne no mira el dinero. Lo gana con demasiada facilidad.

—Por favor, dejemos esto —cortó vivamente Pat, tras una mirada inquieta a su marido—. Hablemos de otra cosa. Cuéntanos lo que has visto en Oriente, Dave. Debe ser fascinante todo aquello.

Dave asintió, y comenzó a relatar anécdotas, sucedidos y cosas de interés de sus viajes. Pero no olvidaba la expresión de inquietud de Patricia Corvac al mirar a su marido, cortando sus palabras.

Ni tampoco era fácil olvidar lo que aquella misma noche dijera Corvac, en la barra de

«Luther's»:

«Si tuviera valor... ¡le mataría!».

¿Qué clase de persona era Randsome Pyne, para despertar un odio así en Jeremy Corvac? ¿Y qué había sucedido entre ambos,

para originar tal, aversión?

No pudo poner nada en claro. Porque nada se volvió a hablar de ello durante la velada. Ni él intentó siquiera tocar tan delicado tema.

Había sido algo inevitable. A pesar de las opiniones de sus amigos. A pesar de Corvac, de Pat, de todos ellos. No pudo remediarlo. Era algo más fuerte, mucho más fuerte que su voluntad.

La placa dorada quedaba bien. Incluso se preocupó de sacarle un poco más de brillo con la manga de su chaqueta.

### DAVE MURDOCK. DETECTIVE PRIVADO

El gusano, el espíritu inquieto del hombre que fue policía primero e investigador privado después, volvía a la carga, mordisqueaba y trituraba ideas y proyectos. Por eso la oficina nueva, lustrosa, impecable, estaba ahora tras aquella puerta de cristal escarchado. Muebles claros y limpios. Una oficina de investigación privada no tenía por qué ser un funeral de mobiliario oscuro y paredes densas. El cliente acostumbraba a temer tales cosas. Un lugar sombrío, engendra únicamente ideas tétricas.

Se sentó tras de su mesa despacho. Ordenó un poco el escritorio, los objetos decorativos o de utilidad. Situó frente a sí unas cuartillas. Las cartas se apilaban a un lado. Naturalmente, eran correspondencia sin la menor importancia. Pero eso lo ignoraba el cliente. La sicología del que acude a un policía particular es algo especial, que conviene estudiar bien. Un detective que aparente carecer de trabajo, es menospreciado instintivamente por el receloso visitante. Todo el que va a un detective, recela. Por eso va. Y más fácil aún le resulta recelar del propio detective.

Dave sabía todo esto. Era veterano en su oficio, a pesar de su juventud. Completó el resto de detalles secundarios, con la facilidad de quien lo ha hecho mil veces. Era curioso lo fácil que resultaba recordar las cosas habituales, aun a pesar del tiempo transcurrido, se dijo, comprobando que el pulsador que ponía en marcha un magnetofón oculto tras el mueble librería del ángulo de su despacho, estaba bien situado junto al cajón donde guardaba la pistola automática. Todo en orden, todo listo. Esperando solamente

una cosa, la más importante para cualquiera. Pero, sobre todo, para un detective particular...

El cliente.

Dio un leve respingo al oír el zumbador de la puerta. Era lo último que hubiera esperado. Alzó la cabeza, reflexivo, y esperó. No sabía el qué, pero esperó. Se repitió la llamada. Era absurdo esperar más. No tenía aún mecanógrafa o secretaria. Estaba él solo en la oficina recién alquilada y renovada.

Todavía repitió una tercera vez el llamador de la puerta, antes de que Murdock llegara a ella y la abriese de golpe, plantándose firmemente frente al que pulsaba el botón.

—¿A quién busca, por favor? —indagó con cierta sequedad.

El elegante caballero del corredor se quedó mirándole de hito en hito, con unos ojos clarísimos, vivos y sagaces. Era alto, enjuto y elegante. Vestía un terno gris perla realmente impecable. La corbata oscura, la camisa blanca, lisa. Los zapatos, gris y negro. Guantes claros en una mano, a pesar de que aún no hacía frío, y sí solamente una humedad densa que había acumulado sobre los edificios de San Francisco una pertinaz neblina, un bastón de madera laqueada, con puño de plata, se agitaba ligeramente en su mano.

—A ese hombre —dijo con suavidad el visitante. Y señalaba la placa externa del apartamento—. ¿Está ahora? ¿Puede vérselo?

—Está usted viéndole. Yo soy Dave Murdock.

—¿Usted? —Le examinó de pies a cabeza, calculador—. Lo imaginé al verle salir...

—Acabo de instalarme, y aún no dispongo de personal. En realidad, todavía no he comenzado a ejercer.

—Oh, lo lamento. En ese caso, creo que he cometido un error al venir. No podrá atenderme, naturalmente...

—Pues sí, puedo atenderle, si se fía de un detective sin secretarios ni escribientes —sonrió, estudiando la faz rubicunda y risueña de su visitante—. ¿Quién le ha dicho que viniera precisamente a mí?

—Nadie —su tono ahora era algo seco—. Nunca me dejo guiar por nadie, ni nadie me envía a parte alguna. Elijo yo mismo lo que quiero. Leí su anuncio en «La Gazette».

—Oh, no esperaba tan rápidos efectos. Pase, por favor, si no se ha arrepentido ya de venir.

—Yo sólo me guío por los resultados, no las apariencias. Si usted me rinde satisfactoriamente, será un buen detective. Si no, aunque le rodee un ejército de servidores, le consideraré una calamidad.

—Una opinión sensata. Venga conmigo...

Le precedió hasta el despacho, cruzando la antesala vacía. Su cliente miró la mesa, con la máquina de escribir enfundada aún en su hule. Olía a pintura y a muebles nuevos.

Le abrió la puerta del despacho, entró el desconocido, y detrás lo hizo Dave. Le señaló una butaca tapizada en verde esmeralda. Se sentó el caballero del bastón y los guantes. Dave lo hizo tras su propia mesa, y ofreció cigarros a su visitante. Éste denegó, aceptando en cambio un cigarrillo. Lo encendió con parsimonia, ofreciendo la llama a Dave, que prendió el suyo. A través del humo, ambos hombres parecieron estudiarse mutuamente, en un tanteo previo y silencioso.

Habló primeramente el visitante, y lo hizo en tono mesurado, lento:

—Necesito un detective privado con cierta urgencia. No confío en ninguno de San Francisco. He querido hacer una prueba más; confiar en uno nuevo. En usted, concretamente.

—Trataré de actuar satisfactoriamente.

—Espere aún —le cortó el otro, con un rápido ademán—. No se precipite. Es posible que más tarde cambie de ideas. Aún no sabe siquiera quién soy ni lo que quiero.

—Un cliente es siempre un cliente. Y el primero, acostumbra a traer suerte.

—No se fíe demasiado de eso. Mi nombre es Randsome Pyne.

Hubo un silencio. Dave Murdock permaneció inalterable. Evidentemente, Pyne se llevó una fuerte decepción. Él no podía saber lo que pasaba bajo la epidermis de Murdock. Su gesto no lo permitió.

—¿No... le dice nada mi nombre? —preguntó el caballero tras una pausa.

—Un cliente es siempre un cliente —repitió Dave, inexpresivo—. Le escucho, señor Pyne.

—Claro que sabe quién soy —el otro sonrió, retrepándose con la mirada insolentemente clavada en Dave—. Sólo que es un buen jugador de póker, un hombre sereno y frío. Sabe dominar sus

emociones ante los demás. Eso me gusta. Puede ser útil. Para mí, claro está.

—¿Qué clase de utilidad espera de mí?

—La profesional, naturalmente. Le he dicho que necesito un detective privado.

—Y ha venido a mí. ¿Sólo por ese anuncio y porque acabo de instalarme?

—No. Porque es usted Dave Murdock. ¿Comprende?

—Sí. Es una idea algo... morbosa por su parte. Es lo último que yo haría, en su caso.

—Yo obro a mi modo —rió huecamente Pyne—. Si Diana supiera esto, se reiría. O acaso se encolerizaría. Parece una situación de viejo vodevil.

—No hay vodevil, señor Pyne. Usted es un cliente; yo un detective. Nuestro particular punto en común es la señora Pyne. Antes fue la señora Murdock. Ya no. Olvide eso y dígame lo que necesita. Empiezo a creer que su visita es simple curiosidad. ¿Quería conocerme?

—Tenía cierto interés en ello. Pero no hubiera bastado a traerme aquí, Murdock. Mi tiempo es precioso.

—El mío también, en menor escala. Yo no gano millones, pero también necesito los minutos.

—No se los estoy robando, no tema. Soy un cliente, como usted dijo. Le necesito.

—¿Para qué?

—Para averiguar algo. Algo muy grave, muy importante.

—¿Qué es ello?

Pyne hizo una pausa. Luego habló con voz sorda, empleando un tono lento, que parecía deliberadamente dramático. Pero que aún resultó sobrio para lo que dijo:

—Quiero saber quién es mi asesino.

## CAPÍTULO III

### MIEDO

—¿Su... qué?

La pregunta de Dave llegó tras un breve silencio, durante el cual los ojos de Dave buscaron en vano la sombra de una burla, de una ironía o de un sarcasmo en el rostro de Pyne. Sin embargo, éste parecía hablar absolutamente, totalmente en serio. Sus ojos eran graves ahora. El aire risueño había evaporado súbitamente.

—Mi asesino, Murdock.

—Usted está lleno de vida. Resulta extraño hablar de un asesino en ese caso. ¿Alguien ha intentado acaso matarle?

—Ése es el caso. Lo están intentando.

—¿Sabe quién o sospecha de alguien?

—Si lo supiera, no estaría aquí. Sospechas, tengo muchas. Pero no sé cuál es la auténtica, ni siquiera si alguna lo es.

—¿Por qué no me cuenta lo que ocurre? Sería mejor ir ordenadamente, señor Pyne.

—Tiene razón. Tal vez he comenzado mi consulta por el final. Pero estoy preocupado. No tengo inconveniente en decirle que... asustado a veces.

—Usted no parece hombre que se asuste fácilmente.

—Y no lo soy. Por eso me alarma más. Es algo siniestro lo que me rodea, o de otro modo no sentiría este temor. Han sido tres los atentados contra mi vida en poco menos de un mes.

—¿En qué forma se llevaron a efecto?

—Verá, Murdock. Yo, habitualmente, recorro siempre un mismo camino, de mi residencia hasta mis factorías de «La Misión». Tomo mi coche en el garaje y ya no lo abandono hasta el aparcamiento de la factoría central. Es un hábito, una rutina. Mi hora es matemática,

con ligeras variantes inapreciables. Pues bien; por dos veces, el accidente mortal ha estado a punto de ocurrirme. La primera vez fue un camión de gran peso, que surgió de una calleja inmediata y se lanzó sobre mí, aplastándome virtualmente contra un muro de ladrillos. Destrozó el coche, y milagrosamente salí con bien del suceso. La parte posterior fue la que sufrió los impactos, y no sufrí daño alguno. El camión escapó, sin detenerse un solo instante. No vi a su conductor ni tampoco la matrícula. Maniobró con demasiada rapidez.

—Pudo ser un simple accidente. Muchos conductores huyen por cobardía ante la propia responsabilidad.

—Pudo serlo, en efecto. Así lo creí yo, hasta que el otro día, en el mismo trayecto, con el nuevo automóvil que suplió al que me destrozaron, se repitió el atentado con diferente técnica. Esta vez fue en el paso a nivel de la vía férrea. Paso por ella con escasa diferencia respecto a un tren expreso. Muchas veces me detiene la barrera. En esa ocasión, la barrera estaba alzada. Crucé, convencido de que no había peligro. Vi, lleno de horror, que el tren se lanzaba sobre mí vertiginosamente, en el momento preciso de pinchar mis ruedas en una verdadera alfombra de vidrios extendida sobre las vías. Sólo tuve tiempo, mientras el coche se negaba a someterse a mi dominio, con las gomas agujereadas, de saltar del volante y huir. El tren arrolló mi coche, destrozándolo. Más tarde supe que el guardagujas estaba inconsciente, al parecer víctima de un desvanecimiento. Pero una botella de un refresco que le habían servido poco antes, y estaba aún en su garita, despedía un olor extraño. Me recordó algún narcótico...

—Su teoría es que narcotizaron al guarda, alzaron las vallas del paso a nivel y sembraron de cristales puntiagudos el lugar, precisamente cuando usted tenía que pasar por allí.

—Eso es.

—¿Qué dijo la policía de todo esto?

—Nada, porque yo no presenté denuncia alguna.

—¿Por qué no? Es una actitud algo inexplicable, ¿no cree?

—No quiero escándalos. No me gusta la policía. Ni me gustó nunca.

—¿No tiene su conciencia limpia, señor Pyne?

—No es eso —pareció irritado y no lo disimuló—. Sé sus

métodos. Un secreto, en sus manos, es un pregón a los cuatro vientos. Y no me interesa en absoluto. Oculté los detalles, acepté la explicación de un accidente casual, sin ahondar más. Ahí acabó todo, Murdock... hasta ayer.

—¿Ayer? ¿Le destrozaron otro coche?

—No. Han renunciado a ese sistema, evidentemente. Yo voy ya muy alerta por el camino, y no es fácil que me sorprendan. Buscaron un método más astuto y refinado.

—¿Cuál?

—Soy algo goloso, Murdock. Eso lo sabe mucha gente. Ayer era mi cumpleaños, y recibí numerosos regalos. Entre ellos, naturalmente, bombones, dulces, y todo eso. Una caja, particularmente, me resultó atractiva. La firmaba mi esposa, con una de sus tarjetas. Sólo decía: «Felicidades, querido». Parecía su letra. La verdad es que todas las letras femeninas se parecen entre sí. Es fácil imitarla. Abrí la caja, complacido. Diana estaba ausente cuando llegó la caja. Tomé un bombón y lo probé. Entonces, casualmente, llamó alguien y no terminé mi bombón. Recibí a un amigo que acudía a felicitarme. Hablando, me sentí atacado de fuertes dolores de estómago. Aumentaron en tal forma, que llamé al doctor Scott, que me visita hace años. Diagnosticó intoxicación.

—¿Le mostró usted el bombón, entonces?

—No. Pero sospeché justamente lo que usted. En cuanto me hubo dado el vomitivo y me sentí mejor, acudí a la caja. Examiné el bombón. Y otros muchos de la capa superior. Todos ofrecían una extraña mancha clara en el interior del chocolate. Mancha que no aparecía en las demás cajas de bombones.

—¿Por qué no se lo dijo al doctor?

—Eso implicaba análisis. Y si un bombón contiene cianuro o algo parecido, se arma el revuelo consiguiente. La policía interviene.

—Comprendo. De nuevo su temor a la policía y al escándalo. Pero su vida está en juego.

—Lo sé. Sin embargo, no quiero publicidad ni investigaciones ruidosas.

—¿Era fuerte la dosis de veneno en los bombones?

—Debía serlo, porque un leve mordisco bastó para intoxicarme. Le di una explicación al doctor, y él me creyó. No podía sospechar

otra cosa. De haberme comido el bombón entero, hubiese sido mortal, sin lugar a dudas. Cuando Diana regresó, nada dije. Fingí no haber probado la caja, y le di las gracias por el obsequio. Asombrada, me dijo que su regalo aún no había llegado, y desde luego, no era una caja de bombones. Era sincera, lo vi claramente. Tiré la caja, sin decir más, y ahí acabó todo.

Dave permaneció pensativo, callado. Tras un silencio, miró fijamente a Pyne.

—Es una serie extraña de sucesos. ¿Quién puede desear su muerte?

—Mucha gente. Tengo enemigos. Enemigos poderosos y despiadados. Otros, que no lo son tanto. Todo el que posee mucho dinero y prestigio tiene enemigos. La envidia es algo terrible, Murdock.

—Cíteme algún caso especial.

—Meadow de Wilde.

No había vacilado mucho en dar ese nombre. Murdock preguntó:

—¿Quién es?

—Un hombre rico. Pero lo era más aún. Una afortunada maniobra bursátil mía le restó el setenta u ochenta por ciento de su fortuna, aumentando la mía. Me odia ferozmente. También está Damon Selwyn. Es un industrial, como yo. Pero además, está enamorado de mi esposa; lo sé. Sería capaz de todo, con tal de hundir mi fortuna y de hundirme a mí. Pero también le gustaría ver a Diana libre, poderla asediar con sus riquezas...

Dave asintió despacio. A ella también le gustaría eso, sin duda. Conocía bien a Diana. Ahora, estaba conociendo la clase de hombre con quien se había casado.

—¿Qué espera exactamente, de mí? —preguntó Murdock de pronto.

—La verdad. Sea cual sea.

—La verdad será, por fuerza, muy desagradable, señor Pyne.

—No me importa. Quiero saber quién intenta matarme.

—¿Y cuándo lo sepa?

—Eso será cuenta mía. Usted busque al hombre... o a la mujer. Si da con el culpable, pídamelo que sea. No regatearé —extraño un libro de cheques y una pluma, comenzando a extender uno—. Le entregaré mil dólares para empezar. Es solamente a título de

anticipo y...

Se detuvo con la pluma en vilo, cuando la voz de Dave le interrumpió:

—No haga nada, señor Pyne. No acepto su caso.

—¿Qué no acepta? —Sus ojos claros resultaron glaciales al estudiar a Murdock—. ¿Por qué?

—No me gusta.

—¿Quién? ¿Yo no le gusto, tal vez?

—Usted es uno de los elementos del caso que no acaba de gustarme. Pero tampoco me gusta lo que me ha contado. Existe la policía para esclarecerlo, le agrade la publicidad o no. En cuanto a mí, sé que existe una superstición en nuestro oficio que nos impide rechazar el primer caso que se presenta al establecerse un detective. Trae mala suerte. Sin embargo, no me importa la mala suerte. Rechazo su caso. Váyase, señor Pyne.

—¿Me echa? ¿Se niega a trabajar para mí, solamente porque soy el actual esposo de Diana? ¿No es ésa su única razón para hacer lo que hace?

—No tengo por qué discutir mis razones con usted. Simplemente, me niego a investigar ese misterio. Ahora puede marcharse a buscar a otro.

—Muy bien —fríamente, se puso en pie Randsome Pyne. Rígido, con la mirada brillante y hostil, se movió hacia la puerta, Paróse, ya junto a ella, volviendo el rostro hacia Dave, que no se había movido de su asiento—. Se pierde unos miles de dólares, Murdock. Pero también contrae una tremenda responsabilidad. Piense que si llego a morir, usted será el principal culpable de mi asesinato, Murdock...

Dio media vuelta y salió bruscamente, dando un portazo tras de sí.

La humedad aumentaba progresivamente, a grandes marchas. El invierno neblinoso del litoral comenzaba a hacer acto de presencia, en el amasijo gris de cemento y hierro que constituía la población más importante del Pacífico.

Dave Murdock se echó aquel día encima un ligero sobretodo y el sombrero de fieltro marrón. Con las manos hundidas en los bolsillos, caminó bajo la bruma que mojaba la piel y calaba hasta los huesos. Aquello era mil veces peor que el frío de las planicies orientales en Asia. Pero estaba habituado a ello y no le disgustaba.

Salió de su oficina, y no se molestó en buscar un taxi para dirigirse a su domicilio. Le gustaba caminar por entre aquella algodonosa masa que envolvía las calles, contemplar las borrosas siluetas de las personas con quienes se cruzaba, ver el destello de las luces de alumbrado público, o los faros de los coches, brotando como fantasmas luminosos de la niebla.

El aire denso, traía de la bahía las sirenas de los *ferrys* de Oakland, el olor a yodo y el salobre húmedo, pegajoso, de los lugares costeros. Todo eso le agradaba. Tal vez porque hacía evocar cosas. Eran olores, ruidos y sensaciones familiares. Como fantasmas también, surgiendo de una niebla mucho más espesa: el pasado. Su pasado.

Todas esas cosas podían explicar fácilmente el porqué del regreso. Por qué Dave Murdock había vuelto a Prisco, donde sólo le quedaba un apartamento amueblado, unos libros y unos cuantos amigos. Ahora tenía también su oficina, de nuevo su vocación como negocio.

No había hecho falta que aceptase el día anterior la petición angustiada de un Randsome Pyne asustado, que además no disimulaba demasiado este hecho. Ahora disponía ya de dos clientes. Ambos para cosas rutinarias, de esas que los detectives privados hacen a regañadientes. Pero las hacen. No había intentos de asesinato más o menos encubiertos. Ni accidentes sospechosos ni bombones envenenados, como en las novelas policíacas demasiado «elaboradas».

Murdock se paró de repente bajo un farol. La luz derramó una neblina lechosa sobre su figura, y proyectó una sombra deformada en un escaparate cuajado de ropa interior femenina.

Ahora comprendía por qué no le había gustado la historia de Randsome Pyne. No parecía «real». Era lo mismo que esas novelas «elaboradas» que su mente había evocado. Es curioso lo poco científicos que acostumbran a ser los crímenes en la vida real, contra la imaginación puesta por los novelistas en sus ficciones. Todo había estado bien mientras Pyne se refirió a choques, intentos de violencia y todo eso. La caja de bombones con cianuro inyectado en el chocolate sonó enseguida a falso, a poco factible, aunque posible. Tal vez Pyne había tenido miedo por alguna otra razón, acaso precisaba realmente de los servicios de Murdock. Pero su

relato no era sincero. Pudo obedecer todo a un afán maligno de acudir al antiguo marido de su mujer. Pyne parecía un hombre capaz de morbosidades así. Aunque en el fondo siguiera existiendo la causa de su miedo, cualquiera que fuese.

Continuó caminando, después de menear la cabeza de un lado a otro, resueltamente. Estaba satisfecho de haber rechazado la oferta de Pyne. Prefería los habituales casos de cualquier detective de la ciudad. Seguir a una rubia por orden de un marido celoso, o a un tipo por encargo de una rubia celosa. Todo esto era el pan de cada día. Media ciudad sospechaba de la otra media, especialmente si ambas mitades estaban ligadas por el lazo matrimonial. Un encanto el matrimonio...

Se paró. Había llegado a su casa de forma insensible. Pensar, acorta los paseos y hace volar el tiempo. Entró en el vestíbulo. El telefonista estaba ocupado, pidiendo irritadamente una conferencia con Arizona. Ni siquiera le vio. Subió a su piso.

Metió la llave en la cerradura, abrió la puerta... y se plantó en seco en el umbral, con los ojos recelosamente fijos en el iluminado interior del apartamento.

Estaba seguro de haber dejado las luces apagadas al salir. Siempre lo hacía. Lo había hecho cuando estaba casado. Y solamente ella, Diana, había tenido por costumbre, durante el tiempo que estuvieron juntos, dejar todas las luces encendidas.

Respiró hondo. Bueno, tal vez se equivocó y no las había apagado. Empezaba a hacerse distraído. Irritadamente, cortó la luz del recibidor. En el acto se quedó rígido, con todos sus músculos, nervios y tendones tirantes como cables de acero.

—¿Eres tú, Dave? —preguntó una voz susurrante, desde el interior.

Aquella voz... Un sudor helado, pegajoso, como si un jirón de niebla se hubiera enroscado en él y se estuviese derritiendo, le cubrió la piel del rostro, las manos y la espalda. Aquella voz... después de los años.

Y apareció «ella».

Alta, pelirroja, hermosa y sensual como antes. Como siempre. Tuvo su aparición algo de absurdo, de irreal y de lógico a la vez. Era imposible que estuviera allí de nuevo. Pero estaba, como había estado entonces. Desenvuelta, pisando firme, dueña del hogar y de

las voluntades ajenas.

La luz del vestíbulo se quebró con un destello sobre el cristal de un vaso mediado de licor, en su marfileña mano de uñas plateadas y largas. Una corta capa de visión le colgaba desmañadamente del hombro derecho. El izquierdo aparecía desnudo hasta el inicio de su negro traje de cóctel, descotado profundamente, como todos los de ella.

—Diana... —musitó despacio, ronca la voz.

—Hola —ella respondió. Igual que una realidad agria y desagradable a una evocación hermosa—. Te he estado esperando mucho tiempo, Dave. ¿Tan tarde cierras tu oficina?

Murdock respiró con fuerza. Apartó de sí ideas, recuerdos, todo. Era real, después de todo. Diana había venido. No sabía cómo ni por qué, pero allí estaba. Hermosa, felina, peligrosa como siempre. «Cuidado, Murdock», avisó alguien en su interior. Y tuvo cuidado. Olvidó el pasado. Recordó quién era. Y quién había sido cuando todo terminó entre ellos. Y muchas cosas más. También recordó a Randsome Pyne, correcto y frío. Ya no era Diana; era la señora Pyne.

—Me gusta trabajar hasta muy tarde, cuando hay realmente trabajo —dijo con aspereza, cortando las raíces que pegaban sus pies al suelo. Oprimió las manos, para enjugar el sudor helado de sus palmas—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Hay cosas que se guardan siempre, Dave —sonrió ella. No vio su sonrisa porque ahora estaba a contraluz, en el umbral del vestíbulo en sombras con el *living* encendido. Pero supo que había sonreído. Lo sabía siempre—. Entre ellas, una llave. La de nuestra casa...

—La de mi casa —rectificó, glacial—. No debiste guardarla. Yo lo tiré todo.

—Ya he visto. Ni un retrato, ni un recuerdo mío... Las cretonas que yo compré para tu gabinete... ¿qué fue de ellas?

—Las substituí por las que hay ahora. Son menos alegres.

—¿Cómo tu vida?

—Mi vida fue menos alegre. Pero ya ha recobrado su alegría.

—No lo creo, Dave. Sé que mientes, porque siempre supe cuándo mentías —avanzó hacia él. Aquel ondular de caderas, aquel modo de flexionar las largas piernas, de modo que se incrustase en

ellas la tela del vestido, moldeándolas, era algo muy suyo. Y muy electrizante para un hombre, aunque hubiera sido su esposo—. ¿Te disgusta verme aquí?

—Sí.

—No eres muy hospitalario —se detuvo junto a una lámpara de pie y la encendió bruscamente. Depositó sobre una mesita su vaso de licor. La luz derramóse por encima de su pelo cobrizo, de sus ojos verdes, de su boca roja y carnosa. Las aletas de su nariz breve se dilataban, vibrátiles, a cada gesto, a cada palabra modulada por aquella boca sensual—. Yo esperaba que hubieras olvidado lo desagradable, que sólo evocarás lo bueno de nuestra poco afortunada unión. Y que mi presencia sirviese para reavivar en ti el fuego...

Estaba avanzando, mirándole desafiante, voluntariamente o no, la capa de visión rodó por la alfombra, y ella no se molestó en recogerla. La pisó con sus zapatos rojos, de alto tacón. Dave Murdock la vio detenerse a dos pulgadas de él. Permaneció rígido cuando ella extendió sus manos por encima de sus hombros y se colgó materialmente de ellos.

De repente, acercó su cara. Besó a Murdock en los labios. Fuertemente. Como años atrás.

La mano de Dave salió disparada. Se estrelló contra la mejilla de Diana Pyne, y pareció que la quebraba como una figura de porcelana. El estallido del impacto fue brutal.



*La mano de Dave salió disparada...*

Retrocedió unos pasos atónita, tambaleante, con los dedos marcados, con huella roja, sobre la piel nacarada. Bajo el traje negro, su potente busto se hinchó furioso, subiendo y bajando rítmicamente. Durante unos segundos, nadie habló.

—Me... has pegado... —dijo al fin, entrecortada la voz.

—Vete, Diana. No me gustan las escenas de vodevil. Son de mal gusto y rara vez acaban bien. Sabes que te amé. Sabes que siempre queda un rescoldo y quieres avivarlo. Eso es fácil cuando una mujer como tú quiere manejar a un hombre. Nuestras pasiones son torpes y difíciles de dominar. Por eso me defiendes. De ti y de mis pasiones. Vete, Diana.

—Te atraigo. Todavía te atraigo demasiado, ¿no es eso? ¿Por eso me has pegado?

—Por eso. Soy sincero, ya lo ves. No pretendo demostrar fortaleza.

—Pero eres fuerte. Sé que volverías a pegarme sin piedad, si de nuevo te besara.

—No. Si lo intentas de nuevo, te arrojaré de casa a empujones. No dejes que las cosas lleguen a eso. Eres una señora; perderías más que yo.

—No me importa Randsome —dijo ella, apasionada.

—Pero te importan sus millones.

—Es lo único que tiene. Tú, Dave, eres diferente. Me di cuenta al perderte. No tienes dinero, pero eres todo un hombre. Deseo que vuelvas a mí... pero sin perder la fortuna de Pyne, claro está.

—Me das náuseas. Eres como un hermoso cadáver que llevara días sin vida. Al acercarse a ti, tu hermosura huele mal. A podrido, Diana. Como tú misma.

Relampaguearon los verdes ojos peligrosamente. Crispó sus labios trémulos, muy pálida.

—Dave, por última vez... —suplicó, ronca la voz—. Preciso de ti...

—Y yo preciso olvidar. A ti y a toda tu maldita influencia. ¿Para eso has venido? Suponía que buscabas algo más que escarbar en las cenizas.

—No, no buscaba nada más... —Lentamente, pareció retirarse, darse por vencida. Incluso se inclinó, estirando la mano sin que Dave hiciera acción de ayudarla. Recogió desmayadamente su capa de pieles de varios miles de dólares—. Sé que Rand te visitó, pero eso no me importa. Allá él y sus manejos. Era yo quien quería verte, Dave.

—Nunca haces nada impulsivamente, Diana. Bajo todo ese fuego que parece consumirte, yo sé lo que hay: un corazón de hielo que

no siente ni sufre por nada del mundo, excepto por el dinero, las comodidades y los lujos. No deseas nada de nadie, ni siquiera amor o pasión —Dave hablaba seguro de sí, con dura voz—. Cuando has venido aquí, a evocar tiempos viejos, que tú misma estropeaste con tu maldad, es porque buscas algo. Y ahora creo saber lo que es.

—No sabes lo que dices. Te buscaba a ti. Y veo que no puedo encontrarte.

—¡Mientes! Y muy mal, además. Buscabas una cosa; algo que te preocupa mucho. Incluso creo que te asusta —rió, al ver un centelleo inquietó en las pupilas verdes, felinas—. Sí, ya lo sé. No hay dudas, Diana. Te conozco tal vez demasiado bien. Tienes miedo. No es sólo tu querido Rand quien teme algo, sino tú también. Tú temes lo que él haya podido decirme, la razón de venir a verme, ¿no es cierto?

—Has perdido mucho como detective, Dave —dijo ella con un despecho falso, irritado—. Te vuelves viejo. Abandona esa profesión o te morirás de hambre.

—Todos envejecemos, Diana. Tú tampoco eres la de antes. Se lee demasiado bien en ti. Ahora no me hubieras engañado tan fácilmente. Me gustaría saber de qué tienes miedo. ¿Tal vez de que Randsome sepa demasiado?

—¿Demasiado de quién?

—De ti, tal vez —Murdock curvó los labios en una sonrisa feroz—. También él tiene miedo. A lo mejor te teme a ti. Sería prueba de que empieza a conocerte.

—Rand no teme a nadie —se insolentó ella, adelantando la barbilla y proyectando adelante su torso agresivo—. Pero si me temiera a mí, demostraría tener inteligencia. Sí, Dave. Yo soy, hoy en día, la heredera legal de los millones de Pyne. Para mí, sería una gran suerte que Randsome muriese... de cualquier modo que fuera.

Dave no dijo nada por unos momentos. Miró a Diana fijamente. Luego habló con calma:

—Sé que serías capaz de todo, con tal de ser libre y rica, Diana. Pero no puedo imaginarte asesinando a un hombre, sólo por heredar sus millones.

—Pues ten más imaginación, querido Dave —dijo ella lentamente, avanzando hacia la salida—. Y recuerda que aún puedes ser millonario y volverme a tener junto a ti, esta vez para

siempre.

—Vete, Diana. Estás diciendo atrocidades.

—Atrocidades muy gratas de escuchar, Dave. Podríamos matar tú y yo a Rand. Tienes inteligencia para quedar en la impunidad. Luego, dinero y felicidad serían nuestros. Te aseguro que si tú no te unes a mí, es posible que elija a otro. Odio a Rand. Me gustaría verle muerto... destrozado a mis pies, Dave. A veces, sueño con ello. Al despertar, lloro. ¿Y sabes por qué? Porque ha sido sólo un sueño... Y Rand está allí, besándome con toda dulzura para hacerme grato el despertar.

Luego, sin añadir palabra, le lanzó un beso con la punta de sus dedos apoyado sobre los rojos labios. Tras eso, la puerta del piso se cerró al salir el hermoso monstruo que era Diana Pyne, tiempo atrás Diana Murdock.

Dave permaneció mudo, inmóvil. Anonadado.

## CAPÍTULO IV

### SANGRE

Dorothy Hatton era menuda, feúcha y desangelada. Pero como secretaria, resultaba de una gran eficiencia. Dave Murdock la había elegido por eso. Sabía por experiencia propia lo que puede esperarse de una rubia fenomenal sentada en la antesala, mostrando sus piernas enfundadas en *nylon* a cualquiera, y mordisqueando golosamente bombones de chocolate, con aire frívolo. Habitualmente, se logra de ellas un montón de horas extra, fuera de las de oficina, y no precisamente en trabajos de oficina. Pero poco resultado profesional.

Dave quería una secretaria útil. Dorothy Hatton lo era, pese a su pequeña estatura, su rostro poco agraciado y su figura enjuta. Era joven, con una juventud mal aprovechada. Pero poseía inteligencia y experiencia. Todo cuanto él necesitaba.

Ahora estaba ante él, argumentando con expresión cauta:

—No sé, señor Murdock, pero el cliente que aguarda no me merece demasiada confianza. Es huidizo, receloso y observador. Está en guardia contra todo el mundo, se advierte a simple vista. Y es nervioso como un conejo.

—Bueno, a pesar de todo eso, tendremos que verle. ¿Cuál es su nombre, por favor?

—Ha dicho llamarse Meadow de Wilde. Viste bien y debe tener medios de vida abundantes.

—Está bien, señorita Hatton. Deje de hacer la disección total de mi cliente, y hágale pasar —sonrió Murdock—. Hemos de escucharle antes de juzgar. Pero recordaré sus indicaciones.

La secretaria resultó ser, una vez más, digna de toda confianza en el aspecto de estudio sicológico de los futuros clientes. Meadow

de Wilde era todo cuanto ella había dicho. Además, era sorprendentemente joven, muy rubio y bien parecido. Vestía como solo visten los que viven en Nob Hill y disfrutaban de una amplia cuenta corriente. Su sortija de brillantes, en el velludo dedo anular de su mano izquierda, valía bastante. Y el alfiler de corbata, con aquella gruesa esmeralda, mucho más. No parecía dar importancia a todo eso, pero era una actitud falsa. Sabía que tenían importancia, y se la daba veladamente.

—Y bien, señor De Wilde, ¿qué es lo que desea de mí? —preguntó tras las saluciones.

—Pruebas para un divorcio.

Lo dijo rápida, casi telegráficamente. Dave no pudo ocultar su decepción. Sabía que el nombre de De Wilde le sonaba de alguna parte, sin poderlo localizar. Ahora, su demanda rozaba de tal modo la vulgaridad, que se sintió deprimido.

—¿Su divorcio, claro está? —preguntó suavemente.

—No —denegó despacio De Wilde—. El divorcio de otros. El mío será solamente una consecuencia derivada de ese divorcio a que me refiero. ¿Comprende?

—No. Es decir, creo comprender algo. Pero tendrá que ser más explícito usted.

—A ello voy. Antes quisiera saber si va a aceptar el caso.

—Aunque es vulgar, parece tener cierto matiz original. Le escucho, y me reservo mi opinión final. Obre usted en consecuencia.

De Wilde mostró un gesto airado. Pareció decidido a romper toda relación y largarse con media vuelta brusca. Pero no hizo nada de eso. Alisó la raya de su pantalón marrón, impecable con la chaqueta deportiva *beige*, arrebujo mejor su sobretodo en torno al brazo izquierdo, y se situó de un modo que, casualmente o no, hizo destellar su esmeralda de la corbata. Al hacer un ademán, también brillaron las gemas de su anillo.

—Mire, Murdock, usted creo que tiene fama de buen investigador —dijo sin rodeos—. Por eso me he resuelto a venir. También me parece que es capaz de sacar agua de un desierto si realmente se lo propone.

—¿Es lo que quiere? ¿Qué saque agua de un páramo reseco?

—No. Hay agua. Pero está oculta, muy profunda. Quiero que ahonde. Hasta el fin.

—Le escucho.

—Usted posiblemente haya oído hablar de mí. Soy rico, pero lo era mucho más. Poseía la mejor industria metalúrgica de la Costa del Pacífico. Una hábil jugada adversaria me hizo perder de la noche a la mañana diez o doce millones. Y la industria. Ahora, está agrupada a las Factorías Pyne.

Dave enarcó una ceja. Ahora recordaba el nombre. Meadow de Wilde, uno de los hombres a quienes temía Randsome Pyne. Un enemigo suyo, arruinado por él. O medio arruinado, a juzgar por las apariencias. Pero diez o doce millones es algo, aunque se tengan veinte.

—Entiendo —dijo con lentitud el detective—. ¿Qué tiene que ver su caso con Pyne?

—Le odio. Pero eso no es todo. Me quitó mi fortuna, mi poder. Pero también me ha quitado algo más: la estimación de Charlotte.

—¿Quién es Charlotte?

—Mi mujer.

—Resulta difícil creer que una mujer le sea infiel a usted, por Randsome Pyne. No entiendo mucho de hombres, pero me parece que usted es un chico bien parecido. Y joven.

—Gracias. A pesar de todo eso, ella prefiere a Pyne. O a sus millones. Tiene muchos.

Dave entrelazó los dedos, algo estupefacto.

—¡Dios, cómo está el mundo! —masculló, perplejo—. ¿Es que las mujeres han perdido la cabeza?

—Usted puede orientarme sobre eso, según creo —observó, con cierta ironía, De Wilde.

—Gracias por recordármelo —declaró frígidamente Dave—. Pero tiene razón, después de todo. Yo soy quien menos debe extrañarse. ¿Está usted enamorado de su mujer?

—No —declaró con calma Meadow, soltando una risita—. Por eso no me importa mucho que ella se sienta ganada por la fabulosa riqueza de Pyne. Sólo quiero pruebas, demostrar legalmente, sin lugar a dudas, que ella se ve con Pyne, que hay algo entre ellos.

—¿Busca su divorcio de ella?

—Sí.

—Pero me dijo que buscaba algo más. Su divorcio propio sólo será una consecuencia más. ¿Qué busca realmente?

—El divorcio del matrimonio Pyne.

—¿Por qué? —preguntó Dave, aunque ya tenía de antemano la respuesta en su mente.

—Porque así Diana Pyne puede divorciarse también por infidelidad comprobada. Demostrar yo que soy engañado, es demostrar a la vez que ella es engañada. Divorcio doble. Y todos libres.

—Déjeme suelta un poco la imaginación —cortó Dave fríamente—. Entonces, usted y Diana...

—¿Por qué no Pyne y mi querida Charlotte? —rió De Wilde, sarcástico.

—No encaja en el cuadro. Usted busca otra cosa. La libertad de Diana, por ejemplo. Y una libertad bien pagada, ciertamente, ya que habrá pruebas legales. Entonces, usted se une o se casa. Con Diana, naturalmente. Y todo resuelto bonitamente, gracias a los servicios de Dave Murdock, ¿no es cierto?

—Aunque crudamente expuesto, y con ciertos detalles de mal gusto, es algo parecido.

—Todo es de mal gusto en su asunto. Un feo asunto, De Wilde. Comienzo a creer que Pyne es todavía mejor que sus enemigos. Todos ustedes empiezan a heder. Son carroña.

—¡No le permito insultos! —aulló De Wilde, perdiendo su compostura. Se puso en pie de un salto—. Eso significa que rechaza de plano mi caso, ¿no es así?

—Pues no, no es así —declaró suavemente Dave, ante la sorpresa de su visitante—. Ocurre algo curioso, amigo De Wilde. Y es que aborrezco lo suficiente a Pyne y a su esposa, como para desearles todo lo peor. Si su asunto puede dañarles en algo, le ayudaré. Soy perverso a conciencia, y lo admito.

—Bien —una mueca asomó a la faz sorprendida de Meadow—. Eso está mejor.

—¿Va a concederme el caso, a pesar de lo nauseabundo que me parece usted y su caso?

—Sí —rió De Wilde—. Somos dos bribones de distinto estilo, Murdock. Usted, un sentimental que guarda rencor. Yo, un hombre que desea vengarse. Y ganar a Diana.

—Y que tiene demasiado miedo para matar a Pyne, cosa que resolvería casi todo, ¿no es así? —dijo Dave duramente, mirándole

con fijeza.

Vaciló De Wilde ante la agria acusación. Pero finalmente asintió despacio con la cabeza.

—Sí —confesó—. Usted lo ha dicho. Si tuviera valor... ¡mataría a Pyne!

Dave suspiró.

—Otro más. ¡Cielos, lo realmente milagroso es que Pyne siga vivo en el mundo!

El milagro se terminó aquella misma noche.

Pero Dave no lo sabía aún.

Estaba navegando entre jirones de niebla a través de los cuales reían los rostros de Diana, de Pyne, Corvac y de Meadow De Wilde, mientras una voz lejana, repetida por mil ecos burlones, ululaba siniestramente:

—¡Quiero matar! ¡Quiero matar a Pyne! ¡Quiero matar...!

Unas veces era la voz de Corvac, otras de Diana, de De Wilde... E incluso creyó percibir, muy distante, la suya propia, repitiéndole a sí mismo el atroz deseo.

—¡Quiero matar!

Entonces se despertó. Un extraño sonido metálico, chirriante y prolongado, había quebrado las voces, las imágenes, todo. Tardó unos segundos, incorporado en el lecho, en comprender que era el teléfono lo que estaba sonando insistentemente sobre la mesilla de noche.

Masculló algo entre dientes, estiró el brazo y descolgó el auricular, llevándolo al oído.

—¿Quién es? —preguntó irritadamente.

—Murdock, soy yo, Randsome Pyne... —habló ansiosamente una voz pastosa, casi irreconocible.

—¡Infiernos! ¿Y qué es lo que quiere a estas horas? ¿Se ha propuesto amargarme la noche?

—Por favor, Murdock, trate de ser comprensivo...

—Si no lo fuera, hubiese colgado ya. ¿Qué anda buscando? ¿Para qué me llama?

—¡Voy a morir, Murdock...!

—¿Eh? —Dave pegó un respingo—. ¿Qué mil demonios dice? ¿Es que tiene la obsesión de la muerte encima?

—Ahora no es temor ni obsesión, Dave. Sé que voy a morir. La

tenaza se cierra sobre mí... Usted no quiso ayudarme. Pero no se lo reprocho ni le guardo rencor. Sin embargo, ahora... ¡Están acercándose aquí, a mi habitación!

—¿Pero qué es lo que está hablando? ¿Quién se acerca?

—La persona que va a matarme... ¡Murdock, por favor, tiene que venir! ¡Tiene que venir! ¡Estoy solo! Diana ha salido, no hay nadie más que yo en la casa... y mi corazón falla. Creo que antes de que esas pisadas lleguen aquí, habré sufrido un colapso... ¡Sálveme, Murdock! ¡Usted puede hacerlo!

—Avisé a la policía, si teme algo. Pero eso de que se acercan, es absurdo... ¿No sabe defenderse, de todos modos? No es ninguna criatura.

—No podré defenderme. El asesino acecha, vigila... Se ríe de mí, de mi terror. Está esperando. Sé que está aquí, ¡dentro de la casa! ¡La policía no va a creerme, pero usted sí! ¡Usted tiene que creerme! ¡Por favor, Murdock, sólo usted puede salvarme si cree en...!

Se quebró la voz. Todo sonido se cortó en seco. Dave escuchó, tenso. No oyó nada. Con voz lenta, suave, demandó:

—Pyne... ¿Está todavía ahí?

No contestó nadie. Repitió la pregunta. Ni un ruido. Perplejo, colgó el receptor. Luego, estiró la mano, cogiendo el listín telefónico. Cuando halló el teléfono privado de Randsome Pyne, marcó el número.

El mismo silencio. Ni timbrado ni señal de comunicación. Eso podía significar una sola cosa: habían cortado el cable telefónico.

Se puso en pie de un brinco. Rápido, marcó otro número que conocía bien. Una voz femenina le respondió. Cargada de sueño y de inquietud:

—¿Quién es? ¿Qué desean?

—Lamento hacerte esta faena, Pat —dijo rápidamente Dave—. Avisa a tu marido, por favor.

Un segundo después se ponía Jeremy al aparato. Su vozarrón sonó inconfundible:

—¡Peste, Murdock! ¿Qué bicho te ha picado a estas horas?

—Creo que ocurre algo grave, Jeremy. Randsome Pyne ha telefoneado, diciendo que teme por su vida.

—Bueno, que le corten la cabeza, si les parece bien. Me tiene sin cuidado. Y a ti debería tenerte también. ¿O acaso es cliente tuyo?

—No es cliente. Siento por él tanto cariño como puedes sentir tú. Pero es un ser humano.

—Es un histérico cargado de dinero y de miedo, por su propia maldad.

—Hay algo más. Han cortado su teléfono. Posiblemente hay algo de cierto en su temor. Es lo que quiero comprobar. Por estricta razón de conciencia. ¿Me ayudas, Jeremy?

—De acuerdo —suspiró Corvac—. Estaré esperándote. Pongamos... frente a la casa de Pyne. Dentro de...

—Quince minutos —completó vivamente Murdock, saltando de la cama—. ¡No faltes!

Colgó, sin esperar respuesta de Corvac.

Comenzó a vestirse. Dos minutos después salía de la casa.

Exactamente un cuarto de hora después, acaso un minuto o dos con antelación a la hora fijada, un taxi le vomitaba frente a las tapias de la residencia Pyne, en Nob Hill.

Apenas si tuvo que mirar unos segundos en torno. De una zona de sombras, protegida por las ramas de unos eucaliptos, salió la familiar, sólida figura de Jeremy Corvac. Todo en la colina mostraba un aire extraño, deforme, a través del velo gris de la neblina.

Las luces de San Francisco, ante Dave, eran salpicaduras inciertas de color lechoso, borradas por la bruma. La humedad era intensa y lo empapaba todo a los pocos segundos.

—Dave, hace cinco minutos que estoy aquí —informó roncamente Corvac—. No parece ocurrir nada en la residencia de los Pyne. ¿No crees que me has hecho salir del calor de la cama inútilmente?

—No, no lo creo —contempló, ceñudo, la mole cuadrangular, modernista, del edificio de Randsome Pyne—. Pudieron burlarse de mí. Pero no creo que arrancara el cordón del teléfono para llevar más adelante la broma.

—¿Cómo piensas salir de dudas?

—De la única forma posible —Dave echó a andar firmemente, hundiendo las manos en los bolsillos de su sobretodo—. Y si todo esto obedece a una jugarreta de Pyne, tendré la satisfacción de arrugarle la nariz a golpes. ¡En marcha!

—Eso no me lo pierdo yo —rió Corvac—. ¡Ahí es nada, ver a

Pyne bajo tus puños!

Dave no respondió. Avanzaron ambos hombres hacia las cercas de la residencia. Por la carretera ascendente de la colina, pasaron dos o tres automóviles. Rápidos, sin detenerse. Sus faros centellearon, borrosos, en la niebla. Y fueron engullidos por ésta, cuando doblaron el recodo inmediato.

Parándose ante la puerta de acceso a los jardines de la residencia, Dave y Corvac cambiaron una rápida mirada. Ambos hombres parecían encogerse, cohibidos por el frío pegajoso y sutil de la húmeda noche que acumulaba sobre San Francisco la densa niebla con olor a mar, a salitre y a invierno.

—Suponte que entramos —gruñó Corvac—. Y que alguien nos suelta un disparo. Mañana, mostrando nuestros cadáveres a la policía, dirían que creyeron que éramos merodeadores nocturnos. ¿Y quién les llevaría la contraria? Nosotros no, desde luego, Dave.

—Vamos, no seas agorero —rió Murdock. Y extrajo una mano de su bolsillo. Corvac observó que esgrimía una sólida y negra automática de calibre .38—. Si alguien aprieta el gatillo, le contestaremos con la misma voz. Así nos entenderán mejor.

Murdock movió la puerta enrejada de acceso a las sendas enarenadas del jardín, simples sierpes pálidas, entre oscuros setos. No esperaba el menor éxito, pero lo tuvo. La verja cedió. La puerta se deslizó, sobre el surco curvo trazado en la arenisca por las hojas de hierro. Chirrió ligeramente.

Dave se sintió muy lejos de la tranquilidad. No le gustaban facilidades así. No eran buen augurio. Apretó con mayor fuerza su automática, y avanzó resueltamente por la grava. Corvac le siguió.

El jardín tenía globos de luz, que apenas si eran bolas de luz mortecina, salpicando la cada vez más densa niebla.

Corvac se pegó más a Dave. Murdock se orientó entre los setos, buscando el edificio central. Lo vio ante sí, al doblar un recodo. Cuadrangular y sólido. Unas luces brillaban en un piso alto.

Murdock paróse de repente. Señaló hacia la casa y musitó muy despacio:

—Cuidado ahora, Jeremy. Tal vez tengas razón y no ocurra nada. En ese caso, regresaremos sin producir ruidos inoportunos y sin revelar nuestra presencia. Darle una paliza a Pyne en su propia casa sería demasiado.

Asintió Corvac, comprensivo aunque no satisfecho. Rodearon las formas ovales de unos arriates floridos. Un porche en sombras apareció ante ellos. No se veía nada, salvó la hilera de luz del piso alto, a través de una galería de ventanales cuadrangulares.

—Todo parece normal —observó suavemente Corvac—. Me parece que se han reído de nosotros, Dave.

—Las apariencias se inclinan de ese lado, Jeremy. Pero veremos si es así...

Dieron unos pasos más Jeremy no vio el borde de un arriate, y tropezó con un saliente de piedra, cayendo de bruces sobre la alfombra de verde. Lanzó un seco juramento. Dave se volvió vivamente hacia él.

—No eleves la voz, Jeremy —avisó—. Pueden oírte...

Corvac se puso en pie, ayudado por él. Mientras lo hacía, alzó los ojos hacia la casa. Su cuerpo vibró bajo el contacto de Murdock, y de repente alzó el brazo, señalando con un trémulo índice hacia la casa.

—¡Mira, Dave! —rugió, ronca la voz.

Murdock giró en redondo, atraído por la urgencia de la voz de Corvac, y clavó sus ojos en los ventanales.

Aunque la bruma fuera espesa, no lo era tanto como para no descubrir las siluetas proyectadas contra los iluminados cristales del edificio. Eran dos, y al parecer estrechamente enlazadas, revolviéndose de un lado para otro. Parecía una lucha. Una lucha feroz, de trascendental importancia.

Tan juntas estaban ambas siluetas, que resaltaba imposible distinguirlas individualmente. Desde luego, eran dos hombres. A pesar de la gran dificultad visual de la niebla, se pudo seguir el ir y venir de la pareja en pugna, durante poco más de tres segundos.

De repente, una de las figuras alzó algo en vilo. La silueta recortada sobre el cristal iluminado fue difusa. Pero podía suponer que esgrimíase en una mano algo contundente, sólido. Una estatuilla de metal, un objeto duro y pesado, cualquier que fuese su naturaleza...

Corvac gimió entre dientes, cuando el objeto cayó sobre el otro luchador. Evidentemente, la pugna cedió en intensidad. Un cuerpo se debilitó, aunque pegado literalmente al otro. El objeto pesado volvió a caer. Una, dos, tres veces...

Dave alzó su pistola. Dudó. El que golpeaba, podía ser quien llevara razón, el que se defendía de su antagonista. Pero de cualquier modo, era preciso hacer algo. Apretó el gatillo.

El disparo retumbó sordamente en el desierto jardín cuajado de brumas. Un estruendo de vidrios llegó hasta él. Se formó una estrella agrietada en el cristal iluminado que recortaba a las dos siluetas.

La figura que movía el objeto contundente, se detuvo. Entre sus brazos el cuerpo del antagonista parecía algo flácido, sin vida ni resistencia. A pesar de ello, todavía cayó dos veces seguidas el objeto sobre el cuerpo inerte. Después, ocurrió algo horrible, más horrible aún que cuánto llevaban presenciado los atónitos Murdock y Corvac.

El que esgrimía el objeto contundente soltó a su víctima. La lanzó contra el ventanal astillado por el balazo de Dave. Un fragor aún más estrepitoso de vidrios siguió al impacto del cuerpo sobre los cristales.

Luego, a través de jirones de revuelta niebla, una forma oscura se precipitó sobre la plataforma o rotonda de losas de piedra que formaban óvalo ante la casa. Un sordo, áspero golpe, se dejó sentir. La figura recortada arriba se agazapó y huyó. Dave hizo un segundo disparo, convencido ahora de que no era ningún inocente el que escapaba. Pero la bala, aparte de quebrar nuevos vidrios, en un caótico desenfreno de estruendos, no logró nada práctico. La hilera de ventanales quedó huérfana de persona alguna visible.

—¡Vamos, Dave, ha tenido que caer allí! —gritó Corvac, iniciando la carrera hacia el claro embaldosado. Sus pies resonaron sordamente sobre las piedras, y Dave le siguió, frenético, maldiciéndose por sus tardías reacciones.

Ambos hombres se detuvieron en medio de la niebla, densa y viscosa. Una forma oscura, cruzada en su camino, les había interrumpido, casi tropezaron con ella. Lo que fuese, distaba más de la fachada de lo que calculara Murdock en un principio. El impulso dado al cuerpo tuvo que ser terrible.

Se inclinó Dave. Rebuscó en su bolsillo, supliendo la pistola por algo más útil en tal coyuntura: una potente lámpara de bolsillo. Enfocó el proyector sobre la figura tendida.

Un ronco murmullo de horror escapó de labios de Dave, al

reconocer la naturaleza de lo que allí yacía.

Era un ser humano. Reposaba de bruces sobre un charco denso, viscoso, rojo oscuro, que formaba regueros por entre las junturas de las piedras.

Lo volvió, de un brusco tirón sobre sus ropas. La faz resultó irreconocible, horripilante. Una pulpa roja, sanguinolenta y atroz, deformada por los violentos golpes sufridos. La cabeza hendida, aplastada a impactos de algo sólido, contundente. Las ropas eran impecables, pulcras. Tal como las viera él a alguien, no muchos días atrás...

Pero aparte de las ropas, poco más era identificable en aquel cuerpo. Se habían ensañado brutalmente en la cabeza de la víctima, hasta dejarla reducida a algo informe y repulsivo. Aquello había sido un ser humano. Aquél había sido Randsome Pyne...

## CAPÍTULO V

### SOSPECHAS

Pronto pasó la perplejidad de Dave. Miró fija, duramente hacia la casa iluminada, en cuyo interior comenzaban a percibirse ruidos, voces, carreras. Se volvió a Corvac.

—¡Vamos, Jeremy! —avisó con voz tajante—. ¡Hay que ver qué ha sucedido realmente! ¡El asesino tal vez esté aún ahí dentro!

Echó a correr hacia el porche en sombras. Corvac le siguió con paso atlético.

—Eso... Eso era Pyne, ¿verdad? —susurró Jeremy, sin dejar de correr a su lado.

—Creo que sí... Sus temores se confirmaron, desgraciadamente. Acaso la culpa es mía.

Llegaron al porche. Dave golpeó con la linterna sobre la puerta, ruidosamente. Tardaron unos instantes en abrir. Cuando lo hicieron, dos hombres en paños menores asomaron ante Dave. Traía expresión somnolienta, y no parecían saber a ciencia cierta qué era lo que sucedía.

Tampoco Dave estaba muy seguro de lo que estaba ocurriendo, pero al menos tenía una cierta idea de los acontecimientos de aquella noche brumosa y sangrienta. Un hombre estaba muerto en el jardín. Un hombre que había temido por su vida. Un hombre a quién todos habían odiado, hasta el punto de desear su muerte. Si no le habían asesinado antes, era por miedo, por puro instinto de conservación. Pero alguien había perdido el miedo.

Alguien había matado a Randsome Pyne.

Echó a un lado a los sirvientes en paños menores, mostrándoles fugazmente su insignia de detective privado. No debieron enterarse mucho de lo que representaba aquella placa, ni Dave se molestó en

explicárselo.

En vez de ello, subió a la carrera por una amplia escalinata, sin pararse en dar a nadie cuenta de sus actos. Alcanzó un corredor sin ventanas. Corrió por él, giró hacia un recodo, y se encontró en una especie de galería frontal, que corría a lo largo de la fachada, con una hilera de seis u ocho ventanales rectangulares, asomados a un oscuro amasijo de niebla, formas densas y negruras absolutas. Uno de los ventanales mostraba sobre su rectángulo, una enorme abertura de agudas aristas.

Los ojos de Dave se clavaron en el suelo, allí donde reposaba un objeto que le atrajo con fascinante intensidad: era un curioso mazo de bronce o de un metal similar, representando una figura desnuda de monstruosa cabeza. Su parte contundente, por cierto, era la de esa ancha, deforme cabeza de monstruo, ahora salpicada de sangre, de residuos de cabello humano... También había salpicaduras rojas sobre el linóleo, en un ancho trecho.

Por el otro extremo de la galería asomaron dos mujeres. Una, vieja y gruesa, envuelta en un descolorido batía. La otra, joven y bonita, en una bata de *nylon* tan transparente que la luz cruda de la galería destacó nítidamente sus formas sin el menor recato.

Ambas gritaron, ocultando el rostro ante el espectáculo de la sangre. Dave imaginó que eran de la servidumbre. Avisó rudamente, señalando al suelo:

—No toquen nada de esto. Bajo ningún pretexto, ¿comprenden?

Ellas asintieron. No entendían nada, pero era igual. No tocarían el mazo de bronce ni las manchas de sangre. Tal vez no lo hubieran tocado, ni siquiera sin avisar. Pero valía más extremar las precauciones en casos de asesinato.

Advirtió de repente la expresión acongojada de sus ojos, clavados en un punto a espaldas suyas. Dave se volvió en redondo, velozmente.

La vio allí. Plantada al final de la galería. Llevaba un hermoso abrigo de entretiempo, en un brillante color cobalto. Iba sin abotonar, y se advertía que debajo se adaptaba a sus curvas, con una justeza procaz, un negro jersey de cuello cerrado y unos pantalones ceñidos a las largas, hermosas piernas, igualmente en un punto negro. Unos zapatos de igual tono y tacón bajo, completaban su curioso atavío. También llevaba guantes, igualmente negros, y

un cinturón azul, haciendo juego con el abrigo.

Estaba pálida, muy pálida mirando al suelo ensangrentado. Dave rió entre diente, como ensañándose.

—Todo, tal y como lo querías, Diana —dijo rudamente—. Alguien ha liquidado a tu querido esposo. Y no se anduvo con muchos miramientos para ello, ciertamente... Tú, ¿de dónde vienes ahora? Cuando Rand me telefoneó, tú no estabas en esta casa...

Diana Pyne no pudo responderle. Súbitamente, osciló sobre sus pies, y antes de que Dave pudiera imaginar tan inusitada reacción en ella, se desplomó de bruces sobre el linóleo, presa de un desvanecimiento.

El segundo desvanecimiento de Diana Pyne tuvo lugar frente al cuerpo destrozado de su marido, cuando tuvo que identificarlo. Dave no supo si sospechar una buena comedia, un «*shock*» sincero ante aquella cabeza aplastada e informe, o la auténtica emoción de una esposa ante el cuerpo sin vida del que fue su marido. Esta última teoría, tratándose de Diana, resultaba lamentablemente débil, en opinión de Murdock.

Pero lo cierto es que el teniente Hubert Gargan, de la Policía Metropolitana de San Francisco, requerido especialmente para el caso, pareció creer a pies juntillas su dolor, y dio rápidas instrucciones para su traslado a una clínica de la ciudad, donde los médicos pudieran atender su salud debidamente.

Luego, una sábana cubrió piadosamente el cadáver aplastado sobre las losas, y materialmente rebozado en vidrios por todas partes, encima de una alfombra de agudas aristas. Muchas de éstas se le habían clavado en sus prendas de vestir y en la parte posterior de la cabeza, única relativamente indemne todavía.

Los faros de los automóviles alineados en torno al lugar del suceso permanecieron encendidos, dando claridad al bulto que ocultaba la sábana. Dos agentes uniformados montaban guardia junto al cadáver. Otros varios patrullaban por el jardín, impidiendo que nadie abandonara el edificio.

Hubert Gargan, con las manos hundidas en los bolsillos de su ligero abrigo y una expresión ceñuda en el ancho rostro de sanos colores, avanzó hacia el silencioso grupo formado por Dave Murdock y Jeremy Corvac, no lejos del dramático lugar.

—En guardia, Jeremy —avisó entre dientes Dave—. El teniente

Gargan no es hueso fácil de roer.

Corvac asintió, cuando ya Gargan se plantaba ante ellos, estudiándoles con aire severo, antes de preguntar, muy despacio y como sin darle importancia:

—¿Entonces ustedes fueron los únicos testigos del suceso?

—Eso creo —asintió Dave.

—¿Vieron cometerse el crimen?

—Sí.

—¿Son amigos ustedes dos?

—Sí.

—¿Qué hacían aquí, a estas horas de la madrugada?

—Pyne temía por su vida. Un ataque de histerismo debió espolearle para avisarme. Pero cortaron la comunicación. Por eso vine apresuradamente a investigar.

—Debí avisar a la policía, en vez de tomar decisiones por su cuenta.

—A Pyne no le gustaba la policía. No quería escándalos.

—¿Era cuenta suyo?

—No.

—Entonces, haber hecho caso omiso de sus gustos. ¿Por qué le acompañó Corvac?

—Es un buen amigo mío. No me creí capaz de afrontar yo sólo lo que estaba ocurriendo aquí, y preferí buscar compañía.

—¿Eran amigos del difunto?

—Podría decirle que sí —sonrió Dave.

—Pero no lo dirá.

—¿Por qué no?

—Porque no iba a creerles, y ustedes lo saben —rezongó Gargan, con un encogimiento de hombros—. Dave Murdock, exesposo de Diana Pyne. Ella le abandonó por Pyne. No creo que eso le hiciera muy amigo de Randsome. En cuanto a usted, es Jeremy Corvac. Arruinado virtualmente por los manejos financieros de Pyne. Éste cortejó descaradamente a su mujer, que resultó insobornable.

—Está enterado de muchas cosas —observó secamente Corvac.

—Me pagan para ello. Mi oficio es saber. Como el del señor Murdock, pero sólo que en mi caso es oficialmente. Y la Ley está tras de mí, amparándome. Además, señor Corvac, la gente habla, los

murmillos llegan a uno. También ayudan a la policía.

—En este caso, me temo que no —replicó Corvac—. Puede decir que me sobraban motivos para aplastarle la cabeza a Pyne. La verdad es que lo ocurrido no me hace llorar, pero no fui yo. Acaso me faltó valor para hacerlo. Yo no he matado a Pyne.

—¿Y quién ha dicho que haya sido usted? —rió huecamente el policía—. No he acusado a nadie... todavía. Señor Murdock, ¿quiere referirme todo lo ocurrido esta noche? Detalle, y sin omitir nada, por favor...

Dave asintió. Le narró todo lo sucedido, desde que recibió la llamada que le despejó el sueño. Gargan le escuchó sin interrumpirle, con profunda atención.

Al final, estudió a ambos hombres con fijeza y declaró en forma concluyente:

—Esa historia, puede decirse que aparta radicalmente de ustedes dos las sospechas.

—Claro está —sonrió Dave—. No pudimos estar en dos sitios a la vez.

—Siempre que su relato sea absolutamente cierto —puntualizó agudamente Gargan.

—¿Qué quiere decir? ¿Que mentimos?

—Todo el mundo puede mentir, en mi opinión. No creo en su sinceridad, hasta no comprobarla sin lugar a dudas.

—Tiene razón. Un policía siempre piensa igual. Tiene derecho a sospechar también de nosotros. Estábamos ciertamente aquí cuando ocurrió. Nadie presenció la escena, y sólo la declaración de Corvac confirma la mía, en igual grado que mi palabra avala la suya. Es una coartada floja, desde el punto de vista jurídico. Se basa solamente en dos criterios fijos, que pueden ser falseados. Pero también esto haría falta probarlo, teniente, para entrar en sospechas sobre nosotros de un modo concreto.

—Usted no es tonto, Murdock. Pero tenga cuidado de no tropezar. Después de todo, ambos odiaban a Pyne, o tenían motivos para ello. El que le mató, debía odiarle mucho. Basta ver cómo le han dejado.

Dave asintió. Sí, él también pensaba lo mismo. Mucho odio había habido en aquel modo de machacar al desdichado Pyne. Un crimen cometido ante sus propios ojos. Y un asesino que tal vez

seguía en la casa. O que había engullido la niebla, buen cómplice de todo delito.

El registro policial había sido estéril. Las huellas en el linóleo ensangrentado de la galería, inexistentes también. Diana Pyne continuaba presa de su fuerte «*shock*», tras la cruel identificación. La servidumbre no se explicaba cómo el difunto Pyne había podido hacer aquella llamada absurda a Dave Murdock. No había estado solo en la casa en momento alguno. Le hubiera bastado llamar a cualquier criado, si realmente creía que alguien iba a matarle. Pero no lo hizo.

En cuanto al teléfono, se descubrió que estaba simplemente desenchufado en su dormitorio, por lo que era imposible establecer comunicación con él. El conjunto de datos y circunstancias carecía de sentido. Dave observó el claro escepticismo de Gargan a su referencia sobre la llamada telefónica de Pyne. Pero aparte de esto, el policía no hizo ninguna otra manifestación.

Estaba ya cerca el amanecer, cuando Dave Murdock y Jeremy Corvac pudieron abandonar la residencia de Pyne y descender la colina en un coche policial, que les dejó cerca de Market.

Ambos amigos se despidieron cerca de la vivienda de Corvac. Dave, caminando solitario por las amplias calles barridas por la niebla, que aún se espesaba más con la proximidad del día, se encaminó hacia su apartamento, con la mente convertida en un confuso tropel de dudas y de recelos.

Algo había ocurrido aquella noche. Pero no sólo un crimen. No únicamente la muerte violenta y feroz de un hombre ante sus ojos. Había ocurrido algo más. Y no sabía lo que era.

Resultaba curiosa la idea, pero se mantenía fija en su subconsciente. Alguna cosa de las que él había visto, de cuantas presencié, no encajaba lógicamente en el cuadro. Había algo... absurdo. Sí, absurdo. ¿Pero el qué?

Hubo un momento, durante la dramática noche, en que supo lo que era la anomalía. Le chocó bruscamente, lo rechazó su mente metódica y razonada. Acto seguido, la vorágine de sucesos incoherentes, las violencias y los incidentes, habían absorbido la idea.

Sin saber por qué, evocó los bombones envenenados, los accidentes de automóvil, los temores de Randsome Pyne. Y su

acusación: «Si algo me ocurre, la culpa será suya, Murdock».

Había ocurrido. Y no sabía si acusarse a sí mismo, tal como dijo Pyne. O si las cosas habían seguido un cauce fatalista, ajeno a toda humana voluntad, como si estuviera escrito que así tenía que suceder, en una noche neblinosa del viejo Frisco.

Se paró ante su casa. Entró, con paso lento, pensativo aún. Seguía pensando cuando se metió entre las revueltas sábanas, ya frías y húmedas. Tiritó unos segundos, hasta entrar en calor.

Después, a pesar de todo, le venció la fatiga. Se durmió.

La encuesta fue breve. El *coroner* del distrito de San Francisco, y el fiscal Nelson Cummings, llevaron rápida y concisamente el caso Pyne. Declararon Dave, Corvac, la serena Pat Corvac, confirmando la llamada telefónica nocturna de Dave a su marido, y la inmediata partida de éste hacia la cita con Dave.

Posteriormente, y en un ambiente de gran expectación, apareció la señora Pyne. Vestida de negro, sobria y con un maquillaje pálido, que realzaba su belleza con un aire de falsa melancolía, muy propicio para impresionar a la audiencia.

Declaró que había estado ausente de casa, visitando a los Tracy, en Presidio. La señora de Hamilton Tracy la había invitado a quedarse en su fiesta de aniversario, y se hizo excesivamente tarde. Cuando regresó con su coche, sufrió un pinchazo a la altura de Corona Heights, y esto demoró considerablemente su llegada a la casa. Jamás supuso que la muerte iba a estarla esperando allí. Cuando descubrió a Murdock en la galería, plantado ante las manchas de sangre y el objeto de bronce, perteneciente a la colección de obras de arte de su marido, supo que algo horrible había sucedido, y por ello se desvaneció.

La señora de Hamilton Tracy confirmó la declaración de Diana. Había un margen de hora y media entre que abandonó la casa de los Tracy y llegó a la suya, pero un pinchazo en Corona Heights podía explicar la excesiva tardanza en cubrir las sesenta y tantas millas que separaban un lugar de otro. El «Jaguar» de Diana era un rápido coche deportivo, capaz de devorar esa distancia en poco más de media hora, si su dueña quería.

¿Pero existió realmente ese pinchazo? Dave Murdock no podía estar seguro. Tampoco lo estaba el *coroner*, pero muy caballerosamente, dio las gracias a Diana, y renunció a seguirle

preguntando, tras su oficial confirmación de que había identificado al muerto como su marido, Randsome Pyne. Concluyó esta identificación con un sollozo quebrado, muy oportuno, que conmovió a los presentes. Dave, sin conmoverse lo más mínimo, vio a la bella viuda, conducida por dos solícitos agentes, cruzando la sala hacia su asiento.

—Siempre ha sido una excelente actriz —dijo cínicamente a flor de labio el detective, mirando de soslayo a Corvac y a Pat—. Pero me gustaría saber hasta qué punto lo es en esta ocasión...

—¿Qué sospechas, Dave? —intervino en voz baja Corvac—. Recuerda que el que atacaba a Pyne era un hombre. Podía vérselo bien la silueta en la galería.

—No lo olvido, Jeremy. Pero tampoco olvido que Diana llevaba pantalones cuando llegó de su supuesta excursión a Presidio. ¿Sabes lo fácil que es confundir una silueta femenina con otra de diferente sexo, si utiliza pantalones en vez de faldas? Mecánicamente, asociamos una u otra cosa a su respectivo sexo.

Corvac le miró con franca sorpresa, pero nada dijo. La encuesta proseguía, aunque ya poco podía ofrecer de interesante. Poco después, el *coroner* emitió su veredicto, dentro del caluroso, húmedo local destinado en el edificio de Justicia para aquel caso.

—Asesinato en primer grado, cometido en la persona de Randsome Pyne, por persona desconocida. Los únicos testigos del crimen, Dave Murdock y Jeremy Corvac, deberán mantenerse dentro de los límites de este Distrito en tanto sea precisa su colaboración, y únicamente podrán ausentarse con autorización expresa del fiscal del Distrito.

Así concluyó la encuesta. Emitido el informe previo, la policía tenía ahora una dura tarea ante sí: cazar al culpable, localizarlo dondequiera que estuviese, identificarlo sin lugar a dudas.

Pero Dave Murdock tenía su propia tarea. Sentíase íntimamente responsable de lo ocurrido. Si hubiera hecho caso a Pyne, si hubiese seguido sus temores como guía, y le hubiera protegido... acaso ahora no estaría muerto, cubierto por la tierra del cementerio de Frisco.

Además, un asesino se había burlado de él, habíase volatizado como parte integrante de aquella misma irritante y densa niebla que le sirviera de protectora.

Cuando Pat Corvac, Jeremy y él se detuvieron a la salida del edificio de Justicia, fue precisamente ella quien le interrogó, con la mirada fija en él:

—¿Y ahora qué vas a hacer, Dave?

—Buscar —dijo escuetamente Murdock.

—¿Buscar? ¿El qué? —Gruñó Corvac, enarcando las cejas.

—A una persona: la que asesinó a Randsome Pyne.

—¿Estás loco? ¿Qué le deberías tú a Pyne para meterte en esos enredos, Dave?

—Nada. Ni siquiera me era simpático. Pero era un ser humano, Jeremy. Creo que debo hacer algo por él, ya que no quise ayudarlo a defender su vida.

—¿Lo merecía acaso?

—Todo el mundo merece vivir. Y si encuentra la muerte, que no sea a manos de un semejante. Olvida tu odio hacia él, Jeremy, y trata de comprenderme.

—Creo comprenderte. Te crees obligado a hacerlo, porque no le echaste una mano en vida. Pero también porque eres detective y lo llevas en la sangre. Aquí hay misterio, sangre. Justamente lo que tu instinto busca, para investigar. Lo que en realidad deseas, es encontrar a un asesino, descubrir una verdad oculta. ¿No es eso?

—En cierto modo, sí. Y lo descubriré.

—Te deseo suerte; pero solamente porque así sé que quedarás en paz con tu conciencia. De otro modo, no te lo diría. La persona que mató a Pyne, hizo una obra humanitaria.

—Matar, nunca es humanitario. Por mucha razón que se lleve, Jeremy —intervino suavemente Pat, tomando a su marido del brazo.

—Tu mujer tiene razón, Jeremy. Y aunque no tienes nada que ver en lo ocurrido, sería más prudente que no hicieras observaciones así.

—¿Por qué, Dave? —se extrañó Corvac.

—Recuerda que tu coartada es formidable. Exactamente igual que la mía. No hemos podido matar a Pyne, porque ambos éramos testigos de su asesinato. Pero tú y yo teníamos motivos para odiarle. La policía lo sabe. Si dejan de creer en mi palabra, si sospechan que miento, será igual que si sospechan que mientes tú. Y se imaginarán que estamos de acuerdo para sostener una coartada. Entonces,

Jeremy... tú serás el principal sospechoso. Y yo seguiré detrás tuyo.

Corvac se quedó demudado, como si la advertencia de Dave hubiera sido un mazazo brutal a su confianza. Pat apretó con fuerza su brazo, estremeciéndose ligeramente, y Dave se alejó con paso rápido, tras una leve salutación a ambos.

—Murdock tiene razón, querido —musitó ella, mirando con temor a Jeremy—. El día que no crean en vosotros dos, la coartada no valdrá un centavo. Y entonces se preguntarán qué hacíais vosotros dentro de la residencia Pyne...

—Pat, ¿es que tú también vas a dudar de nosotros dos?

—No, Jeremy. Yo dudaría de ti... si no fuera por el testimonio de Dave. ¿Pero es sincero él, al decir que visteis juntos el crimen?

—Te doy mi palabra de honor, Pat. Le mataron ante nuestros propios ojos...

—En ese caso, perdóname, querido... —le sonrió, tímidamente—. Pero no pude evitar el miedo a que fueras un asesino.

—No lo he sido por falta de valor, Pat. Tú lo sabes...

—Sí, lo sé. Y me siento feliz de que, al menos en eso, hayas sido cobarde. Un asesino nunca tiene razón, Jeremy. Ni se puede confiar en él. Porque más pronto o más tarde, vuelve a matar...

Corvac, sombrío, miró a su mujer. La besó suavemente en la mejilla y se alejó con ella del edificio de Justicia.

## CAPÍTULO VI

### ALGO EXTRAÑO

El periódico dedicaba casi todas sus páginas de sucesos al crimen de la residencia Pyne. Aparte de esto, poco más había de importancia en San Francisco. Un par de robos, el atraco a unas oficinas en Oakland, una riña por celos en Russian Hill, un ahogado en la bahía, la desaparición de un cadáver en un hospital y el incendio de unos almacenes de productos plásticos, cerca de «Fisherman's».

Pero sobre todas las cosas, fotografías de Randsome Pyne y sus factorías. Fotografías de Diana Pyne, no todas con el recato apropiado a las circunstancias.

Y mil detalles más, de dudoso gusto, en torno al crimen más sensacional del año.

Dave Murdock, asqueado, arrojó a un lado los diarios, y encendió un cigarrillo, con la vista fija en la rotonda de losas de piedra. Algunas de las junturas aún estaban oscurecidas por la sangre de Randsome Pyne. Era la única huella del asesinato.

—¿A qué has venido entonces, Dave? —preguntó roncamente Diana Pyne, tras él.

Murdock se volvió muy despacio. La examinó un instante en silencio y luego señaló abajo.

—A saber una cosa: quién tiró a tu marido desde la galería, después de destrozarle la cabeza a golpes. Y por qué motivo lo hizo.

—Sospechas de mí, ¿no es cierto?

—Mentiría si te dijera que no. Sospecho de todo el mundo.

—Dave, no quisiste ayudar a Rand cuando te lo pidió. ¿Por qué ahora...?

—Tal vez por eso mismo, Diana —hizo una mueca con los labios

—. Ahora estás tranquila, ¿no es cierto? Ha ocurrido lo que pedías. Ha muerto Rand. Eres rica, ¿no es eso?

—Sí —suspiró ella—. Pero no me siento demasiado feliz. Creí que su final me proporcionaría otra clase de gozo. Tal vez sea que tengo miedo.

—¿Miedo a qué? ¿A la policía... o al que aplastó la cabeza de Rand?

—Eres cruel sin necesidad, Dave —se estremeció ella, retorciéndose las manos—. ¿Por qué recordarme constantemente eso? Sé cómo murió. Déjale en paz de una vez.

—Paz a los muertos. Buen epitafio para Pyne. Era digno de ti. Ambos poseíais la misma despreciable amoralidad e idéntica falta de escrúpulos. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Unirte a Meadow de Wilde?

Ella dio un respingo. Con los ojos muy abiertos, miró fijamente a Dave.

—¿Quién... quién te ha dicho esto? ¿Por qué nombras a Meadow ahora?

—Porque es otro perro, con diferente collar. Tú y él teníais algo muy bonito planeado. Un divorcio, una unión posterior... Pero esto lo deja todo más claro. Al menos para ti. No sé si Meadow podrá divorciarse ahora de su querida Charlotte.

—¿Te lo ha contado él? —La respiración de Diana era agitada, violenta.

—Tengo la virtud de inspirar confianza a la gente. Me hacen su confesor.

—Dave, si cuentas eso a la policía, pueden sospechar de Meadow. Y yo sé que él es inocente.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque... Porque sí. Sería incapaz de una cosa así. No tiene valor ni energías para ello.

—Ningún asesino los tiene, hasta que se ve obligado a matar. Y muchas veces, incluso el hecho de matar es producto de la propia cobardía.

—Tú... Tú viste, tú dijiste haber visto la lucha. La galería tiene mucha luz, pudiste distinguir algo... ¿Y crees que Meadow podía ser el agresor?

—No lo sé. Había niebla. De no haber sido así, tal vez hubiese

visto algo. Y entonces no estaría aquí, sino en pos del criminal. Aunque acaso todo sea la misma cosa.

—Sigues empeñado en que el asesino de Rand está aquí, entre estas paredes.

—Estuvo entre estas paredes. Y entre ellas se eclipsó. No digo que esté él en persona, pero sí que puede haber un rastro, un indicio, algo que nos indique lo que hizo después de su crimen...

—La policía ha revuelto la casa de arriba abajo. ¿Crees que han pasado algo por alto?

—Gargan es metódico y cerebral. Pero incluso a él pudo írsele un cabo suelto. Prefiero verlo todo por mí mismo... si no tienes inconveniente, claro.

—¿Inconveniente? Ninguno, Dave. Puedes recorrer toda la casa.

—Gracias. Es lo que voy a hacer ahora mismo. Empezaremos por tus habitaciones, para terminar con las de Rand. Porque supongo que vivíais en alcobas separadas, ¿no?

—Eres muy listo —dijo roncamente ella, inclinando la cabeza sin responder directamente.

Dave no dijo nada. Comenzó su búsqueda, sin saber él mismo lo que buscaba. Era igual que moverse en las tinieblas. No tenía dirección, ruta ni plan alguno. Daba palos de ciego, y esperaba que alguno de ellos diera en algo sólido, concreto, tangible.

Recorrió toda la casa sin dar con esa huella reveladora. Si realmente existía en alguna parte, era posible que pasara cien veces ante sus narices, y ni siquiera lo advirtiese.

Fue al llegar a las habitaciones de Randsome Pyne, no muy lejos de la galería encristalada, cuando encontró el primer vestigio de huella. Eran un gabinete, alcoba y cuarto de baño, realmente prodigioso de buen gusto, confort y pulcritud. Muebles claros, adornados de buen gusto, panoplias murales con armas y objetos de arte oriental, formaban un conjunto armonioso y acogedor. En una de las panoplias vio la huella clara, sobre el terciopelo azul, dejada por la ausencia de un arma en forma de mazo.

Evocó lo ocurrido aquella noche, tras el velo de niebla. El monstruoso mazo oriental había servido para aniquilar a Randsome Pyne. ¿Quién lo arrancó de aquella panoplia?

Pensativo, recorrió todos los rincones de la estancia. Abrió mesillas, cómodas y armarios. Finalmente, un *placard* en el muro,

que le mostró el interior de un ropero empotrado en el que se alineaban los trajes, desde los negros y muy oscuros, hasta los blancos o *beige*, pasando por conjuntos de *sport*, *smoking* y *frac*, y todo lo inevitable en un hombre del alto mundo social.

Su mirada se fijó de repente en el suelo. Todo era tan pulcro en la casa, que de forma instintiva se sintió atraído por aquello. Era algo leve, casi imperceptible, pero extraño en medio de tanto orden: ceniza y varias puntas de cigarrillo.

Como en las novelas de un género detectivesco ya caduco, Dave Murdock retrocedió en el tiempo y se sintió un poco Holmes. Recogió una de aquellas puntas apagadas. La marca era visible a medias: «Condestable». Una marca de tabaco virginiano muy poco frecuente. Se elaboraba habitualmente por encargo especial, para personas muy escogidas.

Comprobó que todas las demás extremidades de cigarrillo correspondían a igual marca. Contó hasta siete. Retrocedió. Y abrió un cajón de la mesilla de noche de Pyne. Varios paquetes de cigarrillos de color azul, envueltos en brillante celofán, aparecieron ante él. Todos con una corona, bajo la cual rezaba la marca: «CONDESTABLE».

Estaba silbando una melodía, cuando Diana apareció tras él. Le miró, sorprendida.

—¿Has encontrado algo? —preguntó, intrigada.

—Sí. Cigarrillos.

—¿Cigarrillos? ¿Estás loco?

—No sé aún. ¿Acostumbra alguien aquí, a fumar dentro del guardarropa empotrado?

—¿En el guardarropa? ¡Cielos, no! —corrió apresuradamente a la puerta del mismo y la abrió, mirando a su interior—. Lo cierto es que nadie ha hecho jamás algo tan absurdo... ¡El suelo está lleno de ceniza, Dave!

—Sí. Y mi bolsillo, de puntas de cigarrillos. «Condestable», por más señas.

—La marca de Rand...

—Pudo cogerlos cualquiera. En esa mesilla hay varios paquetes. Rand no hubiera fumado ahí dentro.

—¡Claro que no! Cuidaba su ropa extremadamente. No iba a arriesgarla por un capricho tan necio.

—El que fumó, no lo hizo por capricho —observó Dave, ceñudo.

—¿No? ¿Entonces por qué iba a hacerlo? —Al no recibir respuesta de Murdock, Diana permaneció erguida ante el ropero, examinando su contenido. De pronto lanzó una leve exclamación.

—¿Qué ocurre? —inquirió con viveza Dave.

—No, no es nada. Simplemente, que son dos percheros los que están vacíos...

—¿Dos? No te entiendo.

—¿Recuerdas que Rand murió vestido con sus ropas de calle?

—Sí, lo recuerdo. Un traje oscuro, cruzado, si no vi mal.

—No viste mal. Por la razón que fuese, no se desnudó aquella noche. Siguió vestido, tal como debió llegar de la calle. Pero jamás sacaba otro traje, mientras llevase uno puesto. Ya te he dicho que era muy pulcro con su guardarropa. Ahora, veo que falta otro traje.

—¿No faltaba antes?

—No me fijé nunca, la verdad. Pero el día mismo de morir Rand, ordené yo sus trajes por la mañana. Eligió el cruzado, azul oscuro, y dejó los demás. Entonces, el gris ceniza estaba ahí colgado. Ahora no está. Ni tampoco veo su par de zapatos negros.

—Vaya. Alguien fuma cigarrillos de Pyne, se mete en su guardarropa y le roba un traje y unos zapatos. ¿Quién? ¿Por qué y para qué?

—Es inaudito. No logro entenderlo.

—Pues yo sí —Dave se acercó, excitado, al armario. Se metió dentro, y su figura, aunque alta, se adaptó perfectamente entre los trajes. Cerró un momento la puerta... Luego, la volvió a abrir ante el asombro de Diana—. Eso es lo que ocurrió.

—¿El qué?

—Nuestro asesino se metió ahí dentro, mientras le buscábamos por todas partes. Nervioso, consumió varios cigarrillos, mientras permanecía oculto. Luego, por la causa que fuese, se cambió de traje y zapatos, haciendo tal vez un paquete con las prendas que se quitó. Posiblemente iban manchadas de sangre. Después, huyó. No sé cómo, pero huyó de la casa. Permaneció en ella todo el tiempo que nosotros dedicamos a buscar su rastro, y se marchó cuando ya nadie le hacía aquí.

—¡Dios mío! ¿Quieres decir que... que toda aquella horrible noche permaneció ahí, escondido, dispuesto tal vez a matar de

nuevo, si alguien abría esa puerta?

—Eso es, justamente, lo que he dicho.

—Cielos... —Demudada, se apoyó en la pared. Respiraba con fuerza y le brillaban los ojos—. Tengo miedo, Dave. Mucho miedo...

—Lo comprendo. Yo también lo tendría, si estuviera en tu pellejo.

—¡Dave, no te marches! —pidió, implorante—. Quédate... a mi lado. Por favor.

—No, Diana. No es mi sitio, ni me gustaría. Aquello terminó ya. Viva Pyne o no. Guárdate tú misma de la caja de Pandora que nos rodea. Presiento que se abrió la noche misma de morir Pyne, y los males nos cercan por todas partes. Adiós, y gracias. Ha sido una visita bastante provechosa.

Diana, atemorizada, le vio salir, cruzar el umbral de la alcoba. Los pasos del detective se perdieron, escaleras abajo.

La figura de Dave Murdock se alejó por la vía férrea, con los hombros inclinados, la cabeza hundida entre ellos.

Después de todo, había sido cierto el relato de Randsome Pyne, aquel día en su despacho. Un día, alguien había enviado licor narcotizado al guardagujas. Se le encontró inconsciente. Y las vías fueron salpicadas de cristales, en los que reventaron los neumáticos del coche de un tal señor Pyne. Se salvó de milagro, pero no así el coche.

Así habían contado los hechos un empleado del ferrocarril y el propio guardagujas. Dave examinó el paso a nivel, diciéndose que era sumamente fácil lograr su objetivo en aquel punto. Lo raro era que Pyne hubiera podido salvarse.

El guardagujas había agregado algo, cuando Dave se marchaba ya:

—Recuerdo muy bien que un caballero que iba al volante de un coche negro, pequeño, me obsequió con la botella al pasar por el cruce de la carretera, diciendo que iba a casarse y deseaba que todo el mundo lo celebrase. No le vi bien la cara, porque llevaba un sombrero de alas muy anchas, que le cubría los ojos y casi toda la nariz. No tenía que haber bebido durante su trabajo, pero apenas si fue un sorbo. De no mediar el narcótico, la bebida no me hubiese hecho el menor efecto. Durante mi sueño, debieron sembrar de cristales la vía. A esa hora el tránsito disminuye considerablemente,

y pudieron trabajar impunemente, señor...

Dave le había confirmado que no hubo culpa alguna por su parte. Eso pareció calmar al hombre. No logró obtener descripción alguna del individuo del coche negro, y regresó a la ciudad.

Cuando uno de los trenes llegó en dirección opuesta, rugiendo su poderosa locomotora Diésel, Dave se hizo a un lado de las vías y contempló el paso del gusano de acero, cuya velocidad arrojó contra él una bocanada de viento que agitó sus ropas y cabellos.

Se estremeció. Un impacto de aquel convoy no debía ser cosa grata. Evidentemente, Pyne había sido un hombre de suerte aquel día. Pero ahora su suerte ya no le servía de nada. Donde se encontraba, no iba a necesitarla.

Un convoy ascendente le llevó a la estación urbana, y de allí se dirigió a una empresa de automóviles de segunda mano. Tenía encargado uno de cuatro plazas en buen uso, y el gerente, antiguo conocido suyo, le dio la grata noticia de haber hallado un coche en excelentes condiciones, tal y como él lo deseaba.

Poco después silbaba tras el volante de un «Rambler» en buen estado, obtenido a bastante buen precio. No le gustaba la ostentación ni los modelos costosos. Prefería un cacharro capaz de llevarle a todas partes sin alardes.

Condujo hacia Nob Hill. Cerca de la residencia de Randsome Pyne había una importante bombonería.

Era un establecimiento de lujo, y en sus escaparates se leía claramente: «Admitimos encargos para fiestas, aniversarios, etc.».

Detuvo el coche, asaltándole una corazonada. Cualquier persona que frecuentase la vivienda de los Pyne podía detenerse allí y encargar una caja de bombones. Entró en el establecimiento.

Una pelirroja impresionante, un verdadero bombón entre bombones, avanzó hacia él, con estereotipada sonrisa y movimientos ondulantes de cadera. Y aquella chica podía vender la tienda completa, sin que el comprador protestase lo más mínimo. Pero era evidente que consideraba un abuso tal cosa, y se limitaba a persuadir para compras menores.

—¿Qué desea el caballero, por favor? —indagó—. ¿Algún regalo especial?

—Una caja de bombones —pidió—. Como las que acostumbraban a enviar cuando un amigo obsequiaba al señor

Pyne, a Randsome Pyne.

—¿El señor Pyne? —Ella rió de buen grado—. Oh, sí, era muy goloso... Pobre señor Pyne. ¿Era usted amigo suyo?

—En cierto modo, sí. En su último cumpleaños le envié una bonita caja. Pero me dijo que la que ustedes le enviaron, encargada por la señora Pyne, era mucho más bonita. Y los bombones de mejor calidad.

—El señor Pyne era muy amable con nosotros. Especialmente conmigo —la pelirroja irguió su figura embutida en punto rojo, de una forma tan endiablada, que la malla pareció a punto de estallar—. Ha sido una lástima lo ocurrido, ¿verdad?

—Ciertamente —Dave trató de orientar de nuevo la charla, hacia la dirección deseada—. ¿Cree que podrá recordar la clase de caja que deseo?

—Pues no sé... Vendemos tantas, que resulta difícil. ¿Dice que fue la señora Pyne quien hizo el encargo?

—Sí.

—¿Personalmente ella?

—No sé, no recuerdo ese punto. Sé que envió una tarjeta escrita, junto con los bombones y que se lo llevaron a domicilio.

—Déjeme pensar... —Fruunció el ceño, y pareció pensar algo realmente, aunque las chicas como aquélla, según Dave, no acostumbraban a hacer tal cosa jamás—. Recuerdo que el señor Pyne mismo hizo un encargo por teléfono el día de su cumpleaños. Pidió una caja de bombones especiales, pero no como regalo de nadie. Y esto fue todo. Estoy segura de que la señora Pyne nunca ha encargado caja alguna de dulces para su marido.

—Pudo hacerlo en otro sitio cualquiera. Tal vez me equivoqué.

—Oh, no, nada de eso. La señora Pyne es cliente nuestra. No hubiera ido a otro sitio.

Dave insistió de nuevo. Entonces, ella buscó en un libro de encargos. En la fecha indicada apareció el encargo de una caja de bombones. Para Randsome Pyne. Encargada por él mismo.

Momentos después salía de la bombonería con una caja de veinte dólares que maldito si le servía para algo, seguido por la sonrisa cautivadora de la formidable pelirroja.

Dave arrancó, malhumorado, después de tirar la caja al compartimiento de atrás. No lo entendía bien. Seguía habiendo algo

raro en todo el asunto. Pyne mismo había encargado una caja de bombones. O alguien que se hizo pasar por Pyne. Pero entonces, ¿cuándo y cómo le pusieron la tarjeta con letra de Diana, a la que se refirió Pyne aquel día?

¿Y si no había tal tarjeta? ¿Y si todo fue inventado por Randsome Pyne? ¿Pero para qué? ¿Para acusar a su mujer de intento de asesinato? Hubiera sido torpe, ingenuo. Y el otro intento, el del ferrocarril, existió realmente.

Había algo... Algo extraño... ¿Pero dónde?

## CAPÍTULO IVII

### MUJERES

—Han arrestado a Jeremy.

Dave Murdock dio un respingo. No le sorprendía la noticia, pero le inquietaba. Si no creían en Corvac, es que empezaban a no creer tampoco en él. Eso era peligroso.

—¿Arrestado? —Se inclinó sobre la mesa despacho, clavando los ojos acerados en Pat, sola y desvalida frente a él, aún con huellas de llanto en los ojos—. ¿Acusado de qué?

—De nada aún. Nada concreto, se entiende —sobre el regazo, hizo retorcer los dedos de una mano contra la otra—. Pero ha sido un arresto en toda regla. Gargan dijo algo evasivo. Que le precisaban como testigo o cosa parecida. Sin embargo, Jeremy lo advirtió igual que yo. Me dio una serie de encargos, por si no volvía a salir de la Jefatura.

—Hizo bien. Es probable que tenga razón en sus temores.

—¡Pero Dave, tú no puedes permanecer ahí, cruzado de brazos! —gimió Pat—. ¡Tienes que ir a toda prisa, volverte a reafirmar en vuestra coartada! ¡Tú sabes que Jeremy es inocente!

—Sí, yo lo sé. Pero por desgracia, soy el único en saberlo. Si a mí no me creen, la coartada no vale nada. Ninguno de los dos merecemos crédito oficial, tratándose de la muerte de Pyne. Tú eres una muchacha inteligente, comprensiva. Date cuenta de ello.

—Me doy cuenta, Dave. Me la di nada más ver partir a Jeremy. Algo me dijo que no era para una simple declaración como testigo. Pero se puede luchar, se puede intentar algo.

—Poca cosa. Será mejor dejar a Gargan con su juego. Que retenga a Jeremy con excusas legales. Mientras no le acuse, no me acusará a mí. Y dispondré de tiempo para ver claro por alguna

parte.

—Jeremy no puede ser acusado de nada. Con repetir la verdad una y otra vez, está a salvo de riesgos.

—Tú no sabes, Pat, lo difícil que es mantener la verdad ante un grupo de policías tozudos, un foco de luz abrasador y una serie de preguntas capciosas. Acabas diciendo lo que no es. Te armas un buen lío, que es lo que ellos buscan, y te contradices a cada paso. En ese momento, te ponen el cebo dorado. Di una mentira pequeña, y te dejan. La dices, sin saber exactamente lo que estás diciendo. Lo firmas luego. Y adiós. Caso remachado contra ti.

—¿Pueden hacer eso? Creí que la policía estaba para salvaguardar la Ley...

—Eso demuestra que eres ingenua, mi querida Pat —rió cínicamente Dave—. Nunca te fíes mucho de la teoría, sobre todo si ésta es hermosa. Nunca es real.

—Pero la luz brilla siempre al final, ¿no crees?

—Hay muchos hombres que murieron en la silla eléctrica o en la cámara del gas, con ese hermoso pensamiento en su mente.

—¡Por Dios, Dave, no digas cosas tan horribles!

—Perdona. Creo que me estoy echando a perder. He hablado últimamente con tanta gentuza, que daño sin querer a cuántos hablan conmigo —se puso en pie acercóse a Pat y rodeó sus hombros afectuosamente con un brazo—. Vamos, Pat, ten confianza en mí. Te prometo hacer todo lo posible por Jeremy.

—Gracias —le miró con ojos húmedos, empañados—. Confío mucho en ti, Dave... pero quisiera preguntarte algo. Algo que me atormenta desde aquella noche...

—¿Qué es, Pat?

—¿Es cierto que Jeremy estaba junto a ti, mientras asesinaban a Pyne?

—Cierto —Dave sonrió—. No temas nada. No nos separamos un solo momento. Y el crimen se cometió ante nuestros ojos. ¿Te basta esto para comprender que no estoy ayudando a Jeremy sino diciendo la pura verdad?

—Sí. Mil gracias otra vez, Dave. Sí... Si dieras con el auténtico culpable... creo que sería la mujer más feliz del mundo.

—Lo encontraré —aseguró Dave, con mucha más seguridad de la que realmente sentía—. O no sería el detective que siempre he

creído ser. A partir de hoy, de este momento, eres tú mi cliente, Pat. Mi única cliente. Espero quedes satisfecha de mis servicios.

—Dave, lo que sea preciso pagarte...

—¿Estás loca? —rió Murdock, apoyando un dedo en sus labios —. Vamos, vamos, el dolor te ha trastocado un poco. Ahora ve a casa. Y no sufras por Jeremy. Tarde o temprano, la niebla se disipa siempre. Y no me refiero a la que invade las calles.

Acompañó a Pat hasta su coche. La mujer de Jeremy se alejó, conduciendo con más serenidad que a la llegada. Una vez solo, Dave frunció el ceño. Los acontecimientos se precipitaban. Jeremy Corvac arrestado, con más o menos rodeos. Eso significaba que pronto se lanzarían también contra él.

Tomó una decisión súbita. Se puso el sobretodo, echóse el sombrero a la cabeza y salió disparado de la oficina. Cuando su secretaria le preguntó, se limitó a decir por encima del hombro:

—A cualquiera que venga, dígame que me he tomado un descanso de unos días. Y que no sabe dónde estoy. Ya me pondré en contacto con usted. Posiblemente cuando lo haga, le diga que soy Smitty. Usted entenderá, ¿verdad?

La eficiente *miss* Hatton asintió, por encima de su máquina de escribir. Dave cerró la puerta vidriera tras de sí, y descendió apresuradamente a la calle. Los vendedores de periódicos voceaban ya su vespertina mercancía. Ya se habían olvidado de Pyne y su trágico final. Ahora, el primer plano de la actualidad, lo ocupaba el hallazgo de un cadáver descuartizado, dentro de una maleta, en la consigna de Oakland. Y se vendían muchos diarios. La gente era así; lo que hoy es rabiosa actualidad, mañana es historia olvidada.

Pero no para todos. Allí estaba él ahora. Corriendo a través de la ciudad, bajo la persistente, pegajosa neblina que se enroscaba como una sierpe viva a los edificios de Frisco y reptaba por encima del rojo tirón metálico del Golden Gate, hasta posarse, receloso, sobre las aguas del Pacífico.

Era un día frío y desapacible. El suelo aparecía charolado, como si hubiese llovido, aunque no caía ni una gota del cielo. La bruma, cuajada de humedad, se adhería a todo, dejando su pátina mojada. Las gomas del coche se deslizaban suavemente sobre el asfalto negro y bruñado.



*El coche de Murdock se deslizaba sobre el asfalto*

Habían pasado ya seis días desde la muerte de Randsome Pyne. Seis días de espera, de tensión. La policía, finalmente, había dado señales de vida. Cayó antes sobre Corvac. El teniente Gargan, buen conocedor de los hombres, sabía que Jeremy era presa mucho más débil y maleable en sus rudas manos, que el violento y duro Dave Murdock. A él le dejaba para más tarde. Sólo que no habría «más

tarde». Murdock se jugaba siempre el todo por el todo. Ahora era una de las veces en que no cabían términos medios.

Paró el coche frente a su residencia. Pero cuando irrumpió en el vestíbulo, se llevó una de las grandes sorpresas de aquel día. Él conserje le avisó:

—Señor Murdock, tiene visita. Esta señorita está esperándole hace algún tiempo...

Dave se volvió en redondo. Esperaba encontrarse con Diana Pyne o cualquier otra. Pero nunca con aquella preciosidad rubia y sonriente de apretado jersey y ceñida falda, que le saludaba jovialmente desde una de las butacas rojas del vestíbulo.

Volvía a encontrarse con Constance Bartlett, su compañera de viaje desde Yokohama.

—¡Señorita Bartlett! —exclamó, confuso, sin saber si disculparse y echar a correr, o estrechar la mano de la joven. Optó por esto último con un cumplido—. ¡Qué sorpresa tan agradable!

—Me encanta volverle a ver, Murdock. Pero por favor, deje de llamarme señorita Bartlett. Mi nombre es Constance. Y el suyo Dave. Creo que somos viejos amigos.

—Eso es cierto —asintió Dave, pensativo.

—¿Acaso le importuna mi llegada? ¿Hay alguna damita por medio que pueda interpretar mal nuestra amistad? —sonrió ella, con cierta repentina sospecha.

—No, no —aseguró Dave riendo—. Nadie en absoluto. Sencillamente, no la esperaba.

—Usted me dio sus señas, ¿recuerda? Las he conservado. Hoy ha sido mi primer día realmente libre en su deliciosa ciudad, y he querido visitarle. La verdad es que no pretendo darle la tabarra con recuerdos de nuestro viaje, sino curiosear un poco en su fascinante vida.

—¿De veras cree que es fascinante?

—Por supuesto. He leído los periódicos, veo que está metido en un caso apasionante: el asesinato de Randsome Pyne.

—Vaya, está enterada de eso. ¿Le atraen los crímenes?

—Me fascinan. Y además, siempre dijo mi padre que tenía una imaginación formidable y un sentido deductivo muy notable. Soy capaz de emular a cualquier detective, por agudo que sea. Y nunca me dejo deslumbrar por nada. Voy derecha a lo lógico, a lo factible.

—Estupendo —los ojos de Dave brillaron, maliciosos—. Viene entonces que ni llovida del cielo. Dentro de cuarenta y ocho horas, posiblemente anden reclamándome, acusado de complicidad en un asesinato, o de encubridor como mínimo.

—¿Es posible? —Ella abrió mucho los ojos—. ¿Un detective acusado?

—Se asombraría de lo poco que representa para los policías un título de detective privado. Somos algo así como basura que mancha su ciudad. Al menor descuido, caen sobre nosotros implacablemente.

—Usted les derrotará, ocurra lo que ocurra —aseguró Constance—. Es un chico listo; lo sé.

—Gracias, amiga mía. Ahora, si quiere vivir de cerca esta «fascinante» profesión, sígame y a toda prisa. Ha llegado la hora de luchar fuerte y con dureza. Le gustará ver las cosas que tengo pensadas. Y le harán huir de otro detective, en el futuro, como de un apestado.

—No lo creo —rió ella, lanzándose tras de sus pasos—. Vamos allá, Murdock. ¿A dónde se dirige ahora?

—En primer lugar, a mi apartamento. He de coger dinero, porque no sé lo que puede suceder de aquí en adelante. De paso, le regalaré una caja de bombones que conservo.

—¿La compró para alguien?

—Pues sí. La verdad es que creo que empezaba a intuir que usted y yo nos volveríamos a ver —mintió Dave con toda su sangre fría.

—Oh, Dave, es usted adorable —musitó ella, entusiasmada, con un suspiro.

Los dos se quedaron mirándoles con sorpresa e incertidumbre. Eran una pareja singular. Ella, enjuta y poco atractiva. Pero con expresión terriblemente apasionada en sus ojos ambarinos. Vestía elegantemente. Y el collar de esmeraldas que lucía, así como la pulsera de grueso oro, era evidentemente legítimo. A su lado, incluso Meadow de Wilde resultaba un patán. Saltaba a la vista que la dueña del dinero era ella, no Meadow.

—¡Murdock! —De Wilde se alteró visiblemente—. ¿Qué busca usted en mi casa?

—A usted y a su querida Charlotte.

—Yo soy Charlotte de Wilde —declaró ella fríamente, mirándole como a un insecto—. ¿Quiénes son ustedes y a qué han venido? ¿Conoces a esta gente, Mead?

Él asintió, pero mirando a Dave. Hizo un gesto ambiguo al observar a Constance.

—A ella no la he visto en mi vida —declaró.

—¿Seguro? —ironizó la esposa, estudiando a Constance viperinamente.

—No tengo por qué engañarte —rezongó secamente el marido.

—Dejen de discutir —suavemente, Dave se interpuso en la polémica—. La señorita es una simple compañera mía. Por fortuna para ella, no se relaciona con gente como ustedes.

—¡Murdock, váyase de aquí enseguida y deje de insultar, o le costará caro! —gritó Meadow de Wilde, dando un paso hacia él.

—No insulto a nadie. Les hago justicia. Son ustedes de igual calaña que Randsome Pyne. Sólo que nadie se toma siquiera la molestia de perder el tiempo en machacarles la cabeza. Son demasiado insignificantes los dos. Ahora veo la clase de tipo que es usted, De Wilde. Su mujer es la dueña del dinero, y usted quiere algo mejor, una chica que le guste. Pero le conviene separarse con abundancia de fondos. Ella se los tendrá que dar, cuando demuestre que le es infiel. Pyne era un buen pretexto, ¿no?

—¡Le voy a...! —rugió, descompuesto, Meadow, lanzándose sobre él como una catapulta.

Dave lo esperó a pie firme. Pareció un juego de niños para el detective eludir los dos mazazos que se le venían encima, y meter, por debajo de los puños del hombre de negocios, uno solo de los suyos, que alcanzó matemáticamente a De Wilde en el estómago, doblándole en seco, e impulsándole hacia atrás.

Tosió Meadow, tambaleante, y se apoyó, lívido, en la pared. Su mujer le miró fríamente, distante cien millas de él.

—Tu ira es tan absurda como inútil —dijo con lentitud—. Veo tu juego, Mead. ¿De modo que pretendías deshacerte de mí, para sacarme dinero y unirte a Diana, esa fulana?

—¡Lo único que pretendía es descubrir lo que tenías con ese cerdo de Pyne! —aulló Meadow de Wilde, mirando con ojos descompuestos a su mujer, que sonrió desdeñosa.

—Finges muy mal, querido —dijo sordamente—. ¿Cómo iba a

relacionarme yo con Randsome Pyne? Soy toda una señora, no lo olvides. Mi único error fue casarme contigo.

—Sin embargo, señora De Wilde, yo me permito dudar de su honorabilidad —cortó, incisivo, Dave, haciendo girar la cabeza de la dama bruscamente.

—¿Qué es lo que dice? ¿Cómo se atreve a...? —Le ahogó la ira.

—El gesto de su esposo es sincero en este momento. El suyo no, señora. Usted está harta de Meadow. Sabe que él se casó por su dinero, por rehacer su fortuna que le ganó deslealmente Pyne. Y ha querido darle un escarmiento. A usted le gustan los tipos duros, no los débiles como Meadow. Jugó con Pyne al flirteo, estoy seguro. Y se complicaron las cosas. Pyne era un canalla, pero audaz y fuerte. Tal como a usted le gustan los hombres. Cuando su marido me quiso encargar el caso, adiviné sus deseos de libertad. Pero también su irritación de hombre humillado. A nadie le humilla una mentira, pero sí una verdad.

—¡Puedo hacerle procesar por difamación, si insiste en esas torpes acusaciones! —Se insolentó ella, muy pálida, con los ojos brillantes como carbunclos.

—Puede hacerlo, pero no lo hará —rió Dave entre dientes, agresivo—. Tiene demasiado temor al escándalo. En eso es de la calaña de Pyne también. Ya lo ve, De Wilde; a todo el mundo le llega su turno. Pero sus problemas íntimos y sus sucias deslealtades no me preocupan en absoluto. Lo que quiero es un asesino. Puede ser cualquiera de los dos.

—¡Yo no toqué a Pyne! —gritó Meadow, asustado—. ¡No le veía desde hacía días! ¡Estuve con mi mujer esa noche, todo el tiempo!

—Mientes, Mead —dijo ella, con voz sorda, y una mirada de rencor virulento hacia el esposo—. Sabes muy bien que saliste con un pretexto necio. No te creí. Y al saber que Pyne había muerto, sospeché enseguida que tú le habías eliminado. No tienes coartada, a menos que te vieras con alguien que pueda confirmarla. Pero si fue la señora Pyne, mucho me temo que no te sirva de nada semejante testimonio.

Había sido cruel, deliberadamente feroz con el marido, ansiando hundirle. Él, lívido, pareció descubrir una nueva Charlotte en su mujer. Retrocedió, con rictus de asco.

—Me das náuseas, Charlotte. Eres una vieja nauseabunda,

cargada de dinero —la acusó, estremecido de odio. Ella acusó el golpe, tambaleándose ligeramente, aunque serena—. Pase lo que pase ahora, me apartaré de ti. Huiré de tu lado para siempre. Puedes pudrirte enterrada en tu dinero. ¡No quiero un centavo tuyo, maldita bruja! ¡Hubiera deseado matar a Pyne, pero no lo hice! ¡Es cierto que deambulé desesperado por no poderme deshacer de ti, pero tampoco es menos cierto que no dispongo de coartada ni de pruebas de mi inocencia! ¿Has olvidado acaso que la falta de coartada para mí, te deja a ti igual? El día libre de la servidumbre, ¿recuerdas? Estabas sola. Sola en tu casa. Amabas desesperadamente a esa rata de Pyne. Fuiste a verle, sin duda, aprovechando mi ausencia. Le imploraste desesperadamente amor, pasión, todo eso que le está negado a una mujer de tu edad y sin atractivos, como eres tú.

—¡Mead! —La furia violenta, el odio y la humillación más terrible, asomaron a los ojos dilatados de ella—. ¡Te mataré si sigues diciendo todo esto! ¡Te odio, te aborrezco!

—No me importa tu odio —Meadow se había envalentonado, avanzaba hacia ella, mientras Constance, muy asustada, se pegaba a Dave, ante la repulsiva escena—. Fuiste allí, estoy seguro. Te abrazaste a Pyne, implorando su amor. Él se rió de ti, porque sólo buscaba lo que yo: tu dinero. Pyne nunca deseó otra cosa que dinero. Y su mujer era demasiado hermosa y joven para desear otra cosa. Te despreció. Tu odio, tu despecho, te impulsaron a matarle.

—¡Mientes! —el grito era agudo, delirante. Señaló, con dedo trémulo, a Dave—. ¡Ese hombre fue testigo del crimen! ¡Vio caer a Pyne! ¡Ha declarado que fue un hombre el agresor!

—Con la niebla no se ve mucho. A veces, sólo lo que otros quieren que veas —rió Meadow de Wilde, burlón—. Yo he visto tus pantalones mojados, húmedos en el armario, cuando regresé aquella noche. Saliste al exterior. Acostumbras a recogerte el pelo, en un peinado varonil. A través de la niebla, se te pudo confundir con un hombre, ¿no es cierto, Murdock?

—Es cierto —asintió Dave, con frío tono—. Yo no podría jurar lo contrario.

—¡Están todos de acuerdo para condenarme! —gritó ella, descompuesta—. ¡No podrán lograrlo! ¡Les aplastaré a todos! ¡Soy inocente, nunca hubiera matado a Pyne! ¡Ahora que te has

deshecho de él, quieres también deshacerte de mí, Meadow! ¡Pero no pararé hasta que seas tú quien se siente en la silla eléctrica, asesino! ¡Cobarde, malvado...!

En un acceso de nervios, asió un jarrón de porcelana de un mueble inmediato y lo estrelló con terrible estruendo contra el suelo. Luego abandonó el recibidor, con un áspero portazo.

Murdock, sereno, encendió un cigarrillo, fija la vista en De Wilde, que temblaba agitadamente. Constance, inmóvil y callada, no sabía cómo reaccionar.

—Bueno, De Wilde, ya ha visto lo que ocurrirá cuando se saquen los trapos sucios a relucir —avisó Dave Murdock—. Estoy seguro que uno de ustedes mató a Pyne, pero no sé quién sería. Desde luego, no pararé hasta desenmascarar y hundir al culpable. Está avisado, Meadow. Y su esposa, también. Los dos son muy capaces de todo. Incluso de asesinar.

Meadow no respondió. Permaneció inmóvil, respirando entrecortadamente mientras salían ambos de la casa.

Una vez en el coche, Constance Bartlett miró asombrada a Dave, cuando este puso el coche en marcha, declaró lentamente:

—Ha sido una escena tremenda, Dave. ¿Pero son realmente culpables?

—No lo sé —Dave se encogió de hombros—. Si le he hecho presenciar esto, es porque estaba seguro de lo que iba a ocurrir. Quiero que vea la clase de gente y de pasiones que juegan en este caso.

Le refirió todo lo ocurrido hasta entonces, en forma detallada. Constance le escuchó, pensativa. Al final, solamente hizo una pregunta:

—¿Por qué se ensañaron de ese modo, Dave? ¿Por qué destrozaron la cabeza a Pyne?

Dave Murdock no supo responder. Intrigado, miró a Constance. Luego siguió conduciendo, sin encontrar aún la respuesta a la desconcertante, inesperada pregunta de la joven.

## CAPÍTULO VIII

### EL FACTOR SORPRESA

Diana Pyne estudió con poca simpatía a Constance Bartlett. Luego sonrió melosamente a Dave Murdock.

—¿Y qué vienes a buscar ahora, Dave? —preguntó con firmeza.

—La verdad.

—Mucha gente la busca. Y no parecen dar con ella.

—Yo la encontraré, estoy seguro... —contempló sus ropas oscuras y cómodas—. ¿Vas a alguna parte tal vez?

—No... no —musitó ella rápidamente. Miró de reojo hacia una puerta inmediata, antes de continuar—. Si quieres mostrar a tu amiga, la señorita Bartlett, el lugar del crimen, puedes hacerlo. Es algo así como el cicerone que muestra a los turistas el lugar donde fue ejecutado John Brown o aquél en que se asesinó a un célebre personaje histórico.

—Deja tus sarcasmos, Diana —cortó Dave bruscamente—. ¿Sabes que Corvac ha sido arrestado?

—Me tiene sin cuidado lo que le ocurra a tu amigo Corvac.

—Pero a mí no. Por él y por Pat, debo encontrar la verdad. Corvac estaba conmigo cuando mataron a tu marido. Juntos, vimos lo ocurrido. Si no creen en él, tampoco en mí. Es preciso dar con el asesino, para que no caigan sobre los dos como aves de rapiña. ¿Vas a ayudarme o no?

—Siempre te he ayudado. ¿Por qué había de ser ahora diferente? Después de todo, soy libre otra vez. No tengo tanto dinero como creía, pero sí el suficiente para buscarme un nuevo marido. Podrías ser tú de nuevo, Dave.

—Prefiero la silla eléctrica —se estremeció Dave, riendo entre dientes—. No, pequeña, nos conocemos demasiado tú y yo para

volver a probar fortuna. Para ti los millones de Pyne y que te aprovechen... Oye, ¿por qué has dicho que es menos de lo que tú creías?

—Oh, por nada. Todo el mundo suponía a Pyne enormemente rico.

—¿No lo era?

—No. Sus cuentas corrientes y propiedades apenas si rozan el millón de dólares.

—Imposible. Al menos ha de tener cinco o seis más.

—Es lo que la gente creía. La verdad es muy otra. Eso te demostrará que no todo es como uno imagina.

—Diablo, en este caso no puede ser así. Pyne ha de tener más dinero.

—Pregúntaselo a sus albaceas y abogados. Pueden informarte con todo detalle, si vas de mi parte.

—Lo haré, gracias... ¿Podría echar otra ojeada a la casa?

—¿Otra vez? —Ella se mostró algo hostil—. Dave, ya has revuelto bastante las cosas. A Gargan no le gustó tu visita. Y eso que no le conté lo del armario.

—Mal hecho. Debiste decírselo. ¿Tampoco lo del traje y los zapatos que faltan?

—Tampoco. Quise ser prudente con tus secretos, Dave querido.

—Muy amable —le hizo un gesto a Constance, que miraba a Diana con poca amabilidad—. Ahí donde la ve, todo mieles, en el fondo es un reptil de la peor especie. Pero es bonita, y eso le ayuda mucho. Vamos, Constance, echaremos una ojeada a esto, le guste o no a mi querida exesposa. Será la última, Diana...

Avanzó hacia la puerta lateral. Rápida, Diana se cruzó ante él. Cubrió la puerta.

—¡Ahí no, Dave! Es mi alcoba. No tienes derecho ni motivo a buscar ahí. Ve a las alcobas de Rand y deja mis cosas en paz.

—Por favor, Diana, te prometo no husmear en tu ropa interior —rió Dave—. Y tampoco la señorita Bartlett. Ella me acompaña como colaboradora. Cuatro ojos ven más que dos. Sobre todo, si esos dos son de una mujer inteligente.

—Te repito que no tienes por qué entrar en mi alcoba. Si insistes, avisaré a la policía. No te asiste ningún derecho para abusar de mi hospitalidad.

—Perfecto discurso. ¿Sabes una cosa? Me resultas extrañamente celosa de tus secretos. ¡Vamos, aparta! —Y con una brusquedad imprevista, le dio un empujón brutal, dejando paso libre.

Ella juró, obscena, abalanzándose sobre una figurilla de loza, que esgrimió violentamente, dirigiéndose hacia Dave. Éste, con una mano en el pomo de la puerta, giró en redondo al aviso rápido de Constance, y evitó el impacto. La estatuilla se quebró en mil pedazos contra el marco de la puerta. Luego, otro empujón arrojó a Diana contra un mueble, y se precipitó a tierra con un grito.

Rápido, Dave abrió la puerta. Ante sus ojos y los de Constance, apareció la cama de la viuda. Y sobre ella, una maleta abierta, a medio hacer, con ropa apilada a un lado. Sin duda, su llegada había interrumpido la tarea de la señora Pyne. Dave silbó entre dientes, avanzó hacia la valija a medio hacer y observó las prendas que había dentro.

Todo cuanto una mujer puede precisar en un viaje largo. Diana juró de nuevo, y se la vio venir como una flecha hacia ellos. Constance, rápida como el pensamiento, cruzó su linda pierna ante ella. La zancadilla fue perfecta, y Diana se derrumbó de bruces en la alfombra.

—Estupendo —rió Dave—. Enhorabuena, ayudante Constance.

Hundió las manos en la maleta. Al fondo, apareció un pasaporte enfundado en piel. Lo abrió. A nombre de Diana Pyne. Tenía el visado de salida para Brasil. Y dentro, un billete de avión. Examinó la fecha; era el avión del día siguiente.

Se volvió, con la faz contraída, hacia la viuda, que se iba rehaciendo, puesta de rodillas en tierra, y mirando furiosamente a su antagonista de idéntico sexo.

—¿De modo que por eso no podía entrar? —la espetó—. ¿Disponiéndote a levantar el vuelo? ¿Por qué? ¿Con quién? ¿Acaso con tu cómplice en el crimen?

—¡No tienes derecho a saber nada de nada! —le desafió ella—. ¡Si quieres, avisa a la policía! ¡Tengo mis razones parairme, y no me retendrán! ¡Soy inocente!

—Pero en Brasil no existe la extradición —avisó suavemente Constance.

—Lo sé —dijo Dave—. Una fuga en toda regla. Negra debe estar tu conciencia, Diana. Nadie huye, si no ha hecho algo muy grave...

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. El aparato color crema situado junto a la cama de Diana, quedaba mucho más cerca de ella que de Dave. A pesar de ello, una zancada del detective bastó para alcanzarlo, apartando con el hombro rudamente a la viuda, y tomó el auricular. Preguntó, firme la voz:

—¿Quién llama, por favor?

—¿Está la señora Pyne en casa? —interpeló una voz de hombre.

—Tardará un momento en poderle atender. Si tiene la bondad de dejarme el encargo, se lo daré a ella.

—Es igual. Ya iremos personalmente por ahí nosotros. Esta misma tarde.

—¿Quiénes le digo que son ustedes, por favor?

—Oh, no se moleste. Ella ya nos conoce. De todos modos, dígame que los inspectores del Fisco pasarán a media tarde. Que tenga preparado todo para la revisión.

—Se lo diré —prometió Dave, colgando de nuevo.

Alzó los ojos hacia Diana Pyne, que no se movía, pálida y respirando entrecortadamente. Un rasgón en su traje dejaba al descubierto un profundo descote.

—¿De modo que otro nuevo enredo? —indagó Dave—. ¿Qué diablos quieren los del Fisco?

—Eso a ti no te importa —rezongó ella roncamente.

—Puede importarme. De todos modos, me enteraré. Tengo amigos en el Departamento Federal de Impuestos. ¿Prefieres que me informe directamente?

—Vete al diablo —se peinó el revuelto cabello con los dedos, muy nerviosa—. Son tonterías de ellos. Ya sabes cómo es el Gobierno cuando ha de cobrar impuestos. Dice que Rand no pagaba al Fisco lo que le correspondía. Que hacía fraude desde más de tres o cuatro años. Según ellos, debe millones. Son tonterías, porque Rand no tenía tanto como dicen. Y pagó siempre puntualmente. Pueden inspeccionar lo que sea.

—¿Dónde suponen que escondía el dinero, si oficialmente no tenía tanto?

—¿Y yo qué sé? —Pareció irritada por su insistencia—. Ya te digo que son cosas sin sentido. Esos horribles agentes federales dicen que tal vez lo depositó en bancos del extranjero, a nombre supuesto, cometiendo así doble fraude al Gobierno, por sacar

divisas ilegalmente. Todo son enredos.

—¿Para qué podía querer Pyne millones en el extranjero? —dijo Dave, pensativo—. Claro que para engañar al Fisco; pero el riesgo era tremendo y...

Se detuvo, con la mirada fija en Constance. Los ojos de la joven brillaban, mirando a Diana. Un vago, inquieto presentimiento, acosó a Dave. Quiso rechazar la idea, pero ésta volvió a su mente con mayor fuerza. No, aquello era absurdo. No podía ser...

Pero la idea estaba aún allí Fija, abrazada a sus pensamientos, burlándose de él. Sin saber por qué, tuvo el presentimiento de que Constance sospechaba igual que él. Y que Diana, por cuyos ojos cruzó una ráfaga de aprensión, temía algo... acaso su sospecha.

Deslizando la mirada por encima de la maleta a medio hacer, Dave echó a andar ahora hacia la salida. Diana, súbitamente asustada, quiso adelantarse, interponerse.

—¡Dave! —exclamó—. ¿Qué haces ahora? ¿Por qué te vas? ¿Qué estás pensando?

—Nada —dijo secamente el detective, zafándose de ella—. Vamos, Constance...

Salieron de la casa. Cruzaron la rotonda de losas de piedra. Constance se detuvo un momento en mitad del claro, con la vista fija en el suelo.

—¿Fue... aquí? —preguntó con voz lenta.

Asintió Dave. Constance estudió el lugar, los setos circundantes. Murdock la siguió, interesado. De repente, la linda viajera se paró, señalando a un punto, tras un seto.

—¿Y aquí os ocultasteis los dos? —interrogó.

Dave trató de orientarse. Alzó los ojos. No, no era allí. Señaló más a su derecha y algo más lejos de la casa.

—No, fue allí —dijo—. Lo recuerdo por la situación de la galería.

—Es curioso —apuntó Constance, inclinándose. Y cuando se puso en pie, mostró en su mano un par de cabellos. Los mostró a Dave—. Pelo humano. Alguien se ocultó tras ese seto.

Dave estudió los dos rígidos, duros cabellos. Se acercó al seto. Había un leve mechón más, enganchado en un arbusto puntiagudo. Lo recogió, guardándolo en su cartera.

Cuando se puso en pie, miró hacia la casa de nuevo. Se

estremeció. La galería encristalada, aún con su siniestra rotura, huella del horrible suceso, estaba ante ellos. Pero no solitaria, como poco antes. Una sombra alta y rígida se recortaba tras los cristales.

Era Diana Pyne. Y sus ojos, clavados en Dave y en Constance parecían reflejar una emoción intensa. Odio... o tal vez terror.

¿Pero terror a qué o a quién?

—Vamos —susurró Dave, tomando a Constance por el brazo—. Quiero saber algo.

Contempló con estupor el informe federal. El agente especial del Tesoro, Harry Matthews, del Departamento de Impuestos Fiscales, le sonrió tras la mesa despacho.

—Sorprendente, ¿no? Un hombre con la fortuna de Randsome Pyne, estafando descaradamente al Gobierno de los Estados Unidos —dijo el policía federal—. Pero así es. Debía más de tres millones de dólares en impuestos. De no haber muerto, hubiese ido a parar a presidio para más de diez años. Quizá veinte. Es un delito grave, usted lo sabe.

Dave asintió. Estaba ceñudo, reflexionando intensamente. Devolvió la ficha de Pyne a Matthews. Luego habló despacio, midiendo sus palabras.

—¿Qué suponen que hizo con el dinero? Su herencia es reducida. Esperaban una lluvia de millones, y apenas si tiene uno solitario, entre todas sus propiedades.

—Extrajo el dinero del país. No sé cómo, pero lo hizo. Era hombre de recursos. Tiene cuentas corrientes a nombre supuesto en varios países. Tal vez donde más debió enviar fue al Brasil y Argentina. Pero ignoramos sus nombres y cifras. No podemos hacer nada.

—¿Brasil? —Los nervios de Dave se pusieron tensos. Todo empezaba a ligar. Sorprendentemente, formando un factor sorpresa inaudito... pero claro, lógico, tangible.

—Sí —el federal le miró con interés—. ¿Sabe algo, Murdock? ¿O tiene alguna idea?

—Tengo una. Todavía demasiado débil para manifestarla. Puedo estar en un error. Pero vigilen ustedes a la señora Pyne. Es un consejo.

—Ya lo hacíamos, aunque algo de lejos —sonrió Matthews—. Ahora lo haremos más de cerca. ¿Por qué no se sincera con

nosotros? Creo que la policía metropolitana anda algo mal con usted. Sospechan que encubre o ayuda a alguien.

—Es falso. Nunca encubrí ni ayudé a ningún asesino. Fue cierto que vi el crimen ante mis propios ojos. Y Jeremy Corvac estaba a mi lado. No miento ni falseo los hechos.

—Ayúdenos, y podremos ayudarle a usted contra las sospechas del teniente Gargan —insinuó inesperadamente Matthews, cruzando sus dedos en gesto calculador—. ¿Le interesa el trato?

Murdock reflexionó brevemente. Finalmente, asintió.

—Sí, siempre conviene trabajar con los Federales —declaró—. Pero por ahora, poca materia tengo para ustedes.

Refirió todo lo que sabía, sin exponer teoría ni conclusión alguna, Matthews, no satisfecho por el escueto informe de hechos, puntualizó al final:

—¿Y qué conclusión saca de todo ello?

—Tenía varias. Ahora, otra diferente. Pero es demasiado grave. Precisa comprobación.

—Nosotros lo comprobaremos.

—Prefiero hacerlo yo. Y les doy mi palabra de que entonces les informaré de todo. He de enlazar algunos hechos complejos, extraños. Hechos desligados entre sí, pero que han de ligarse por fuerza.

—¿Cuáles son esos hechos?

—Usted los conoce igual que yo: un pequeño coche negro, y un hombre que cubre su rostro y da una botella de licor con narcótico a un guardagujas. Una caja de bombones. Unos cigarrillos en el ropero, y un traje y unos zapatos que faltan. Un cadáver. Dinero en cifras astronómicas. Y una llamada telefónica. ¿Entiende algo?

—No —confesó Matthews, sonriendo—. Absolutamente nada.

—Es, poco más o menos, lo que me ocurre a mí. Yo les imagino un nexo, un hilo de enlace. Tengo que saber... Saber si estoy sobre la pista auténtica, agente.

—Trabajar solo, sin decir nada a nadie, puede ser peligroso. El que mata una vez, mata dos.

—Cierto —asintió Dave, sombrío. Se puso en pie—. Espero no ser esa segunda víctima. Seguiré en contacto con usted, Matthews. Y si todo va bien, el Fisco cobrará su deuda...

Abandonó el Departamento de Impuestos Fiscales en San

Francisco. Abajo, se reunió con Constance Bartlett. Sentíase confuso, y la condujo a un restaurante. Cenaron en una mesa apartada, y durante la cena, Dave contó a la joven la charla mantenida con el federal.

—Puede ser una buena alianza —observó la joven—. Le hará usted pasar un mal rato a Gargan, cuando sepa la clase de protectores que tiene.

—Será preciso que les dé algo a los del Fisco, si quiero ayuda efectiva. Por ahora, navego en un mar de dudas, Constance.

—¿Dudas de qué clase? —interrogó ella—. El caso es oscuro, pero recuerdo lo que le dije una vez: mi norma es buscarle a todo su explicación lógica. No retorcer las cosas. Por mucho que los demás las retuerzan, ocurre como con la ropa recién lavada. Siempre vuelve a su posición normal. Que es la que da la forma real a las cosas.

—Si esto fuera tan fácil como lavar una prenda, sería un hombre feliz —rezongó Dave, atacando su *puding* de pescado con entusiasmo—. Pero siempre he dicho que había algo extraño en el asunto. Algo que no era como se nos antojaba a nosotros. Ahora, creo saber lo que es.

—Yo también —declaró suavemente ella, sonriéndole por encima de la mesa—. Y sé lo que piensa, Dave Murdock. Tan claramente como si lo pensara yo.

—¿Y qué dice? ¿Cree... que ésa es la verdad?

—Cuando lleguemos a ella lo sabremos —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Pero todo parece indicar que, efectivamente, lo es... En cuyo caso, ¿cómo va a demostrarlo?

—Del único modo posible. Voy a tener mucho trabajo, Constance. Tanto que usted me puede ser ahora una inapreciable ayuda.

—Estoy dispuesta —rió ella—. ¿Por dónde empieza la búsqueda?

—Es usted realmente astuta —se sorprendió Dave, mirándola con auténtica admiración—. Sabe lo que voy a buscar, y por qué lo busco.

—Claro que sí. En realidad, es el modo de buscar la prueba que falta...

Asintió Dave con la cabeza. Una sola prueba. Difícil, pero

trascendental. Cuando dieran con ella, el caso Pyne estaría resuelto.

## CAPÍTULO IX

### LA PRUEBA

La primera parte había concluido. Negativamente.

Recibió telefónicamente el informe de Constance, tal y como quedaran antes de emprender la búsqueda. Uno y otro llamaría a un número convenido, el de

«Luther's».

Quien antes terminase, esperaría al otro, al pie de la cabina.

Había sido Constance la primera en acabar. Cuando Dave abandonó el Precinto del suburbio, marcó en una *drug-store* el número de

«Luther's».

Se puso Constance poco después.

Y le informó escuetamente:

—Nada, Dave. Resultado negativo. ¿Y tú?

—Igual —Dave observó la familiaridad en el trato de ella, pero no dijo nada—. No hay desaparecidos que se adapten a mi caso. Nada de nada. Hemos de iniciar la segunda parte.

—¿No habrá otro remedio?

—No. Ningún otro. Hemos intentado todo. Pudo existir un vagabundo, un forastero cualquiera... No sé, no sé qué pensar, Constance. Empiezo a dudar.

—Aún es pronto para desanimarse, Dave —le alentó ella—. Tú eres el detective, el hombre habituado a buscar, a indagar. No puedes desfallecer tan pronto.

—Este caso es endiabladamente extraño, Constance. Espero que cuando hagamos lo que nos queda por hacer, salgamos de dudas.

—¿Conoces a alguien que pueda encargarse de las diligencias sin armar un escándalo terrible? Piensa que si estás equivocado, las

consecuencias serían fatales.

—Lo sé. Espero que Matthews me ayude en esto, aunque sea extraoficialmente. Es una oportunidad de que el Fisco cobre su deuda.

—¿Y cuentas con algún médico de confianza? Precisarás un informe completo.

—Tendremos ese médico. Eres una mujer excepcional, Constance. Piensas en todo.

—Soy una discípula digna de su maestro —rió ella, añadiendo antes de colgar—. ¿Dónde podemos reunirnos ahora?

—Ve hasta el cruce de  
O'Farrell

con Van Nest Avenue, en su acera izquierda. Nos reuniremos allí dentro de una hora.

Colgó. Su siguiente llamada telefónica fue al doctor Beckell, del Instituto Forense de San Francisco.

Le informaron de que Beckell prestaba ahora sus servicios, accidentalmente, en la Fundación Clínica Pyne, de Fremont.

—¡Pyne! —Dave lanzó una exclamación—. ¿Es que Randsome Pyne fundó algún hospital?

—Sí —se le informó—. Frente a Bridge Terminal, un edificio nuevo de doce plantas.

Dave voló literalmente hacia allá, con su flamante «Rambler». Aparcó frente a una casa vertical, de aspecto inconfundiblemente clínico, rodeada de setos y jardines. La niebla, insistente y pegajosa, parecía lamer golosamente las iluminadas ventanas del hospital.

Dave Murdock saltó a tierra, cruzó velozmente las sendas enarenadas, bajo los globos de luz de mercurio que alumbraban nítidamente el jardín a pesar del algodonoso aire que lo envolvía, y se plantó frente a la operaría de turno de noche, sentada ante el cuadro telefónico del hospital.

—Deseo ver urgentemente al doctor Beckell —informó Dave—. Diga que soy Murdock. Me recibirá enseguida.

Algo a regañadientes, ella obedeció tras dos o tres insistencias por parte de Dave. Beckell le recibió en el acto, confirmando su anuncio, y la telefonista de blanco uniforme le mostró algo más de respeto, indicándole el piso diez Pabellón de Cirugía.

Beckell, gordo y afable como siempre, le había conocido Dave, le

recibió en su despacho, tirando a un lado informes y radiografías, para atender a Murdock con un abrazo cordial.

—Mi querido Dave, sabía que estabas en Frisco —dijo tras las saluciones. Le ofreció un cigarrillo que él aceptó, y ambos encendieron—. ¿Cómo van las cosas?

—Bastante mal —Murdock le informó rápidamente de cuánto ocurría—. Gargan y la policía andan tras de Corvac y de mí. Al menor descuido, nos encierran. Pero yo tengo una teoría. Permite que no te la exponga ahora. Es tan rara, que preciso confirmarla. Para eso te llamo. Necesito que me ayudes en un caso grave y delicado.

—Cuenta conmigo... si no es nada ilegal —sonrió Beckell—. No quiero perder mi carrera.

—Pues es ilegal. E incluso puedes perder la carrera. Todo depende de los resultados de lo que vamos a hacer.

Beckell vaciló. La franqueza de Dave le había impresionado.

—Demonio, no te andas por las ramas —gruñó al fin—. ¿Qué es ello?

—Una exhumación.

Reinó un silencio tan espeso como la niebla que empañaba los cristales de la ventana.

—¿Ilegal?

—Sí. Al menos, sin autorización. Nunca nos la concederían. Hay alguien a quién no le interesa.

—Bueno, podría ayudarte, Dave; pero ¿qué pinto yo en una exhumación?

—Necesito una autopsia. Y un informe muy detallado. Puede ser trascendental o no ser nada. Te soy sincero al confesarte que nado entre nieblas y no sé adónde voy a parar.

—Dave Murdock sabe siempre adónde va a parar —rió entre dientes Beckell—. ¿Quién nos cubrirá las espaldas, si todo sale mal... e incluso si sale bien?

—Matthews, agente especial del Tesoro. Tal vez el Fisco entero nos apoye; no sé.

—Diablo, eso parece algo mejor —Beckell estaba deseando aceptar la atrevida oferta, y Murdock lo sabía—. Creo que te ayudaré. ¿De quién se trata?

—De alguien que no va a gustarte —avisó Dave, siempre tranco.

—¿Quién?

—Randsome Pyne.

—¿Estás loco? —Beckell dio un respingo. Con un amplio ademán de sus brazos abarcó la estancia—. Trabajo en una Fundación suya. Todo esto era de él. No puedo intervenir en...

—Está bien, Beckell. Comprendo tu punto de vista —se incorporó, aplastando el cigarrillo en el cenicero—. Gracias de todos modos. No esperaba que te arriesgases tanto. He querido ser leal contigo, como mereces.

—¡Espera! —Beckell, ceñudo, alzó una mano vivamente—. Espera aún, torbellino... Creo que puedo ayudarte. Basta que tú... declares que yo no sabía de quién se trataba al ir allá. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —Dave sonrió—. ¿Vamos ya?

—Vamos —pulsó un timbre de la mesa, incorporándose—. Antes déjame que dé unas instrucciones a mis subalternos. Llevamos unos días bastante ajetreados, desde la víspera de morir Pyne precisamente. Desapareció un cadáver del depósito del hospital. Un hombre que había muerto aquel día de accidente de tráfico... No sé quién pudo robarlo, es algo insólito... En fin, vamos. Ya dejaré mis instrucciones abajo. No quiero hacerte esperar.

Salieron. Mientras el ascensor les llevaba a la planta inferior, el rostro de Dave aparecía ceñudo, reflexivo. Algo danzaba en su mente. Beckell le miraba fijamente. De pronto, al abrirse las puertas del ascensor y salir al amplio vestíbulo con olor a ácido fénico, Murdock dio un sobresalto a Beckell.

Asió su brazo con fuerza y le disparó una pregunta:

—¿Fue un accidente... en la cabeza?

—¿Eh? —El médico no entendió—. ¿El qué, Dave?

—Ese hombre... el que murió en el hospital, desapareciendo luego.

—Pues sí. Habrás leído la noticia en la prensa, ¿no?

—Recuerdo haberla leído, pero no le di importancia. ¿Estuvo Pyne ese día en la Fundación?

—Sí.

—¿Antes o después de la desaparición del cadáver?

—Deja que recuerde... —reflexionó—. Estuvo antes, porque era su día de visita al edificio. Regresó después del robo, al avisarle yo de lo ocurrido. Fue un caso rarísimo, que nadie se ha explicado

aún...

Dave respiró con fuerza. Sus ojos brillaban, excitados.

—Creo que ya tengo la prueba que necesitaba —dijo lentamente con voz alterador—. La exhumación es más necesaria que nunca, Beckell...

El médico le miró sin comprender. Dave no perdió el tiempo en explicaciones.

El cerco de figuras sombrías, silenciosas y tensas, formaba como un cinturón alucinante, en torno a una escena más alucinante todavía.

Dos funcionarios introdujeron unas palancas metálicas entre las junturas del ataúd, bajo la luminosidad borrosa de las linternas que parecían colgadas de la densa niebla.

Harry Matthews declaró en un susurro, al oído del inmóvil Dave Murdock:

—En esto me juego tal vez el cargo, amigo. Esto es ilegal e improcedente...

—Lo sé —respondió en igual tono el detective—. Pero si da resultado, será Gargan quién perderá el cargo.

La idea no le alentó demasiado al federal, pero al menos le dio cierto consuelo. La tapa del féretro se había abierto. Rostros ansiosos, trémulos, se inclinaron sobre su contenido. Una Diana Pyne lívida y descompuesta, sujeta por el doctor Beckell y un agente federal, se tambaleó al borde de la tumba. El cementerio entero, parecía, de noche y bajo las brumas, como un lugar de pesadilla, algo fuera de este mundo.

No fue agradable ver de nuevo la forma destrozada del cadáver. Su cráneo hendido, irreconocible, apareció ante todos. La faz sin forma no pudo mirar a nadie. Dave sintió náuseas.

Pero Harry Matthews, con una energía y autoridad realmente admirables dada su delicada posición actual, formuló la pregunta clavando en Diana Pyne una mirada glacial.

—Señora Pyne. Por segunda y última vez, la Ley la requiere para que responda: ¿reconoce usted a este hombre como a su legítimo esposo, Randsome Pyne, y le identifica como tal?

Ella abrió la boca. Parecía que iba a responder afirmativamente. Miró con ojos desorbitados a aquello que yacía en la caja. Luego, como hiciera otras veces, se derrumbó al pie de la tumba, pese a la

rápida intervención de Beckell y el federal. Esta vez, Dave juzgó que no había habido ficción alguna.

Se apartó con un suspiro del grupo. Miró al doctor Beckell.

—Proceda a la autopsia, doctor —pidió—. Ya sabe ahora lo que ha de buscar.

Después, lentamente, se alejó de la fosa abierta.

Hubert Gargan firmó de mala gana la tarjeta que le tendían. Luego clavó en Dave una mirada furiosa.

—Ya tiene a su amigo Jeremy en libertad —gruñó—. He leído el informe del doctor Beckell y me han telefoneado del Departamento de Impuestos Fiscales. Es usted un tipo duro, Murdock, y esta vez me ha combatido muy bien. Pero no siempre tendrá la misma suerte. Ha ganado una vez. Procure que la próxima no choquemos de nuevo, o acabará perdiendo la licencia.

—Ahórrese discursos, teniente —Dave rió, sarcástico—. En realidad, hubiera hecho el ridículo llevándose a Corvac o a mí a los tribunales. Nuestra coartada era cierta y demasiado firme para romperla un polizonte obstinado.

—Ha tenido suerte en que todo le salga bien, o ahora estaría usted encarcelado, y su amigo Matthews expulsado del FBI por salirse de sus atribuciones. Esa exhumación ha sido el caso más claro y vergonzoso de ilegalidad que recuerdo.

—Pero ha dado su resultado. Ahora sabemos que el hombre que yacía allí no era Randsome Pyne. Las heridas de su cabeza, pese a estar disimuladas por varios golpes brutales, fueron causadas por un automóvil. Radiografías de iguales fracturas están en la Fundación Pyne. Cierto que el muerto, en edad y aspecto físico, se parecía bastante a Pyne. Fue bien elegido. Y todo fue una buena farsa para desconcertarnos.

—Sí. Y resulta que su soberbia coartada se diluye como el humo —rezongó Gargan—. Cuando usted y Corvac creyeron ver un crimen audaz, sólo vieron una comedia bien planeada. Una lucha fingida, golpes sobre un cadáver bien conservado en un frigorífico de hielo seco... Todavía pueden ser sospechosos, según esto.

—Seguro —Dave hizo una mueca burlona—. Sólo que no teníamos el menor interés en liquidar a un pobre muerto, y nuestra culpabilidad en ello sería muy relativa. El verdadero culpable es otro. Alguien en quien no pensamos nunca ninguno.

—¿Quién?

—¡El propio Randsome Pyne!

—¿Culpable de qué? ¿De matar a un cadáver? No le ahorcarán por ello.

—No. Pero le encerrarán para muchos años en prisión por fraude al Estado. Sacó dinero del país ilegalmente, defraudó impuestos por valor de varios millones, y llegó al extremo de fingir su propio asesinato para desaparecer del país, disfrutando luego de su dinero en Brasil, lejos del peligro de la Ley.

—Aún no lo hemos cogido —avisó Gargan—. Tal vez ha huido, después de todo.

—No creo que haya salido del país, ni siquiera de Frisco. Cuando demos con su escondite, habrá concluido el caso.

—Mis hombres baten ya toda la ciudad y la región en busca suya —dijo Gargan—. Caerá, tarde o temprano. Se vigilan aeropuertos, estaciones, muelles y costas. No puede escapar, si no lo hizo ya antes.

—¿Y Diana?

—Está incomunicada en una clínica. No sé si está enferma o lo finge. Pero no hay duda de que ella era la cómplice.

—Siempre lo imaginé así. Pyne planeó su golpe maestro en complicidad con ella. Estaban mucho más unidos de lo que parecía. Las desavenencias y todo eso, eran simple escenografía para deslumbrar a la gente cuando llegara el día de poner en marcha el plan.

—Y cuando se puso en marcha, usted fue la víctima elegida.

—Sí —rió Dave—. Pyne y su mujer resolvieron que yo era la persona adecuada. Primero me narró su historia. Accidentes fingidos. Llegó al extremo de preparar el de la vía férrea. He sabido que tenía un coche negro, pequeño, del que se deshizo hace tiempo. Él sembró los cristales, dio la bebida al guardagujas y dejó su coche cruzado en la vía, con los neumáticos reventados, sin correr él ningún peligro. Adquirió unos bombones para fingir un envenenamiento. Debió tomar una cantidad insignificante de veneno, para que su médico certificara intento de envenenamiento. Todo estaba cuidadosamente planeado. Sus temores y todo eso. Luego, hizo la llamada telefónica a media noche. Sabía que yo acudiría. Y presenciaría un crimen escenografiado, con la ayuda de

la niebla. Por eso tardó algún tiempo en realizar sus planes. Necesitaba dos cosas: un cadáver a propósito, fácilmente confundible con él, si se le destrozaba previamente rostro y cráneo. Un muerto con heridas de cabeza y no otra cosa. Y niebla. Una noche de niebla, que deformara algo las cosas, que no permitiese ver bien. Lo demás, se daría solo. Con habilidad y suerte. Porque Pyne contó también con la suerte. E hizo bien. Era hombre de gran fortuna. Lo fue siempre.

—Y usted se tragó la historia. El cadáver a sus pies, la lucha, los golpes...

—Cometió el error de ocultarse en el ropero y fumar cigarrillos de su propia marca, mientras yo buscaba insistentemente al asesino. También fue un error vestirse con su propio traje y unos zapatos, ya que el otro traje fue puesto al muerto. Eso lo hizo sin referírselo a Diana, y ella patinó, al decirme que faltaba un traje y unos zapatos. Sin duda esperaba confundirme así, hacerme pensar en un ladrón de las ropas de Pyne. Yo así lo creí, aunque no lo vi claro del todo. Cuando supe que Pyne debía millones al Fisco e iba a ser encarcelado por ello, y que su fortuna estaba fuera del país, a cuenta de un falso nombre, vi claro. ¿Quién, sino el propio Pyne, podía desear su «muerte aparente», para después huir del país, y esperar a que Diana se reuniese con él y disfrutar juntos de la fortuna ingeniosamente trasplantada? No había delito de sangre, porque matar a un cadáver no es ningún delito. Por tanto, nunca se le podría reclamar legalmente. Un juego ingenioso, pero cruel y perverso como Pyne mismo.

Se volvió. Un agente uniformado traía a Jeremy Corvac. Menos risueño y jovial que de costumbre. Al ver a Dave, se animó.

—¿Vienes a sacarme de esta covacha? —preguntó, ansiosamente.

—Claro que sí, Jeremy. Vamos. Pat está esperándote.

—Esto le costará caro, Gargan —amenazó Corvac irritado—. No es forma de retener a un testigo y usted lo sabe. Era una detención en toda regla.

—Lo era, y lo confieso —sonrió humildemente el teniente—. Pero ahora todo está en claro. El asesinado no era tal asesinado. Randsome Pyne sigue vivo. Perdone, Corvac.

—¿Qué Randsome Pyne... qué? —aulló Corvac, atónito,

buscando la mirada de Dave.

—Es cierto, Jeremy. Han ocurrido muchas cosas desde que... te llamaron como testigo —miró con ironía a Gargan—. Y todas beneficiosas para nosotros. Ya te contaré; vamos...

Salieron de la Jefatura. Al salir al exterior, la bruma se estaba disipando. Iba a ser un día apacible y soleado, aunque algo frío. Pero sin humedad. Los jirones de niebla parecían galopar ahora sobre el Pacífico, alejarse hacía alta mar, como molestos porque su papel en el drama del caso Pyne hubiera sido descubierto.

—Es todo un símbolo, ¿eh, Jeremy? —rió Dave, abriendo la portezuela de su coche—. La niebla huye. Resplandece la luz. Como en nosotros...

Durante el trayecto hacia la alegre residencia de los Corvac en Telegraph Hill, le refirió punto por punto el asombroso descubrimiento final. Pudieron ver las patrullas policiales que controlaban carreteras y caminos, avenidas y sendas que conducían a las afueras. Ellos mismos fueron detenidos en la subida a la colina, y tras comprobar su identidad, se les permitió continuar hacia arriba.

—Dios mío, parece un sueño, algo increíble y fantástico —suspiró Corvac—. ¿Lo sabe Pat?

—Sí. Ahora está con Constance. Ella se lo ha contado todo.

—¿Quién es Constance?

—Una chica muy inteligente. Su gran afición es viajar. Llegamos juntos a San Francisco. Es bonita y atrevida. Le gustan las aventuras, y ha colaborado conmigo en el caso. Creo que, realmente, ella empezó a darme la pista con sus sugerencias. Es astuta, vivaz.

—En resumen, la chica que te conviene —rió Corvac—. ¿Estás enamorado de ella?

—No lo sé —Dave se encogió de hombros—. A veces creo que sí. Pero ni siquiera la conozco. Sólo sé que viajó conmigo unos días. Que hemos vuelto a vernos. Que le gusta jugar a detectives. Nada sé de su vida anterior, nada de sí misma...

—¿Y qué falta hace esto? Cuando yo me casé con Pat, tampoco sabía mucho de ella. Y soy feliz, Dave. Tú necesitas a alguien que te haga feliz... Lo mereces.

—Tal vez tengas razón. Pero lo que más necesito ahora es que

cacen a Pyne. No sé, pero no me siento tranquilo mientras ande suelto por ahí. Tiene espíritu de asesino. Puede ser capaz de cualquier cosa, con tal de huir a la prisión que le aguarda. Es su ruina, y lo sabe. Defenderá cara su vida, a cualquier precio. Si supiéramos dónde se oculta...

Cuando llegaron a la vivienda de los Corvac, Pat y Constance estaban esperándoles. Leían con avidez el periódico. En él se hablaba de la hazaña de Dave Murdock, al ver claro en tan turbio asunto. Fotografías de Pyne, Murdock, Diana e incluso de Hubert Gargan, a quién dedicaban satíricos comentarios, ilustraban las primeras planas de los diarios.

—Eres un hombre importante, Dave —declaró riendo Pat, después de abrazar a Jeremy con lágrimas en los ojos. Besó a Murdock con cariño fraternal, y luego habló a Constance, que sonreía ante la escena—: Y usted ha sido su más eficaz auxiliar.

—Oh, no hice nada. No tuvo la menor importancia. Lo cierto es que siempre deseé saber cómo trabajaba un detective en la vida real. Ahora lo sé.

—¿Sólo por eso ayudó a Dave? —sonrió Pat, burlona.

Constance enrojeció, y su mirada rehuyó la de Murdock.

—Bueno, lo cierto es que durante el viaje a San Francisco simpaticé mucho con Dave. Sé que él no me profesaba especial afecto... Sí, no protestes, lo advertía perfectamente.

—¿No se te escapa nada? —dijo Murdock riendo.

—Pocas cosas. Tengo espíritu analítico por excelencia. A pesar de fastidiarte, acudía a ti cuando me era posible. Me gustabas, la verdad. Eso ocurre siempre en los viajes. Luego fue distinto. Fui a ver al amigo. Estaba segura de que volverías a ser detective. Es tu vocación.

—A veces me fatiga un poco mi oficio, Constance. No es agradecido cuando se llega al final. Incluso ahora, sacar toda esa basura contra Pyne y Diana... No es bonito, no.

—Uno no tiene la culpa de que la basura la lleven los demás. Buscabas la verdad. Ya la encontraste. No es una verdad de las que a mí me gustan, acaso porque era demasiado retorcida. Ya te dije que siempre prefiero lo llano, lo simple. Las cosas se aclaran muchas veces así; sin tortuosidades. Éste es un caso excepcional, en el que todo lo que parecía cierto, deja de serlo. Está probado,

demostrado sin lugar a dudas. Por eso no se puede poner en tela de juicio... —Golpeó el diario suavemente—. Ahí tienes, por ejemplo, ese horrible caso que traen los diarios. El cadáver de un hombre, descompuesto y en pedazos, dentro de una maleta, abandonada en la consigna de Oakland. Le faltaba la cabeza. Algo horrible pero primario. El asesino ahí no buscó complicaciones. Un crimen del siglo pasado, muy lejos del refinamiento intelectual de Randsome Pyne...

Dave asintió. Pat intervino muy oportunamente:

—¿Por qué no dejáis esas horrendas conversaciones? Nos quitaréis el apetito. Y falta poco para la hora de la comida. Hay que celebrar el triunfo de la verdad... y el regreso de Jeremy a casa.

Fue una comida alegre y risueña, en la terraza posterior de la casa de los Corvac. Se brindó con champaña al final, con los rostros vueltos hacia la bahía, azotada la piel por la brisa fresca del mediodía. El sol, un sol tibio de otoño, doraba las colinas y hacía centellear los cristales de los edificios de San Francisco, mansamente tendido a la orilla del mejor puerto del Pacífico.

Durante la comida, Dave descubrió varias veces la mirada pensativa, lejana, de Constance, fija en él. Al encontrarse ambos, rehuía el choque y un vivo carmín teñía sus mejillas.

Escucharon los boletines de la radio. Randsome Pyne seguía sin aparecer. Corvac comentó, con la vista fija en la bahía:

—Tal vez al saber que está perdido... ha elegido el camino más rápido. La bahía guardará tantos secretos así para siempre...

Dave estaba pensando lo mismo hacía rato. Y Constance asintió con viveza, aunque su mirada seguía ausente.

Cuando se despidieron de sus amigos, Jeremy y Pat salieron hasta la carretera a despedirles.

—Ten cuidado, Dave —le avisó Corvac—. Pyne puede seguir oculto por ahí. Y deseará vengarse de ti, que has hundido su plan.

—Descuida, Jeremy. Sé cuidarme solo.

—Usted también debe andar con prevención —aconsejó Corvac a Constance—. Todo el mundo sabe que una mujer ha colaborado con Dave en el asunto. Si Pyne sospechara que está enamorado de usted, es capaz de cualquier venganza...

—¡Corvac! —rió Dave—. ¿Pero qué estás diciendo?

—No disimules, viejo zorro —le guiñó un ojo Jeremy—. A mí no

me engañas...

Le hizo una mueca a ella, y se quedó allí, agitando una mano para despedirles. Con la gratitud reflejada en su semblante, en sus ojos radiantes y alegres, que volvían a la vida, mientras el coche de Dave se alejaba carretera abajo, con el detective y su accidental compañera dentro.

## CAPÍTULO X

### FINAL

Se separaron sus labios. Dificultosamente A ambos les costaba el mismo trabajo romper el contacto, el momento de hechizo inefable...

—Dave, te amo... Creo que te amé desde que te conocí en el barco... Y sobre todo, aquel día, el de la llegada, asomados los dos en la borda, cuando supe realmente quién eras, cómo pensabas y cuánto habías sufrido...

—Constance, no hablemos de todo eso —pidió Dave suavemente—. Hablemos sólo de ahora, de nuestro presente. Y, si lo quieres, de nuestro futuro...

—Sí, Dave, como tú quieras... Eres el que manda. Yo, a obedecer. Siempre, Dave...

Volvieron a besarse.

—¿Nos veremos esta noche?

—Si lo deseas, Dave...

—Hemos de celebrarlo. No el triunfo profesional, sino esto de hoy. El haber descubierto nuestros sentimientos. Constance, iré a buscarte. ¿Dónde te alojas?

—En el Hotel Unión. Te esperaré.

—Esta noche recorrerás conmigo los lugares más hermosos de San Francisco.

—Será una noche hermosa, Dave. La más hermosa de mi vida.

—También para mí. Hasta luego.

—Hasta luego, Dave...

Se separaron ante una casa de modas femeninas. Constance quería elegir un bello vestido de noche para salir con Dave. Pero no

quiso que él lo viese.

—No, no querido —sonrió—. Quiero que sea toda una sorpresa.

Dave hubo de ceder. Se alejó hacia su propio alojamiento, cuando ella hubo cruzado la puerta de la casa de modas.

Por eso supo demasiado tarde lo que un momento después le sucedía a Constance Bartlett.

La joven fue atendida por una empleada servicial. Escuchó su petición y la condujo al gabinete de modelos. Una dama de cabello plateado y sobrio traje negro, con collar de perlas enroscado al cuello blanco y nacarado, acudió al encuentro de Constance.

—¿Un traje de noche en el que se combinen la juventud y la distinción? Claro, señorita. Pase, por favor... —Se hizo a un lado, alzando una cortina de terciopelo verde—. Cuidado los maniqués, por favor...

Demasiado tarde, Constance observó que había ido a tropezar con una fingida dama de rostro hermético, cabello terso y ojos de vidrio, envuelta en un bellissimo traje azul y blanco. El maniquí se vino estrepitosamente a tierra, después de golpear una vidriera de la sala. Se resquebrajó el cristal, y Constance lanzó una exclamación de alarma.

—Oh, no se preocupe —se apresuró a calmarla la dama del pelo blanco—. No tiene importancia. No debieron haber dejado ahí esos maniqués, pero hemos tenido una exhibición de modelos y... Señorita, ¿es que le gusta este modelo precisamente?

Constance estaba mirando fijamente el maniquí tendido ante ella, rodeado de vidrios. Tuvo que repetirle la pregunta por segunda vez la dama del salón de alta costura, antes de que saliera de su mutismo.

—¿Eh? —asintió vivamente con la cabeza—. Oh, sí, por favor... Ese traje es precioso. Me quedo con él. No es necesario que busque más. Envíemelo al Hotel Unión. Habitación trescientos cincuenta y dos, señorita Constance Bartlett. Lo abono ahora.

Pagó apresuradamente su importe sin regateos. Y abandonó precipitadamente el establecimiento ante la extrañeza de la señora. Salió a la calle. Miró a un lado y otro. Naturalmente, Dave tenía que haberse alejado ya considerablemente. No le vio por parte alguna.

Se encaminó apresuradamente a un establecimiento situado frente a la casa de modas. Telefonó al número de Dave. El

telefonista le rogó que esperara, Tras una pausa, volvió a hablar:

—Lo lamento. El señor Murdock no ha llegado aún. Su teléfono no contesta.

Ella colgó sin responder. La agitación no la dejaba apenas respirar. Le brillaban los ojos y tenía febriles las mejillas. Apresuradamente, volvió a descolgar el teléfono. Marcó de nuevo el mismo número. Indicó al telefonista:

—Cuando llegue el señor Murdock, no se olvide dar un encargo urgente. Dígale de parte de Constance, que *si ha olvidado el pelo del maniquí y el sitio donde se escondió*.

Evidentemente asombrado, el telefonista repitió las palabras para ver si había oído bien. Ella, satisfecha, asintió, colgando después. El mensaje dejado no había logrado tranquilizarla.

Volvió a tomar el auricular. Llamó a casa de los Corvac. Se oyó la voz de Pat al otro extremo del hilo.

—¿Quién llama?

—Soy yo. Constance.

—¡Constance! ¿Quiere alguna cosa?

—Usted no creo que pueda serme útil, Pat. Busco a Dave, pero no doy con él. Quisiera pedirle un favor a Jeremy.

—Mi marido ha salido también, poco después de hacerlo ustedes. Si quiere algún recado o puedo hacer algo yo, Constance...

—No, Pat, gracias. Era personal. Para Dave o Jeremy. Adiós — desalentada, colgó. Una expresión extraña asomaba a sus ojos. Algo parecido al miedo comenzaba a hacer presa en ella. Siempre había considerado el peligro como un deporte. Ahora sabía que no lo era.

Abandonó el establecimiento con una sensación enorme de soledad. Buscó un taxi con la mirada, pero no lo encontró. La tarde era azulada, diáfana y fría. Pero no se hubiera sentido peor de haberse hallado perdida en la niebla.

Echó a andar, en espera de ver algún coche de alquiler desocupado. Al pasar ante la casa de modas nuevamente, contempló con fijeza los maniqués de los grandes escaparates.

De repente, tuvo el presentimiento, la vaga corazonada de que había alguien tras ella, de que estaban mirándola.

—Es curioso, lo mucho que un maniquí puede parecerse a veces a un ser humano, ¿verdad, señorita? —dijo una voz suave tras de ella.

Se volvió en redondo, dilatados los ojos por el terror, teniendo que hacer un enorme esfuerzo para no gritar, para no demostrar su pánico con un alarido...

Dave cruzó el vestíbulo de su casa. Había venido silbando alegremente desde el coche. Pero dejó de silbar, buscando en sus bolsillos la llave del apartamento. Por eso cuando cruzó el vestíbulo lo hizo en silencio, y el telefonista, vuelto de espaldas a él, no le vio.

El ascensor le dejó arriba. Dave Murdock lo abandonó en su piso, y entró en este silbando jovialmente de nuevo. Comenzó a tirar sus ropas encima de los muebles. Tenía que vestirse con su mejor traje para acompañar a Constance. Estaba seguro de que sacaría de allí algún modelo sensacional.

Rebuscó en su guardarropa. Tenía un *smoking* en perfectas condiciones. Silbando aún, comenzó a vaciar sus bolsillos, para pasarlo todo al *smoking*. Llaves, papeles, dinero, cartera, documentos y todo lo demás.

Junto con el billetero, salieron entre su: dedos unas cerdas rígidas y largas, que revolotearon por el aire. Las miró ceñudo. ¿De dónde salía aquello?

Abrió la cartera. Allí había un mechón de pelo duro, rígido. Perplejo, recordó ahora el lugar donde lo halló. Había sido Constance. En el lugar mismo del fingido asesinato de Randsome Pyne. «Pelo humano» había dicho Constance.

Lo examinó más detenidamente. Aún no se había explicado la razón de aquel hallazgo. Y desde luego, Constance se equivocó. No era cabello humano. Poseía una rigidez, un cuerpo que no era el del pelo habitual. Más bien parecía... cerdas, pelo artificial. Como el que aplican a algunos muñecos y maniqués...

Se encogió de hombros. ¿Qué podía pintar un maniquí en todo aquello? Era un detalle incongruente, desde luego. Arrojó los pelos a un rincón. Se vistió, olvidándose por completo del hecho.

Contemplóse, una vez aseado y vestido, en el largo espejo de su armario.

—Eres un chico guapo, Dave Murdock —dijo a su imagen, complacido.

Luego ordenó las puntas del blanco pañuelo del bolsillo superior de su americana, y abandonó el apartamento silbando de nuevo.

Bajó en el ascensor. Cruzó el vestíbulo. El telefonista, aún de espaldas, tampoco le vio esta vez. Dave llegó a la salida. En aquel momento entró una pareja apresuradamente. Tropezaron con Dave.

—Perdone —pidió el hombre.

—No tiene importancia —sonrió Dave, disponiéndose a seguir adelante.

El telefonista se volvió al oír el taconeo de la pareja. Por unas pulgadas, alcanzó a ver a Murdock que salía. Dio un respingo y corrió fuera de la centralilla, voceando:

—¡Eh, señor Murdock! ¡Un momento, señor Murdock!

Dave se detuvo en la acera. Jadeante, llegó el operador de la centralilla.

—¿Qué ocurre? —indagó Dave, sorprendido—. ¿Algún recado para mí?

—Y urgente, señor. Perdone, pero no le vi entrar. Y si me descuido, no le veo salir.

—Bien. ¿Qué es lo que ocurre? —Se impacientó Dave—. Tengo prisa.

—Lo siento, señor. El encargo es de parte de la señorita Constance. Telefoneó hace cosa de una hora. Quizá más.

—¿Qué quería?

—Me dijo textualmente «si había olvidado usted el pelo del maniquí, y el lugar donde se escondió». Me hizo repetir el mensaje. Estoy seguro de que es exacto.

Dave se quedó de una pieza. Miró asombrado al telefonista, que no lo parecía mucho menos que él.

—El pelo del maniquí... y el lugar donde se escondió... Dónde se escondió ¿qué o quién?

—No dijo nada más, señor Murdock.

—Dónde se escondió el pelo... el maniquí... o... ¡Dios mío, venga un momento!

Corrió hacia el teléfono del vestíbulo, arrastrando consigo al telefonista. Le hizo marcar el número del Hotel Unión, y pedir por la señorita Bartlett. Se puso un empleado del hotel.

—La señorita Bartlett no está —informó escuetamente.

—¡Tiene que estar! —protestó Dave—. Estoy citado con ella ahora mismo...

—Lo siento, señor, pero es cierto lo que le digo. No está.

También han traído de una casa de modas un vestido para ella. Pero la señorita Bartlett no ha venido.

Dave se irguió, profundamente preocupado. En su mente se arremolinaban ideas confusas. Un maniquí... vidrios... un mechón de pelo... También había maniqués en la casa de modas. Algo había visto Constance, algo había recordado...

Nervioso, marcó otro número, el de Corvac. Pat le informó de que Jeremy no había vuelto. Y le refirió la llamada de Constance tiempo atrás.

—¿Te dijo algo? —preguntó ansiosamente Dave.

—No. Sólo que le urgía hablar contigo o con Jeremy. Nada más. Parecía preocupada.

Colgó Dave sin más explicaciones. Era un manojo de nervios en acción. Telefonó a la casa de modas. Habían cerrado. Pero recordaba el nombre del establecimiento. Lo buscó en la guía. Tenía teléfono particular también, su propietaria o lo que fuese. Y llamó.

Una doncella le puso en comunicación con la señora de la casa. Una voz educada, afable, de dama habituada a tratar con un público exquisito, sonó en el receptor.

Recordó enseguida el asunto por el que Dave preguntaba.

—Cierto, señor Murdock —declaró a sus preguntas—. Esa señorita adquirió un modelo en mi casa. Dijo que se enviara al Hotel Unión. Se ha enviado ya. ¿Alguna queja?

—No, no. La señorita Bartlett no aparece. Creo que algo que ocurrió ahí pudo influir en su actual ausencia. ¿Recuerda usted si ocurrió algo raro... anómalo, durante su visita?

—Pues... no. No recuerdo nada que pudiera... ¡Espere, por favor! Ahora me viene algo a la memoria. Pero es algo trivial, sin importancia...

—No importa. ¿Quiere citármelo, por favor?

—Recuerdo que tropezó con un maniquí al entrar. Algo casual. El maniquí golpeó una vidriera y la rompió, cayendo a tierra. Llevaba puesto el traje que le gustó a ella. Lo eligió sin querer ver más. Es curioso con qué fijeza lo miraba, a pesar de que tendido en el suelo no tenía demasiada gracia el modelo...

Dave le dio las gracias y colgó, después de saber que la dama ignoraba por completo adónde pudo ir la joven después.

Salió a la calle, con los nervios maltrechos. Un muchacho, no

lejos de allí, voceaba la edición vespertina de los diarios:

—¡Con el sensacional misterio del cuerpo mutilado de Oakland!  
—gritaba, con pésimo gusto.

Dave reflexionaba. Un maniquí... cristales... el mechón de pelo... Pero ¿por qué? ¿Y el cadáver? Aún lo recordaba, aún podía verlo ante él, destrozado, sobre su propia sangre empapando las losas del jardín...

De repente, una sacudida terrible recorrió el cuerpo de Dave Murdock. Un impacto brutal, un mazazo imprevisto a su mente y a su corazón. ¡No era posible! ¡No había podido ser tan ciego! Él y todos...

Recordó una frase de Constance, en el barco: «No busque nunca complicaciones a las cosas... Al final se encontrará con que lo más simple lo aclara todo»... Y otra frase de Meadow de Wilde: «A veces la niebla sirve para que veamos lo que otros quieren que uno vea. Deforma las cosas...».

Pero si eso era cierto... y si Constante no aparecía... ¡entonces su vida corría peligro! ¡Incluso pedía haber sido muerta a estas horas!

El pregón del periódico, con la maleta espeluznante de Oakland y su fúnebre contenido, le llegó como un clarín hiriente. Febril, corrió otra vez al teléfono. No disponía de otra arma. Estaba solo, perdido en la ciudad, sin saber dónde buscar a Constance y a un asesino suelto, feroz, resuelto a todo con tal de acallar su horrible secreto.

Telefoneó a Gargan. El policía dio un respingo al oírle. Hizo otra llamada al agente federal Matthews, que también lanzó un terno al oír sus palabras precipitadas. La máquina de la policía metropolitana y de los *G-Men* se puso en acción simultáneamente. La búsqueda desesperada había comenzado.

Pero si la anterior había fracasado, en busca de Randsome Pyne, ¿por qué iba a triunfar esta de ahora? se dijo angustioso Dave.

Tomó su coche y partió sin rumbo fijo, preguntándose en qué lugar, en qué sector, en qué punto de la enorme ciudad podría hallarse el asesino, el ser despiadado que estaba ahora en la necesidad de volver a matar... Y que mataría sin dudarlo.

Fue una danza alocada, sin fin ni principio. Calles, avenidas, paseos, jardines. Todo en vano, porque únicamente una fantástica

casualidad podía ponerle en contacto con el criminal o con Constance...

Y precisamente poco después de medianoche, la onda de la policía, que Dave mantuvo conectada durante todo el tiempo, difundió el aviso con voz monocorde:

—«Atención, coches patrulla. Busquen a Dave Murdock. Busquen a Dave Murdock. Que se presente urgentemente en el Departamento Central de Policía... Es urgente... Muy urgente...

Dave pisó el acelerador con una congoja violenta conmoviéndole de arriba abajo. Supo que algo, lo que fuera, había sucedido.

Cuando llegó al Departamento Central, rostros sombríos le acogieren. El teniente Gargan y el federal Matthews al frente de ellos. Fue Gargan quien habló primero:

—La hemos encontrado, Murdock... La arrojó desde un automóvil, cuando subía la carretera de los Twin Peaks, a mucha altura. A él no le hemos cazado todavía, pero es cuestión de momentos... Cuando arrojó a Constance Bartlett al abismo, estaba inconsciente. La había dejado desvanecida a golpes...

Dave hincó los dientes en sus labios. No dijo nada. Brotó sangre de donde los clavaba. Dio media vuelta y avanzó despacio hacia la salida.

—Que nadie haga nada —dijo—. Esto es cosa mía...

Pat y Jeremy contemplaron con expresión asombrada al Dave Murdock que descendió del coche ante su casa de Telegraph Hill. No parecía el mismo que se fue feliz, aquella misma tarde, en compañía de Constance.

—¡Dave! —estalló Pat, corriendo a él—. ¡He oído los boletines de la radio! ¡Buscan al hombre que secuestró a Constance! ¿Quién es, dónde está?

—No sé dónde está ni quién es —dijo despacio Dave—. Únicamente lo supongo.

—¿Pyne? —interrogó Jeremy vivamente, con gesto de intensa preocupación.

—No —denegó Dave lentamente—. Ya sé dónde está Pyne. No es él.

—¿Cómo? —Pat y su marido se miraron, incrédulos—. ¿Qué no es Pyne?

—No. Randsome Pyne yace dentro de una maleta. Putrefacto y

sin cabeza, Pat.

—¡Dios mío! —Lívida, ella se cubrió el rostro—. ¡Esa maleta...! ¡No es posible!

—Pero, Dave... ¿no fue Pyne quien...? —Jeremy no atinaba a expresarse—. No entiendo...

—Es difícil de entender. A mí me ha costado tiempo verlo todo tal como es... sin niebla, sin retorcimientos. La verdad era clara, evidente. Todo era tal como parecía ser. Sólo que la astucia del criminal llegó a hacerlo aparecer «como no era».

—Dave, todo eso es incoherente... Entra, por favor —le hizo pasar, sin apartar los ojos de él—. ¿Y Constance? ¿Ha aparecido?

—Sí.

Ambos Corvac se miraron, en un dramático silencio. Parecían temer la pregunta que seguía.

—¿Viva? —Fue Pat quien la hizo, con gran entereza.

Dave denegó lentamente, ante el horror de la joven.

—La arrojaron a un barranco desde un automóvil. En Twin Peaks.

—¡Twin Peaks! —Jeremy juró—. He recorrido toda la ciudad al oír los boletines por la radio. Quería colaborar en la búsqueda. Pero no se me ocurrió ir tan lejos...

—Todo ha terminado —suspiró Dave, sentándose—. Pero también para el asesino. Ahora ya sé lo que realmente vimos aquella noche, Corvac.

—¿Qué es lo que vimos, Dave? Yo sigo sin entender nada...

—Éramos el público de un crimen soberbiamente planeado. Ciertamente Pyne había resuelto fingir su muerte. Que robó el cadáver del hospital, que dispuso la farsa hábilmente. Sólo que algo le falló: el hecho de que otra persona le había elegido a él como víctima. Otra persona, sabedora de todo el plan ingenioso pero no perfecto de Pyne.

—¿Diana? —aventuró Pat.

—Eso es. Diana Pyne, siempre egoísta, ambiciosa... y enamorada en secreto de otro hombre. Ella dispone, de acuerdo con el plan de su marido, un segundo plan con el hombre a quién ama y que no posee fortuna. La noche que él planee su juego, tratarán por todos los medios de hacer el suyo. Les basta con aprovechar el de Pyne, y dejar indicios suficientes como para que un detective desconfiado y

no muy tonto, como yo por ejemplo, vea más allá de lo aparente y de la solución que no es el caso. Pero que todos aceptarán como ingeniosa y lógica, aunque no lo sea. Así, Pyne muere «antes» de ir yo a su casa. Luego asisto a una farsa, con un maniquí golpeado y arrojado por la vidriera. La niebla es indispensable, como en el caso de Pyne, pero mucho más ahora. Porque esa niebla ha de velar el maniquí que cae por la ventana, al centrar yo mi atención en el cadáver auténtico, aplastado allí. El maniquí, luego, es audazmente retirado y puesto tras un seto, lejos de cualquier mirada, hasta que se retira definitivamente y se destruye. Pero queda un mechón de pelo del maniquí, enredado en las matas. Eso no lo sabe el asesino, que sin embargo, piensa en el detalle de fumar unos cigarrillos de Pyne en el ropero, y de llevarse un traje y unos zapatos. Cuando yo empiece a siluetar el caso con una nueva forma, esos detalles contribuirán a crear la impresión de que Pyne vive. Pero Randsome Pyne ha muerto, y su cadáver es el que nosotros encontramos en el jardín.

—¡Pero si después resultó ser el del hospital! —exclamó Corvac—. ¿No deliras?

—No. «Aquél» era Pyne. Tenía que serlo. Luego, seguramente durante los funerales, se efectuó el cambio. Hábil y rápidamente, como lo hacían todo el asesino y su cómplice. Es enterrado el falso Pyne, para que el día que se exhume se descubra el engaño y todos que crean que Pyne vive. Entre tanto, el cadáver de éste es mutilado y metido en una maleta, que nuestro hombre deja en la consigna de Oakland. La cabeza, para evitar identificaciones, va a parar a la bahía. Como tú dijiste, Jeremy, el agua guarda grandes secretos.

—¿Cómo has podido imaginar esa teoría tan fantástica, Dave?

—Constance me envió un mensaje telefónico, Jeremy... antes de ser secuestrada por su asesino.

—¿De veras? —Corvac le miró, sorprendido—. ¿Es una añagaza tuya para hacérselo creer al criminal tal vez?

—No, no; es cierto. Me telefoneó a casa, dejó un mensaje. Y vi la verdad, como la había visto ella. Bastaba recordar que los cristales del ventanal estaban «encima» del cadáver de Pyne aquella noche. Un cuerpo que cae por una vidriera, suele quedar encima de los cristales rotos, no sepultado por estos del modo que lo estaba Pyne. Eso indicaba que la escena había sido preparada. Y que al romperse

la vidriera. ¡Pyne estaba ya muerto, tendido allí! Sólo vimos una representación bien lograda, por Diana Pyne vestida de hombre, y un simple maniquí que yo no buscaría, al hallarme el cadáver auténtico. Y que enseguida sería recogido y ocultado.

—Pero Pyne fue quien te telefoneó angustiosamente aquella noche. ¿Cómo iban a tener tiempo Diana y ese hipotético personaje, de preparar a su vez su propia farsa?

—Ellos la tenían dispuesta hacía mucho tiempo. Sólo Diana y Pyne sabían a qué nombre estaba el dinero en Brasil. Diana tenía poderes para extraerlo, siempre que supiera el nombre. Debe estar en cajas fuertes, cuya llave y mecanismo posee ella. Iría a Brasil, sí, pero sin Pyne. Con otro hombre que esperaba, paciente, su momento. Aquella noche, al hacer Pyne la llamada telefónica, ella avisó a su vez a su cómplice. Pero éste no precisaba de tal cosa porque, cosa curiosa, yo mismo había tenido la ocurrencia, valiosísima para ellos, de avisarle y llevármelo como compañero de expedición.

—¡Dave! —Corvac, muy pálido, le miró con asombro—. ¡Yo fui el único en acompañarte!

—Sí, Jeremy. ¡Y tú fuiste el asesino de Randsome Pyne...!

Pat lanzó un grito terrible y retrocedió, mirando con horror a Jeremy. Éste, aunque dueño de sí mismo, tenía la faz del color del papel. Sus labios estaban resecos.

—Dave, no bromees con esas cosas —dijo irónicamente—. Son muy serias para...

—Sabes que no bromeo —la mirada de Murdock era puro hielo centelleante—. Eres un asesino, Corvac. Mi mejor amigo era el culpable de todo. Coartada perfecta, ¿verdad? A mi lado durante el crimen... Pero en cuanto el crimen no fuese tal crimen, y sí una farsa bien dispuesta, tú podías ser el asesino. Porque cuando yo llegué ante la casa de Pyne, tú ya estabas allí esperándome. Y tú te quedaste atrás al subir yo a la casa. Recogiste el maniquí, rápido. Diana debió adormecer de algún modo a Pyne. Y tú le mataste. Fue algo muy rápido, preciso. Ella no hubiera tenido valor, porque cuando le vio, se desvaneció. Era real ese desvanecimiento. Tú has sido siempre su amante secreto, Jeremy. Eres joven, fuerte, bien parecido e inteligente. Y odiabas a Pyne. No sólo porque te hubiese arruinado, sino porque tenía a Diana. Tú no amas a Pat... Tú sentías

pasión devastadora por Diana. Y por el dinero. Le mataste, y luego estuviste a mi lado, riéndote de mi credulidad, como te has reído luego de mi docilidad ante tus planes al creer a Pyne vivo, huyendo de la Ley. Era un cuadro absurdo, pero yo no lo veía. Constance tuvo más sentido. Ella huye siempre de lo retorcido. Ahora recuerdo que hoy, durante la comida aquí, Constance no estaba satisfecha. Algo la preocupaba. No veía claro del todo, y tú tuviste miedo. Nos seguiste. Y luego a ella. Observaste sus reacciones, su inquietud, y comprendiste que estabas en peligro inminente. Por eso la secuestraste. Primero fingirías cualquier cosa. Tal vez que no tenías nada que ver en el caso, que era Diana la culpable... Que tú ibas a entregarte. Y entonces la desvaneciste a golpes y la arrojaste al barranco...

—¡No! —aulló Corvac, descompuesto, incorporándose de un salto—. ¡No es cierto! ¡No puedes acusarme de esas cosas! ¡Es todo una estupidez y lo sabes! ¡No tienes pruebas, no tienes la menor prueba contra mí! ¡Dave, cualquiera diría que deliras! ¡No le creas, Pat, no le creas! ¡Miente, está mintiendo porque lo de Constance le ha enloquecido!

Los gritos de Corvac, en medio del silencio terrible, impresionante, de Murdock y de la horrorizada, trémula Pat, que era como un espectro mudo, pegada a la pared, sonaron a desesperación inútil. La convicción, fría acusación, estaba en los ojos helados de Dave. Y la repentina clarividencia del horror estaba en la mirada muerta de Pat, la dulce y confiada Pat...

—Primero, el asesino de Pyne. Un asesinato con muchos puntos flacos —repetía Dave, monocorde—. Ello me llevaría a suponer otra cosa, y así fue. Tú lo sabías, lo esperabas. Iban elaborándolo cuidadosamente desde que yo llegué. Luego, el golpe revelador que todos creerían. Pyne vivo, huyendo. Jamás buscarían al asesino. Jamás... ni yo mismo. Pero surgió Constance, un personaje que tú no esperabas. Y ella vio más claro que todos. Mi pobre Constance...

En aquel momento, algo quebró el silencio que siguió a las palabras de Dave. Un timbrazo breve, tajante. El teléfono Lo miraron todos como fascinados.

Iba a estirar la mano Jeremy Corvac. Un Jeremy Corvac lívido, asustado, tembloroso, roto...

Dave se anticipó. Cogió el auricular. Preguntó:

—¿Quién? Sí, soy Murdock...

Escuchó. Una luz repentina centelleó en el fondo de sus pupilas. Se animó su faz. Apretó los labios, como en una mueca sonriente. Cuando habló, su voz era opaca, quebrada por la emoción:

—Gracias, Dios mío, gracias —musitó—. Sí, Gargan, le entiendo. Por favor, ¿quiere repetírselo a Corvac? Va a escuchar él...

Acercó el receptor a Jeremy. Este pudo escuchar el informe del teniente Gargan:

—Constance Bartlett vivirá... El doctor Beckell la está operando. Está grave... pero saldrá con vida... Unos matorrales de la colina, evitaron su caída mortal. ¡Vivirá...! ¿Me oye, Corvac? Ella vivirá...

Jeremy retrocedió, con los ojos dilatados. Tembló su boca. Habló roncamente, en tanto Dave colgaba el teléfono. Miraba a Pat, que era una imagen muda de la desolación.

—Lo... Lo siento por ti, Pat —jadeó—. Tú no lo merecías. Eres buena, dulce, cariñosa... pero yo no te amo. Nunca te amé. Ha sido... solamente un afecto. Sin amor, sin pasión. Lo siento... Lo siento mucho, querida. Diana me envolvió... y lo hice.

—¡Jeremy! —El dolor, la desesperación, latían en la voz rota de Pat.

—Lo siento, Pat. Tal vez ahora... sea mejor así —miró a Dave, contraído—. Todo fracasó. Debí suponer que contigo fracasaría... Por eso celebro que ella viva... que seas feliz algún día. Repito que... te lo mereces, Dave. No me guardes rencor... ¡Adiós!

Antes de que Pat o Dave pudieran evitarlo, se dirigió corriendo al parapeto de la terraza posterior. Lo salvó de un brinco. Pat se cubrió los ojos, chillando con desesperación. Dave corrió a ella, la estrechó por los hombros con un fuerte abrazo, sin quitar los ojos de la serena, apacible panorámica de la bahía, con sus luces en la noche sin niebla, cabrilleando sobre las aguas. Y la larga tira luminosa del Golden Gate...

Jeremy ya no estaba allí. Rodaba por la colina, hacia el fondo. Ni siquiera había intentado frenarle cuando adivinó su intención. De haber muerto Constance, todo sería diferente.

Pero ella vivía. Vivía y le esperaba. Valía la pena perdonar.

—Yo también lo siento por ti, Pat... —Fue lo único que acertó a decir.

FIN



*Había llegado a su meta de destino. Allí le esperaba la muerte. Pero Bruno Prather ya lo sabía, como sabía también que no le importaba morir, si antes lograba desenmascarar al asesino de su amigo...*



Con esta idea llegó Bruno a una república sudamericana, en la que un siniestro personaje había establecido su cuartel general

## **TUMBAS SIN FLORES**

es el título que ha dado a este sensacional y trepidante relato de aventuras, el célebre autor

**MARK HALLORAN**

¡Luchas políticas! ¡Pasiones desatadas! ¡Gigantescas coartadas para demostrar la inocencia de verdaderos asesinos!

¡Todo lo hallará en esta soberbia novela policíaca!

## **Tumbas sin flores**

¡La más sensacional que recuerde usted haber leído!

### **COLECCION SERVICIO SECRETO**

se la ofrecerá en su próximo número

Precio de venta: 6 ptas.

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Proyecto, 2

BARCELONA





# BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

**COLECCION "PIMPINELA"**  
693 — Carol Rodi  
SE ABRE EL ABISMO

**COLEC. "MADREPERLA"**  
589 — M.<sup>a</sup> Nieves Grajales  
MI DIOSA RUBIA

**COLECCION "ROSAURA"**  
533 — Isabel Irigaray  
SIETE ESTRELLAS

**COLECCION "AMAPOLA"**  
420 — Corín Tellado  
UN CONSUELO PARA TI

**COLECCION "ALONDRA"**  
534 — Trini de Figueroa  
¡REDIMIDA!

**COLECCION "CAMELIA"**  
295 — Rosa Alcázar  
LAS OLVIDADAS

**COLECCION "CORAL"**  
157 — Corín Tellado  
LA INQUIETA ANA

PRECIO: 6 PTAS.

**COLECCION "BISONTE"**  
634 — Fidel Prado  
GANARSELO A PULSO

**Col. "SERVICIO SECRETO"**  
498 — Donald Curtis  
NIEBLA

**COLECCION "BUFALO"**  
331 — A. Rolcest  
JUEZ HORCA

**COLECCION "CALIFORNIA"**  
178 — Alf. Regaldie  
EL ULTIMO GOLPE

**COLECCION "TEXAS"**  
199 — M. Lafuente Estefanía  
REVELACION FUNESTA

**COLECCION "COLORADO"**  
123 — Silver Kane  
UN DIABLO LLAMADO  
MILTON

**COLECCION "KANSAS"**  
89 — Orland Garr  
FANATISMO SALVAJE

**Col. "HEROES DEL OESTE"**  
71 — M. Lafuente Estefanía  
¡QUIETOS TODOS!

**COL. "ASES DEL OESTE"**  
41 — Mikky Roberts  
UN CABALLERO DEL SUR

Las obras más selectas, los autores más populares,  
la presentación más sugestiva, los hallará siempre  
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
Proyecto. 2 - Barcelona — Hiedito Irigoyen, 646 - Buenos Aires





¡NUMERO 200 EXTRA DE COLECCION TEXAS!

*La próxima semana se publicará una sensacional novela de DOBLE NUMERO DE PAGINAS con la que "Colección Texas", celebrará la apacición de su número 200. Se titula:*



## LA CIUDAD FATIDICA

y en sus páginas se describe la fantástica aventura de un hombre enfrentado a la muerte, por amar a una mujer de hechicera hermosura y en la que jamás hubiera tenido que poner los ojos

### La ciudad fatídica

La firma el celebrado autor

**CLIFF BRADLEY**

¡Haga reservar su ejemplar desde hoy mismo!

Costará tan sólo 12 ptas.

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Proyecto, 2

BARCELONA





*Roger creyó poder escapar al asesino emboscado que esperaba pacientemente el paso de los ganaderos para clavarles un plomo en la frente. Y cayó como los otros, pero con la diferencia de que él pudo hacer algunas confesiones interesantes a Dick Plamer y a Halcón Joe, dos amigos que hicieron todo lo posible para que aquel desgraciado no muriera...*



## **LA BALA EN CRUZ**

es el título de este soberbio relato. La bala en cruz era la señal fatídica que hacía palidecer de terror a todos los colonos que la recibían. Era un simple plomo cortado en forma de cruz, y el que era alcanzado por un proyectil de este tipo quedaba completamente destruido

## **LA BALA EN CRUZ**

Un relato de intriga poco común que firma el célebre autor

**RAMIRO DEXTER**

No pierda la gran ocasión de leerlo, que le ofrece esta semana la selecta

### **COLECCION BUFALO EXTRA**

Precio de venta: 6 ptas.

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Proyecto, 2

**BARCELONA**





**FIRMAS QUE REPRESENTAN A  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

---

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.  
Hipólito Irigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-  
ra 6.ª. núm. 17-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-  
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57  
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B  
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 49 — CIU-  
DAD TRUJILLO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y  
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717  
y Bocayá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-41  
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17  
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,  
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-  
CIÓN.
- PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 40 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN  
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-  
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Adolfo Domínguez - Rfo Negro, 1.266 - MON-  
TEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-  
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.





# LLUVIA DE ESTRELLAS



*Paul Gilbert*

N.º 1047

Este rostro de la pantalla norteamericana pertenece a un nuevo valor, de actor cantante, el cual debutó en el cine con la película musical "¡Qué grande es París!"

Foto UNIVERSAL INTERNATIONAL



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain

